

dentes de un cuidado temprano muy variable, impredecible y a veces caótico.

Esta relación inicial con el medio se hace a través de la boca, con la cual el niño se alimenta y que explica el nombre de fase oral de desarrollo. Es por lo mismo que esta etapa ha sido denominada "incorporativa" por Erikson.

b) Niñez temprana - etapa muscular-anal

Esta etapa va de los dos a los cuatro años y en ella se fija, para Erikson, la noción de autonomía del niño. En la medida que el niño es capaz de controlar sus esfínteres y de usar sus músculos para alejarse de la madre, o su capacidad de vocalización para decir "no", desarrollará una sensación de ser un ente autónomo y aparte de sus padres. Si hay una sensación de ser excesivamente controlado, de ser avergonzado ante los primeros fracasos, pueden surgir los primeros sentimientos de "vergüenza, duda e inseguridad" en sí mismo. El individuo supera exitosamente esta crisis si pasa a sentir que es capaz de controlarse a sí mismo; fracasa en ella si siente que es controlado por sus padres y percibe este control como sensación de inferioridad, baja autoestima y dudas acerca de sí mismo. La sensación de tener una "voluntad" propia es la resultante de un desenlace positivo de esta etapa. El control de esfínteres y la retirada de los pañales es la situación típica en la cual se evidencia el dilema central de esta etapa. Es un ejemplo claro también de distintas actitudes culturales frente a una situación universal.

c) Etapa locomotora-genital

En esta etapa, que se superpone con la fase edípica de Freud, el niño se percata más agudamente de su medio externo. Descubre la presencia de terceras personas dentro de la familia: su padre y sus hermanos. Toma la iniciativa para establecer relaciones más cercanas con el progenitor del sexo opuesto, y a veces lo consigue, en la realidad o su fantasía. Si el niño es capaz de desarrollar un grado adecuado de iniciativa esta capacidad se consolidará hacia adelante. Si sus acciones son sentidas por él mismo, o definidas por el medio ambiente externo como negativas, el niño se sentirá paralizado por una

sensación de culpa. En esta etapa hay una mayor preocupación por los genitales, por los padres del sexo opuesto, y en general una mayor noción de las diferencias entre los sexos.

También en esta etapa aparecen por primera vez objetivos e imperativos morales. Erikson habla de la adquisición de un sentido de "finalidad" y enfatiza cómo estos valores e imperativos se afirman en la medida que se consolida e internaliza un Super Yo íntegro. La identificación con el padre del mismo sexo es crucial en esta etapa.

d) Latencia

En esta etapa, de los cinco a los doce años aproximadamente, el niño en edad escolar temprana muestra su capacidad de desenvolverse industriosamente en la interacción educacional. El sentido de ser competente y estudioso le dará una sensación de eficiencia y logro de sus metas. En esta edad también se desarrolla la capacidad de interactuar socialmente, por primera vez fuera de la familia, al hacerlo con sus compañeros. En la medida que el niño rinde y se relaciona bien, logra un sentido de "ser competente"; en la medida que esto no se da, aparece un sentido de "inferioridad" en relación a ellos. Muchos problemas de rendimiento escolar, las fobias y aislamiento social tempranos son característicos de esta etapa. En este período el niño se orienta ya no sólo en el mundo de la familia, sino se abre a sus pares. Los amigos, los compañeros de curso o de barrio pasan a tener un rol importante. El juego informal o los deportes competitivos son conductas típicas de este período muy activo. El nombre de latencia sólo se refiere a la suspensión de búsqueda de vínculos heterosexuales, que se evidencia en la segregación por sexos frecuentes en esta edad.

e) Adolescencia

Esta etapa ha sido cuidadosamente estudiada por Erikson. Un concepto de éste que ha pasado a ser central hoy es el de la "consolidación" de la "identidad" como tarea central del desarrollo adolescente. Los cambios físicos y psicológicos de la pubertad hacen entrar en un período de aumento del conflicto psicológico interno,

cuya consecuencia será un sentido de continuidad y estabilidad de uno mismo a lo largo del tiempo. Cuando esto no se alcanza, Erikson habla de *síndrome de la difusión de identidad*, que se ve en los estudiantes eternos, o en aquellos sujetos que tienen grave dificultad en centrarse en una actividad única o en una sola relación de pareja. Algunos desórdenes importantes de personalidad ("estructuras limítrofes") corresponden a la no superación crónica de este dilema.

El sentido de confusión y cambio típicos de la adolescencia disminuye en la medida que al correr los años el joven delimita su sí mismo del de sus padres y familia. El fijar los propios gustos, intereses, valores y principios es el modo de crecer. El separarse (no necesariamente geográfica pero sí psicológicamente) de los padres es otro modo de conceptualizar la tarea de esta etapa.

f) Adulto joven

En las segunda y tercera décadas de la vida la persona entra a formar parte de la sociedad al desempeñar un trabajo y relacionarse establemente con una pareja, muchas veces formando una familia. El poder compartir una familia en el desarrollo de la capacidad de "intimidad" es la tarea central de este período. Esta intimidad se refiere no sólo a compartir en el sentido sexual, sino al uso de un tiempo y espacio comunes en la vida. Para usar las palabras de Freud, el individuo demuestra ahora su capacidad de realizar una adultez sana mediante su posibilidad de *lieben und arbeiten* (amar y trabajar). Tal como la superación de la adolescencia requiere un sentido de la identidad, la de esta etapa requiere un sentido de la identidad compartida en pareja. La no superación de este desafío se traduce en un *aislamiento* personal, lo que se ve en algunos solterones y solteronas, así como más psicopatológicamente hablando, en estructuras esquizoides o evitativas del carácter. Lo dicho para la pareja se aplica al trabajo, donde el individuo debe mostrar su capacidad de entrega estable a una labor dada.

g) Adulto medio o maduro

En las quinta y sexta décadas (40 a 60 años) emerge el conflicto entre "generati-

vidad" o "estancamiento". Para Erikson el punto inicial aquí es la capacidad de cuidar y facilitar el desarrollo de las generaciones más jóvenes. La pareja que consolidó su capacidad de intimidad en la etapa anterior desarrolla ahora su capacidad de criar y relacionarse con sus hijos crecidos. En ese sentido Erikson plantea que los adultos medios necesitan a los niños y que es tan necesario para ellos cuidar a éstos como los niños necesitan de alguien que los cuide. El "instinto maternal" sería pues otra expresión del principio epigenético antes formulado. Los adultos de esta edad participan de esta tarea siendo padres, profesores, o guías de juventud en un sentido u otro. Esta capacidad se desarrolla más clara pero no necesariamente a través de una familia propia. El adulto que no puede ser generativo siente una sensación de "estancamiento" y vive en forma egocéntrica y sin propulsión hacia futuro. La novela de Charles Dickens *Cuento de Navidad* es un claro ejemplo de cómo un sujeto estancado y autoabsorbido en sí mismo (Mr. Scroogie) puede salir de esa situación a través de preocuparse por los menores.

h) Adulto tardío o senescente

A medida que el adulto completa el ciclo de haber vivido él y asegurado que viva la generación siguiente, se llega al tema final del ciclo vital: la "integridad"; reposa en la aceptación de la sucesión de las generaciones y de la finitud de la vida natural. Si se adquiere esta noción de integridad constituye una solución eficaz el sentido contrario de la desesperación y del temor a la muerte como resulta de una vida irrealizada. Esta fase final implica el desarrollo de una "sabiduría" y de una "filosofía" trascendente de la vida. Para citar a Erikson: "Los niños sanos no temerán la vida si sus padres poseen una integridad suficiente como para no temer la muerte".

Aquella persona que al reflexionar sobre su vida sucumbe ante una sensación de fracaso o de incompletud es aquel que no ha podido integrar su personalidad en definitiva. Para otro de los pioneros del psicoanálisis, Carl G. Jung, la tarea de la segunda mitad de la vida es justamente aquélla: la integración de la persona en

una visión personal, independiente de las presiones cercanas de la sociedad, propias de la primera mitad de la vida.

BIBLIOGRAFIA

1. COLARUSSO, C.A. y R.A. NOMIROFF. Adult Development. Plenum Publishing Co., Nueva York, 1981.
2. LEVINSON, D.J. y cols. The Season's of a man's life. D.A. Knopf, New York, 1978.
3. ZEGERS, B. y BERWEERT, H. El Modelo del Desarrollo Psicológico en la Edad Adulta y la Vejez. Apunte mimeografiado, Pontificia Universidad Católica de Chile (Escuela de Psicología). 1981.
4. FLORENZANO, R. Etapas de la Vida Adulta. Apunte mimeografiado, Facultad de Medicina, Universidad de Chile, 1981.
5. ERIKSON, E.H. Childhood and Society. New York, W. WH Norton, 1964.
6. ERIKSON, E.H. Identity and the life cycle. International Universities Press, New York, 1959.

“Lingua Latina ad usum medici”, del profesor Dr. Benedicto Chuaqui Jahiatt

Profesor Antonio Arbea G.

*Licenciado en Filosofía con mención en Lenguas Clásicas,
en la Universidad de Chile. Profesor de Latín y Miembro
del Consejo Académico del Instituto de Filosofía
de la Pontificia Universidad Católica de Chile.*

El Instituto de Filosofía de nuestra Universidad, y en particular el área de Textos Clásicos y Filología, que agrupa, entre otros, a los profesores de lenguas clásicas, tienen la gran satisfacción de presentar hoy el libro del profesor Benedicto Chuaqui *Lingua Latina ad usum medici*, dando así inicio a una nueva colección en nuestras publicaciones, a la que hemos querido llamar “Textos de estudio”, y que pretende recoger trabajos elaborados específicamente para servir de apoyo a la docencia.

La publicación de *Lingua Latina* constituye un acontecimiento verdaderamente importante en el ámbito de nuestros estudios latinos, que no sólo muy de tarde en tarde tienen ocasión de entregar un libro a la comunidad, sino que, hasta ahora, nunca habían ofrecido uno de las características de éste: un manual para la enseñanza del latín, destinado a los estudiosos de la medicina.

Es un hecho probado que la —desde hace ya tiempo— desmedrada situación en que se encuentra el estudio del latín

en nuestro país deriva en gran medida de la poca atención prestada al método con que se lo ha enseñado. Ya en su tiempo, Andrés Bello llamaba la atención de los "promovedores de la educación clásica" y les hacía ver la conveniencia de "mejorar constantemente el método" de la enseñanza del latín, labor imprescindible si se pretendía asegurarles a estos estudios un lugar de importancia en los programas escolares. Hoy en día, corrido un siglo y medio desde entonces, la necesidad de corregir y perfeccionar el método no sólo subsiste como tarea sino que, de un tiempo a esta parte, se ha vuelto perentoria, pues ahora sí que es crítica la situación en que el latín se halla. No se trata ya, en efecto, de velar por su permanencia en la escuela secundaria, de donde terminó por ser suprimido oficialmente hace décadas, sino de salvar su antes indiscutida y ahora precaria y minimizada presencia en la educación universitaria.

En el contexto de estas consideraciones, pues, trabajos como *Lingua Latina* constituyen un paso decisivo en la urgente labor de recuperar para el latín el favor de la comunidad culta. Balance de un saber seguro e impecable, este manual responde con claridad y autoridad a las cuestiones fundamentales que puedan plantearse quienes, desde el campo de la medicina, quieran iniciarse en el estudio del latín. Y es, además, un libro que no sólo satisface una demanda cultural actual, sino que se adelanta a ella, la conforma, la dirige.

El libro del profesor Chuaqui nace como fruto —lentamente madurado— de los cursos de latín que él viene dictando desde hace un par de años en la Facultad de Medicina, cursos que la Facultad de Filosofía ha tenido mucha satisfacción en patrocinar, viendo en ellos, desde un comienzo, una inestimable oportunidad de colaboración real y eficaz entre dos Facultades de nuestra Universidad. Nos parece que con estos cursos hemos dado con una forma muy feliz de trabajo interdisciplinario. La interdisciplinariedad, en efecto, no consiste —como se suele pensar— en confrontar disciplinas ya constituidas, de las que, de hecho, ninguna consiente en abandonarse. Para conseguir la interdisciplinariedad no basta con tomar un tema y convocar en torno

de él a dos o más disciplinas. La genuina interdisciplinariedad consiste en crear un objeto nuevo, que no pertenezca a nadie. Y, en buena medida, eso es lo que ha ocurrido con los cursos de latín para la Facultad de Medicina.

Si muchos son los motivos de contento institucional por la publicación de este libro, debo decir que, en lo personal, ésta ha sido para mí una experiencia muy enriquecedora. Quisiera compartirla aquí con ustedes, haciendo algunas breves consideraciones. Pido excusas por el carácter quizás excesivamente personal que ellas tendrán; pero lo cierto es que, en el momento de redactar estas líneas, el pensamiento y la pluma se encaminaron porfiadamente en esa dirección.

Si hemos de ser francos hay que confesar que estas ceremonias de presentación de libros —o de lanzamiento, como algunos las llaman, con una fea metáfora de origen, supongo, astronáutico—, hay que confesar, digo, que estas ceremonias son como todas las ceremonias sociales: si en ellas está envuelto algún pariente cercano, o un amigo querido, las vivimos como propias, con expectación y ansiedad. Pero como tales casos son los menos, acontece que a la mayoría de estos actos nos vemos asistiendo por compromiso y, por lo general, ellos no defraudan nuestras pesimistas expectativas: resultan bastante aburridos. Pero si asistir a estas ceremonias es ya un más o menos enojoso tributo que debemos hacer a la cortesía y a los buenos modales, hay que decir que cumplir con la solicitud de hablar en ellas es definitivamente uno de los más ingratos tormentos a que nos puede someter la liturgia académica. Siendo así las cosas —o, al menos, siendo así mis sentimientos—, me sorprendió mucho verme, hace algunos días, haciéndole yo mismo al profesor Chuaqui, espontáneamente, la petición de presentar aquí su libro. Y es que, reitero, la experiencia de haber seguido de cerca el proceso de elaboración de esta obra ha sido para mí un verdadero privilegio, a la vez que ocasión de prolongados y gozosos encuentros.

Más que entrar aquí a examinar el detalle de los numerosos aciertos de *Lingua Latina* quisiera dar testimonio de lo que me cupo en suerte aprender de su autor durante el período de gestación que cul-

mina hoy, con este feliz alumbramiento. Me referiré, en particular, a dos virtudes que, desde un comienzo, me parecieron las más notables en el estilo de trabajo del profesor Chuaqui.

La primera de ellas es el rigor. Nada hay en este manual de latín que no haya sido pensado y repensado en profundidad. Todo ha sido allí sometido a cuidadoso examen. Si la virtud del rigor, que es virtud tanto intelectual como moral, es esencial en la actividad académica, resulta ella doblemente importante en los estudios humanísticos que, a diferencia de otros, no poseen lo que podríamos llamar "control de verdad". En disciplinas como las matemáticas, la física o la química, las afirmaciones pueden, en general, ser verificadas, para lo cual existen procedimientos objetivos. En las humanidades, en cambio, hasta la existencia misma de criterios de verdad puede ser discutida. No aspiran las humanidades a la fórmula final, no son reductivas; más bien, todo en ellas reside en el despliegue: son expansivas. En física, por ejemplo, se da cuenta cabal de la relación entre masa y energía con la fórmula $E = MC^2$, y todo lo que a ella pueda añadirse será, en el mejor de los casos, superfluo. Pero en el caso de la filosofía, por ejemplo, expresiones como la aristotélica "El ente es uno y múltiple", o la de Ortega "Yo soy yo y mi circunstancia", si bien es cierto que envuelven y resumen toda una filosofía, sin ésta no se comprenden ni tienen sentido, son vacías.

Esta condición suya de constituirse en el despliegue y no en la fórmula es lo que convierte a las humanidades en disciplinas permanentemente expuestas a ser presas de vicios de los que otras se ven libres, o, al menos, están más protegidas. Para decirlo ramplonamente: si el ingeniero, por ejemplo, calcula mal, se le cae el edificio; si el médico diagnostica mal, se le agrava el paciente, o se le muere; pero ¿quién nos dice que el filósofo filosofa mal, que el sociólogo sociologa mal, que el filólogo filologiza mal? (Porque es claro que se puede filosofar, sociologar y filologizar mejor o peor, bien o mal.) En medios culturales como el nuestro, de escasa densidad y, consecuentemente, de escasa —excúsenme el término— contestatariedad, éste es uno de los problemas más serios que enfrentan nues-

tras facultades de humanidades: el de lograr efectivamente hacerse de los mejores en cada disciplina. En el caso nuestro —el caso de este nuevo objeto interdisciplinario que es el Latín para Medicina—, podemos estar seguros de que lo hemos logrado.

La segunda virtud que en esta experiencia editorial pude admirar en el profesor Chuaqui es una para la cual no estoy seguro de haber dado con un nombre adecuado. Podría llamarla quizás "pasión", o "alegría", o "amor al trabajo", pero prefiero llamarla "placer". Este es un libro hijo del placer. El profesor Chuaqui ha disfrutado cada momento de su redacción. Es cierto que también ha habido desvelos —literales desvelos, que han puesto a prueba la generosa paciencia nocturna de los suyos—; pero por sobre todo ha habido eso: trabajo gozoso.

En nuestra moral tradicional el placer es casi siempre dejado de lado en provecho de valores fuertes, como la verdad, la responsabilidad, la bondad, y la propia Universidad no es ajena a un cierto rigorismo de cuño, diría, casi protestante, que acorrala al placer hacia la clandestinidad, lo objeta, lo reprime, instituyendo una suerte de oscurantismo del placer y produciendo una verdadera frigidez académica. Como virtudes académicas solemos ponderar la dedicación al trabajo, la seriedad, la disciplina, la entrega; pero a todas ellas nos las representamos con el ceño adusto, casi sufriente. El placer, sin embargo, es también una dimensión de lo académico; existe también un *eros* académico. Si el trabajo universitario no está inserto en el placer se vuelve moroso, funcional, alienado, burocrático; en fin, triste. Y esto vale, por cierto, también para los estudiantes. Debemos concederles a nuestros alumnos la felicidad de que se tenga necesidad no sólo de su competencia futura sino también de su pasión presente. Pero para que ellos aprendan a disfrutar de la aventura del conocimiento, del descubrimiento, es imprescindible que tengan delante a un maestro enamorado.

Es difícil hablar de lo que se ama. En el caso del profesor Chuaqui su amor es el latín. El latín por el latín. Más allá de su importancia como lengua que abre la puerta de acceso a vastos tesoros de la cultura, más allá de su utilidad como ilustrador de

etimologías y sentidos, más allá de su virtud de facilitar el dominio de lenguas extranjeras, el profesor Chuaqui ama el latín por él mismo, por su imponente arquitectura, por su elegancia, por su concentración, por su rica variedad formal; en fin, por ser como es. Y esos son los amores más definitivos.

La leyenda nos cuenta que el que introdujo la escritura en Grecia había sido cocinero del rey de Sidón. Ya en la antigua fábula, pues, lenguaje y gastronomía aparecen hermanados. Hablar y comer ocupan el mismo órgano, son operaciones que hacemos con el mismo aparato corporal. Si se corta la lengua se acabó el gusto y se acabó el habla. El placer del latín del profesor Chuaqui es como el placer del

gourmet, que saborea su plato lentamente, sin tragar, sin devorar, va masticándolo palabra por palabra, desmenuzándolo minuciosamente, en una relación casi fetichista con él, reencontrándose con el ocio de las antiguas lecturas.

Quiero concluir estas palabras agradeciendo al señor Rector, que siempre ha alentado nuestros esfuerzos editoriales; al señor Decano de la Facultad de Medicina, que ha brindado su generoso apoyo para que esta publicación vea la luz; a Humberto Olea, que con paciencia y pulcritud tuvo a su cargo la compleja y agotadora responsabilidad gráfica de esta edición. Y por supuesto al profesor Chuaqui, con quien los cultores del latín tienen desde hoy una inmensa deuda de gratitud.

Centenario del antiguo edificio de la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile

Prof. Dr. Alejandro Garretón S.

Profesor de Medicina Interna y ex Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile, Ministro de Educación, Fundador y Secretario General del Instituto de Chile (1964), Miembro y Director de la Academia Chilena de la Lengua, del Instituto de Chile. Falleció en 1980.



Antiguo edificio de la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile.

El primer curso de Medicina que instaló la República en sus comienzos fue en el año 1833. Antes habían iniciado sus actividades docentes el de Leyes y el de Ingeniería. La casa en donde comenzó a vivir nuestra escuela, más que modesta, estaba ubicada en la calle de San Francisco, contigua al Hospital San Juan de Dios. Con su crecimiento progresivo y con el progreso de las actividades médico-docentes se hizo necesario, más que eso, urgente, tener una casa que respondiera a las finalidades de la enseñanza,

y a las ambiciones que de su espíritu surgían. Se construyó, obedeciendo a estos propósitos, la **Escuela de Medicina en la Av. Independencia**. Balmaceda, uno de los forjadores de la nueva casa, pensó que era imperioso "construir una Escuela en Santiago para Sudamérica". Y así fue. En 1890 entró en funciones el amplio, hermoso y eficiente edificio. Casi 60 años, 1890-1948, albergó a las sucesivas generaciones de alumnos que se distribuyeron, como médicos bien formados, por las ciudades de Chile, así como de muchos países sudame-

ricos. Durante este lapso la Escuela logró formar un grupo muy grande de personalidades de primera magnitud. Pasado el período inicial, a partir de 1833, incierto, difícil y laborioso, las nuevas generaciones que de aquí salieron, a su turno, crearon grupos de muy alta calidad. De aquí, de este período que se inicia en torno de 1890, proviene la actual medicina de Chile, con sus características, sus cualidades, sus conquistas y sus defectos. El período

de desarrollo que señalamos coincide con la vida del edificio. Ahora bien, la línea sobria y definida, que fue el sello de la clásica composición arquitectónica, se refleja en las cualidades de la Medicina, es decir, su sobriedad, su sentido definido en sus funciones fundamentales y, finalmente, su honestidad, que representa lo más valioso de la herencia moral que le dejó un grupo de maestros superiores.

Discurso del Rector, Dr. Juan de Dios Vial Correa, en la inauguración de las VI Jornadas de Derecho Natural, "La vida ante el Derecho"

Octubre de 1989

Agradezco la invitación a hablar en esta importante ocasión. Importante, porque ella se inserta en las conmemoraciones del centenario de la Facultad de Derecho, que por ser parte de la Universidad Católica se halla tan estrechamente vinculada a los problemas del Derecho Natural. Importante también porque entre los temas que se abordarán ahora, el del Derecho a la Vida, aparte de su relevancia intrínseca y de su urgencia histórica, tiene una calidad conceptual singular. En efecto, en torno a ella han aflorado

discrepancias básicas sobre los derechos de la persona, y esas discrepancias están relacionadas con el impacto cultural de las ciencias naturales y de la tecnología biomédica, que son ingredientes básicos en la cultura contemporánea. Ustedes saben que carezco de competencia en el tema jurídico, de modo que les pido me permitan plantear esto a partir de consideraciones éticas y culturales generales, y en forma que no aspira a un especial rigor o profundidad.

Algunos raciocinios éticos toman la for-

ma de un silogismo en que la mayor es un principio ético general, la menor una afirmación de hecho, y la conclusión fluye de estas dos premisas. Así por ejemplo, Mayor, no es permitido matar a un hombre inocente; Menor, *X* es un hombre inocente; Luego, no es permitido matar a *X*.

El derecho a la vida, tal como se expresa en el problema socialmente importante de la legalización o despenalización del aborto, viene a tocar de modos diferentes a las dos premisas del silogismo.

Para comenzar, en cuanto a la premisa menor, se plantea una pregunta acerca de quién es el titular del derecho a la vida. Ante las definiciones clásicas de la justicia como la voluntad de dar a cada cual lo suyo, se cuestiona que el aborto afecte a alguien que cumple los requisitos para que lo llamemos un "sujeto". Los argumentos basados en la llamada "libertad reproductiva", en el "derecho de la mujer a disponer de su propio cuerpo", y otros similares, dan por supuesto que el propio feto no puede ser considerado sujeto, titular de un derecho inalienable. En esta forma, incluso aceptando la premisa mayor en su integridad, se acepta el aborto al negar que la menor se aplique al caso, negando la calidad de ser humano propiamente tal para el feto o el embrión. Se reconocerá fácilmente lo difundida que se halla esta concepción de las cosas, al ver cuántas veces se argumenta en defensa del aborto por los mismos grupos que son activísimos en la defensa de derechos personales, empezando por el derecho a la vida.

Esta consideración fáctica sobre la premisa menor nos pone enfrente del *criterio* a seguir para establecer si *X* es un ser humano o si no lo es. O sea a la *cuestión de cuál sea el método válido* para decidir en una interrogante como ésta. La respuesta, de hecho, es aquí decisiva, pero ella sólo podrá plantearse rigurosamente si nos ponemos de acuerdo acerca de los criterios o métodos que hayan de emplearse para abordarla. Como una curiosidad histórica que tiene su interés, quisiera recordar que, en el siglo XVIII, Haller y Bonnet fueron llevados, a partir del racionalismo leibniziano, a plantear el problema de hipótesis preformista del desarrollo biológico, la que en su entender hacía racionalmente inadmisibles la aparición de organismos nuevos que no es-

tuvieran preformados desde la Creación, como consecuencia de lo cual Haller llegó a postular que todos los seres humanos deberían necesariamente haberse encontrado ya constituidos en los ovarios de Eva. Por grotesca que sea la conclusión, un análisis de su génesis ilustraría el hecho de que el criterio que uno se forme sobre el hecho en una cuestión de esta índole, estará marcado por los supuestos metodológicos con que se lo aborde.

Hay quienes podrían pensar que el problema de determinar la condición humana de un objeto de estudio debería ser, en la inmensa mayoría de los casos, una simple posición de buen sentido. Pero de hecho no ocurre así. En una sociedad tan desquiciada como la de hoy día no podemos recurrir simplemente al buen sentido. Hay, por cierto, una respuesta primitiva, originaria, según la cual una mujer embarazada sabe que lo que lleva en sus entrañas no es cualquier cosa, sino un hijo. Pero la respuesta "moderna" puede asumir caracteres brutalmente contestatarios. Recuerdo haber visto en la televisión norteamericana a una muchacha que negaba enfáticamente ese significado al embrión. Este no era para ella un hijo, sino, en sus propias palabras: "A bunch of cells" (Un montón de células). Aun aparte del tono agresivo y polémico en la respuesta, ella planteaba un desafío más profundo.

La respuesta más normal en este siglo, marcado como él está por los avances incontestables de las ciencias naturales, sería preguntar por la respuesta "científica" a la pregunta. A primera vista esta aproximación parece inobjetable. Sin embargo, a mi juicio, ella parte de una perspectiva errada sobre el valor y alcance de las verdades científicas, y si se sigue ese camino ajustándose a la lógica se puede llegar a cualquier parte.

Aun aparte de cierta vaguedad en la expresión "respuesta científica", su uso en este contexto esconde a mi entender un grave malentendido sobre el alcance y significado de las ciencias. Porque la ciencia natural tiene supuestos, ella no es un cuerpo de verdades apodócticas, y esos supuestos determinan, para un caso como el que ahora nos ocupa, cuál haya de ser el género de respuesta que podamos obtener. En otras palabras, las ciencias tienen límites que les están impuestos por sus propios

supuestos básicos, y una breve mirada al problema nos muestra que al plantearlo en los términos científico-naturales se están excluyendo de hecho algunos aspectos que deberían ser fundamentales de la propia pregunta, y se está predeterminando el sentido de la respuesta.

En efecto, la ciencia procede sobre la base de la comprobación por la experimentación o la observación de las hipótesis planteadas. Ello significa que ella tiene respuestas válidas sólo en la medida en que pueda predecir el comportamiento de la realidad o dar cuenta de él y, si es capaz de predecirlo, es capaz de ofrecer también los caminos para modificarlo según las leyes que va descubriendo. En esta capacidad de modificación predeterminada es donde se justifica la validez de un aserto científico. Ese es su principal criterio de verdad. Esta ciencia, por su propia naturaleza, trata de todo lo que cae bajo su ámbito, como si ello fuera una realidad material, modificable y elaborable de acuerdo a las leyes que se van descubriendo. Es precisamente esta característica de la ciencia moderna la que la ha asociado indisolublemente a la técnica, para configurar un mundo científico-tecnológico.

Lo que podríamos llamar *diferencias cualitativas* son una forma de anomalía, para no decir un escándalo, dentro de la estructura de la ciencia. Un gran éxito de la física moderna, y singularmente de la mecánica cuántica, ha sido el de trascender las leyes puramente fenomenológicas para dar cuenta de diferencias cualitativas, derivándolas de una teoría general y despojándolas de su carácter aparentemente arbitrario. (Ver Wichmann E.H. Berkeley Physics Course, Vol. 4, Física Cuántica, pág. 5).

Esta aproximación hipotético-deductiva se despliega a veces en grandes teorías de estricto rigor y amplia extensión, de las cuales la mecánica de Newton y Lagrange fue por mucho tiempo el más alto exponente. Puede también darse en modelos de más restringida aplicación, como son muchos de los que se usan en las ciencias biológicas o sociales. Me parece, por ejemplo, que un modelo clásico en las ciencias sociales, como el del estado de la naturaleza postulado por Hobbes, cae dentro de esta categoría, y puede ser considerado como

una teoría explicativa para dar un aspecto restringido de la realidad. Su validez o consistencia está ligada a su capacidad de generar explicaciones coherentes de un sector de la realidad o predicciones acertadas de su comportamiento.

El auge decimonónico de la ciencia experimental estuvo presidido por este modelo de ciencia. El ha alcanzado éxitos notables que llevaron a una alteración profunda en el modo de valorarlo, de manera que en el sentir de muchos dejó de ser un camino singularmente valioso de acceder a ciertas verdades, para transformarse en el único criterio de verdad. Según este criterio, la medida de nuestro conocimiento de la realidad está dada por nuestra posibilidad de actuar sobre ella, modificándola. Pero en este paso, aparentemente inofensivo, que muchos dan como lo más natural del mundo, se ha producido un importante cambio de perspectiva. El conocimiento teórico-práctico de la realidad material se ha transformado en materialismo, y cualquiera pregunta que se formule desde esa perspectiva tiene perfectamente acotadas las coordenadas de su respuesta. No caben distinciones cualitativas dentro de la materia, desde el momento en que todos sus estados son (es posible que sólo potencialmente, pero en todo caso por principio), recíprocamente intercambiables.

La pregunta "científica", así entendida, que se hace por la naturaleza de un feto humano no puede escaparse a los supuestos de la ciencia, y no puede tener otra respuesta como no sea que él es un estado, dentro de la evolución y la organización de la materia.

La respuesta es válida si no se olvida que ella parte de supuestos restrictivos. Si se olvida la existencia de esos supuestos y se admite la respuesta como incondicionalmente válida, se llega inmediatamente a conclusiones que son inquietantes para cualquiera, incluso para muchos de los que aceptarían que para formular aquella afirmación se ha seguido un camino impecable. Porque la discusión social de las ideas es inexorable, y una vez sentado o aceptado un principio no hay más que esperar un tiempo suficiente para ver emerger sus consecuencias. Esto es claro al considerar, por ejemplo, las normas adoptadas en el Reino Unido para *uso de materiales fe-*

tales en experimentación médica, y el eventual empleo de células o tejidos obtenidos por aborto para un sinnúmero de posibles aplicaciones terapéuticas u otras. No hay ninguna norma que pueda a la larga impedir el uso de materiales obtenidos de abortos para fines que son indudablemente beneficiosos, desde el momento en que se ha aceptado que el aborto es legítimo y que los productos de él son, en la expresión de la muchacha norteamericana que recordaba más arriba, simplemente "montones de células".

Por muy repulsivas que resulten esas prácticas hay que insistir en que ellas son consecuencias lógicas de un planteamiento previo, y que ese planteamiento era esperable dentro del contexto en que se había formulado la pregunta que condujo a él.

Como un paréntesis quisiera destacar que ese contexto contenía a su vez elementos válidos desde una perspectiva cristiana. En él se concebía a un hombre dueño de la naturaleza, y dueño de cambiarla a su antojo, como si ella fuera arcilla en sus manos. El materialismo optimista que subyace a esa aproximación científico-tecnológica era sin duda un reflejo de la condición esencialmente creativa del hombre, imagen de Dios. Pero ciertamente un reflejo profundamente distorsionado, desde el momento en que no hay creación que pueda considerarse tal si no es ajustándose a la intención de Dios sobre ella.

Un mundo homogéneamente material, en el sentido de radicalmente elaborable, es difícil, si no imposible de concebir. Esto resulta claro si se pregunta por la condición del propio hombre dentro de esa perspectiva. Porque rigurosamente él no podría ser otra cosa que un pedazo de esa misma materia a la que elabora, no podría sino estar determinado por sus propias leyes. El hombre, condicionado por la causalidad, estaría siempre creando con su trabajo las condiciones de su propia existencia. Urs von Balthasar compara esta condición a la del mito de la serpiente que devora su propia cola. Pero un universo así, que incluye al observador como objeto, es realmente impensable, y demanda una ruptura en algún punto de este círculo, una ruptura desde la cual pueda el hombre establecer los criterios, los valores conforme a los cuales dirigirá ese trabajo de elaboración de la materia.

El punto de ruptura fue percibido con trágica agudeza por Nietzsche, quien reivindica una condición peculiar para el hombre, volcado a ejercer la máxima suma de poder que esté en su mano alcanzar. Pero no se trata de un poder trivial, de formas vulgares de dominio, sino de algo que toca mucho más profundamente a la condición humana. ¿Con arreglo a cuáles valores se va a construir el mundo? La respuesta del profeta de la "voluntad de poder" es sencilla: "Aquel que determina los valores y orienta el querer de los milenios, al orientar a las más altas naturalezas, ese es el hombre supremo" (WzN 460). Pero, ¿quiénes son estos superhombres que establecen así nuevos valores y que fuerzan a los demás a vivir conforme a ellos? ¿Existen de verdad? Porque si existieran *serían ellos los capaces de darle una orientación al trabajo que modela a este mundo material*. Nietzsche vio claramente que esos superhombres existen, que están en todas partes, que todos formamos parte de ellos, que son simplemente las grandes multitudes. "Sólo los individuos se sienten responsables. Las multitudes fueron inventadas para hacer aquellas cosas que los individuos no se atreven a hacer..." (WzM 326). Nadie podría negar que ese es un retrato del mundo nuestro. Muchedumbres que hacen la más grande de las obras humanas, inventar nuevos valores y forzar a los otros a vivirlos.

Esa es la perversa conclusión a la que se llega por el necesario camino del materialismo al nihilismo. Hay que crear valores para manejar las leyes de la materia, porque ésta de suyo no va a crear esos valores. Hace ya más de un siglo que Nietzsche vio con toda su crudeza la inevitable conclusión. Para que un mundo científicamente concebido, en el sentido del materialismo, pueda funcionar, el hombre tiene que crearle por una decisión colectiva los valores que lo hayan de regir.

En el tema que nos ocupa ello significa que una valoración especial del feto o del embrión, incluso una calificación de su naturaleza que vaya más allá de lo que los datos empíricos revelan, no puede emerger de consideraciones "científicas", y que aún más, si se pretende que ella emerja así, *es que se está tomando una opción, en virtud de valores cuya adopción no tiene nada que ver con la ciencia*. La

premisa menor, *X es un hombre*, aplicada al caso en que *X* sea el feto, no se podrá extraer en forma segura de consideración empírica alguna.

En cuanto a la premisa mayor, o sea que no es permitido matar a un hombre inocente, en este caso se toca también a fundamentos del derecho. Y yo creo que el embrión o el feto cuestionan mudamente algunos de los fundamentos del derecho moderno. Es claro que ideas como las clásicas de Hobbes sobre una renuncia recíproca a la libertad, basada en la suposición de un estado primario de naturaleza que consiste en ser-tanto-víctima-como-autor, o las de Rawls sobre la sociedad concebida como empresa para la promoción de la ventaja recíproca, parecen difícilmente aplicables a la relación del hombre adulto con embriones y fetos.

No se puede negar que el fundamento del derecho a la vida en muchas de sus versiones modernas radica simplemente en la búsqueda de una suerte de equilibrio u homeostasis social, que se atiene a lo demandado por las "grandes mayorías" o por sus voceros. Es éste el valor supremo que aceptan e imponen las multitudes, las que en el sentir de Nietzsche tienen el valor de decir las cosas que los individuos aislados no se atreven a formular. Se acepta por cierto que las relaciones entre los hombres se alteran necesariamente y en forma indeseada si se infringen ciertas leyes y principios. Y de ese modo se introduce una absolutización de la armonía social. La sociedad genera los valores, genera la verdad, como mecanismos para asegurar su propia integridad.

Al materialismo de la transformación de la realidad, que dominó el siglo XIX y que todavía guarda vigencia en vastos sectores sociales del mundo, lo sustituye ahora un materialismo de corte conservacionista, preocupado de los equilibrios naturales y sociales. Se aplicó entonces y se aplica ahora el *dictum* de Chesterton, de que el mundo está lleno de ideas cristianas que se han vuelto locas. El materialismo tecnológico olvidó que el hombre es creador en la medida en que ajusta su acción a la obra propia del Creador; el materialismo conservacionista, con ribetes ecológicos, olvida que el jardín que le es dado al hombre para guardar y trabajar es el jardín del Edén, la habitación preparada

por Dios para él, y no una casa de su propia invención.

En los dos casos se da un paralelo estricto entre la visión básica del mundo, la visión de la ciencia y la visión del hombre. En cualquiera de las dos concepciones se oscurece el carácter propio del embrión humano como sujeto titular de un derecho que es trascendental a todos los demás derechos.

Porque ¿cuál es el contrato en el que el feto o embrión podría hacerse parte? Cualquier noción contractualista aplicada al problema del aborto tendría muy dudosa aplicación. Cuando Rawls apunta que "...aquellos que sostienen diferentes concepciones de la justicia pueden... estar de acuerdo en que las instituciones son justas cuando no hacen distinciones *arbitrarias* entre las personas al asignarles derechos y deberes básicos..." ¿no está acaso exigiendo que haya alguna manera de determinar, aun en forma previa al ficticio contrato, cuáles distinciones son arbitrarias y cuáles no lo son? ¿Es arbitraria la distinción entre el feto y el ser humano desarrollado, en cuanto al respeto que se le debe a su vida? ¿O tendremos que decir que un eventual respeto a la vida del feto provendría más bien de las consecuencias de ese respeto sobre el equilibrio social entre quienes lo rodean, que de derechos que le fueran a él inherentes?

Pero nosotros no pensamos que la última raíz de los derechos del hombre esté en una suerte de contrato, sino que pensamos que la posibilidad misma de un eventual contrato depende de la manera peculiar, única, que tiene el hombre de ser. Y no creemos que al hombre se lo defina empíricamente, porque no conocemos ninguna forma de evidencia empírica que nos pueda llevar a ningún tipo de frontera que sea determinante en cuanto a sus obligaciones y derechos. No es que yo esté siguiendo la línea de argumentación (válida pero insuficiente) de que si se permiten por ejemplo ciertas operaciones sobre los fetos, se pueda llegar progresivamente a extender el campo de su aplicabilidad a otras edades del ser humano. *Lo que estoy diciendo es que si en cualquier estado o condición de vida nosotros hacemos al hombre titular de derechos inalienables, ello sólo puede ser porque le reconocemos una naturaleza que no es accesible a la investigación em-*

pirica, que es anterior a ella y que la trasciende en el doble sentido de hacerla posible y de justificarla.

En esa forma vemos que el tema de esta exposición enfocado en el derecho a la vida que posee la criatura humana antes del nacimiento pone en evidencia la cuestión de todos los derechos de cualquier hombre: es como una piedra de tropiezo para toda forma de moral, ética o convivencia social, que suponga que ella puede construirse dando las espaldas a la condición peculiar, única, del hombre. Esta no se revela adecuadamente por el uso de técnicas de investigación empírica, que de hecho la niegan de partida. No se revela tampoco a una noción contractualista de las relaciones humanas, que parece ser más bien su consecuencia que su origen.

Aquí, en este problema del aborto, se abre una invitación a mirar al hombre desde una perspectiva propiamente metafísica.

Así retoman su valor las viejas palabras de Richard de Saint Victor, o de Boecio, sobre la persona. La *naturae spiritualis incommunicabilis existentia*, o la *naturae rationalis individua substantia* hacen, aun desde puntos de vista distintos, radicar el carácter propio de la persona en aquello que tiene de incommunicable o único. Lo más propio de él no es compartido, no es comunicado, no es genérico. Esto nos pone enteramente fuera del mundo de la evidencia empírica, y en una forma de existencia que es superior y no reductible a las demás. Esta es la luz peculiar, insustituible e indispensable que puede arrojar el pensamiento cristiano sobre toda la condición humana. La trágica aberración del aborto es providencial en cuanto que, al obligarnos a hacernos la pregunta sobre qué razones habríamos de tener en cuenta para respetar a esa criatura insignificante que es el embrión, nos está obligando a pensar a fondo dónde podríamos hacer descansar una concepción de derechos inalienables para el hombre en general. Cuestión ésta que pudo haber sido poco urgente en tiempos de cristiandad, pero que se hace trágicamente apremiante en una sociedad pluralista. Yo creo que el aborto nos muestra una vez más que la condición verdadera de convivencia no es el consenso en ciertas normas, sino la convicción compartida de ciertas verdades. Y nos vuel-

ve a poner frente a esa realidad inescapable de que el hombre, en su origen, en su destino, en su muerte, es un misterio, no sólo en el sentido de un enigma, sino también en el de un camino a realidades que lo trascienden.

En cuestiones intrincadas como ésta, los cristianos no debemos tenerle miedo a recordar que la Revelación ilumina efectivamente el campo del conocimiento y el de la investigación. Ella nos muestra quién es efectivamente el hombre y aunque no puede sustituir a la búsqueda intelectual y a la reflexión racional, nos permite descartar conclusiones monstruosas aun cuando ellas parezcan superficialmente atractivas o al menos neutras. El Concilio Vaticano II insiste en que es desde el misterio del Verbo Encarnado que empieza a aclararse el misterio del hombre. Y en el tema que nos ocupa ahora la palabra del Evangelio es inequívoca. Cuando María visita a su prima Isabel, que se hallaba en estado avanzado de gravidez, ésta saluda a la joven diciendo "¿de dónde a mí tanto honor que la madre de mi Señor venga a mí? El Verbo Encarnado, el Señor de Isabel, era un embrión, un feto, tal vez de unas pocas semanas. Más allá de esa condición empírica estaba la plenitud de la naturaleza humana asumida por el Verbo de Dios. Desde esa enseñanza queda meridianamente claro para todo cristiano cuál haya de ser la consideración que le merezca el embrión o feto, sujeto indiscutible de derechos inalienables.

Permítanme enumerar algunas breves conclusiones de lo dicho. La polémica sobre el aborto no se refiere a un tema aislado, por importante que él sea. En ella se juega el fundamento de todos los derechos del ser humano, cualquiera sea su edad o condición. En ella se exhiben algunas trágicas insuficiencias en los criterios vigentes para valorar la dignidad del hombre, y en ella se tropieza con la necesidad ineludible en todo el ámbito de las disciplinas normativas, de abordar derechamente la condición "misteriosa" que es propia del hombre.

Deseo reiterar mis agradecimientos por la honrosa invitación que me hicieron de dirigirme a ustedes, y felicitarlos por la atención que le otorgan a temas tan trascendentales como el que los reúne en estas jornadas.



Sexto Encuentro de Académicos de la Escuela de Medicina

Los Andes, 29 de septiembre al 1° de octubre 1989

Evaluación social del proyecto Facultad de Medicina

Prof. Ernesto Fontaine Ferreira-Nóbriga

Profesor del Instituto de Economía de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Master of Arts (1958) y Doctor en Economía (1964) de la Universidad de Chicago. Director del Programa de Adiestramiento en Preparación y Evaluación de Proyectos del Instituto de Economía de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

Yo conozco la Escuela de Medicina desde hace mucho tiempo, desde los años 50. Nuestra Escuela de Economía era apenas una escuela de tenedores de libros, era realmente mala. Jugábamos fútbol con moneditas, porque los profesores no llegaban, y para entretenernos íbamos a la Escuela de Medicina, al quirófano a mirar cómo operaban. Mi padre es médico, mi hermano es médico, tengo un primo médico. Yo no fui médico pues en los años 50, cuando yo debía tomar decisiones, se le había golpeado muy fuerte a la profesión,

especialmente a la de mi padre, que es otorrinolaringólogo. Primero, por el hecho de que se había formado el SNS, el médico pasaba a ser un empleado público y la medicina empezaba a socializarse. El otro golpe fuerte fue la penicilina. Antes por una otitis, por ejemplo, había que ir a varias consultas, pero con la penicilina ya fue menos rentable la especialidad. Mi padre fue a Europa y Estados Unidos como por un año; aprendió a operar por dentro las mastoiditis y trajo para acá la técnica. A menos de un año la penicilina hizo obso-

leta dicha técnica. En aquellos años ir a Europa era un buen negocio para el médico; era una forma de invertir en la profesión.

En Chile estaba la CEPAL, que era una fuente enorme de irradiación intelectual, un centro de investigación importante que estaba propiciando una serie de políticas económicas en los países nuestros, que estaban provocando —según los economistas y académicos mejor formados— un daño bastante grande en Latinoamérica: toda una política de sustituir importaciones, toda una política de estatismo, etc. Y se le ocurrió a un señor de la AID que era muy importante para Chile formar un centro pensante académico fuerte para poder contrarrestar las investigaciones y las cosas que hacía CEPAL. Fue entonces a hablar con el profesor Schultz para ver si podía llegarse a un convenio entre la Universidad de Chicago y alguna Universidad en Chile para formar acá un grupo de economistas. Vinieron a Chile y fueron a hablar con la Universidad de Chile, que tenía la mejor Facultad, mucho mejor que la nuestra. Pero como estaban en peleas de elecciones de Decano no los “inflaron” y se fueron a hablar con don Julio Chaná, que era nuestro Decano. Inmediatamente don Julio dio todo tipo de facilidades y nació un convenio financiado por la AID y la Católica. La Católica se comprometió a formar un Centro de Investigaciones Económicas con los que regresaban después de estar becados por dos años en la Universidad de Chicago. Firmó el Rector para contratar tres profesores *full time* a la vuelta de este grupo de personas, pagándoles un sueldo de mercado decente (en aquel tiempo eran 400 dólares, lo recuerdo muy bien). Hicimos un grupo allá y volvimos a Chile y fuimos contratados. El Rector, en vez de tres, contrató a cinco y después a más profesores *full time*.

Allá estuvimos juntos Arturo Fuenzalida, Carlos Massad, Pedro Jeftanović y Sergio de Castro; éramos muy amigos entre nosotros y también de un profesor, Alito Harberger, quien siempre nos decía que íbamos a ser conocidos como los “tigres de Chicago”. La idea era que al volver a Chile íbamos a tomarnos la Escuela de Economía, cosa que hicimos. Echamos a cuanto viejo hubo y trajimos gente nueva. Íbamos a cambiar la enseñanza de la eco-

nomía en Chile, la investigación; después íbamos a cambiar la política económica en Chile, íbamos a llegar a tener ministros y todo lo demás, y después íbamos a cambiar la política económica de Latinoamérica. Por el año 1956-57 iniciamos todo esto. Fue —junto a otros “Chicago” y egresados de la UC— un grupo muy importante en el diseño de la política económica del gobierno militar y en su ejecución; nuestros egresados y colegas de Chicago han participado en todos los gobiernos, y hoy estamos ayudando a varios gobiernos latinoamericanos en la formulación de sus programas de política económica. Por ejemplo el Ministro de Hacienda de El Salvador, un ingeniero civil, vino por un año y tomó un curso que yo dirijo en la Universidad Católica. También hemos tenido Ministros en otros países que han estudiado en Chile en el programa de la Universidad Católica. Si no hubiera sido por esta inversión que hizo el “American Taxpayer” en otorgar estas becas, muy posiblemente no sé en qué plano estaría Chile hoy. Carlos Massad era de la Universidad de Chile; no era profesor nuestro, volvió a esa universidad e hizo una muy buena labor como Presidente del Banco Central en el gobierno de Frei, y quién sabe qué labor va a hacer en el futuro.

No sé si ustedes conocen el cuento del “ladrillo”. El “ladrillo” era un programa económico de gobierno elaborado por los “Chicago boys” en 1972/73. Yo estaba afuera, le arranqué al Chicho, porque mi señora le tenía miedo al Chicho. Al Chicho se le ocurrió decir en la mesa del comedor de la casa de mi señora en Cuba (mi suegro era Ministro Consejero allí), que el problema de Fidel era que no había matado suficiente gente, y mi suegro lo echó de la casa. Evidentemente que la primera cosa que hizo el Chicho cuando subió fue echar a mi suegro del Ministerio de Relaciones. En la sede de nuestra Escuela en Los Dominicos se juntaban Sergio de Castro, Pablo Baraona, Jorge Cauas, Emilio y Andrés Sanfuentes, Sergio de la Cuadra, Manuel Cruzat y todo un grupo de gente que dijeron que iba a caer, de modo que había que preocuparse de hacer el programa económico para el futuro gobierno e hicieron un documento que fue llamado “el ladrillo”. Llegó un almirante a preguntar quiénes podrían ayudarlo y se le en-

tregó el "ladrillo", que fue la base del programa de gobierno económico que este país estableció después de 1973.

Nuestra Escuela hoy es distinta a la de la cual egresé. Tenemos hartos profesores *full time* y creo que estamos influyendo en forma significativa en formar muy buenos ejecutivos y muy buenos economistas que están ayudando a que este país en verdad salga adelante; este país está irradiando intelectualmente su sistema económico a Latinoamérica y a otros países. Es muy usual que los profesores nuestros estén haciendo ayudas técnicas en los países latinoamericanos y del África, donde todo es un desastre. África ha seguido políticas económicas increíblemente absurdas; hay una pobreza y un centralismo tremendos. Aquí termino con este poquito de historia, que es muy bonita. En suma, la Universidad Católica tuvo la suerte de que por haber estado en elecciones la Universidad de Chile haya conseguido este proyecto.

Cuando me llamó Pablo Casanegra para dar una conferencia dije que me encantaría ir porque le tengo cariño a la Escuela de Medicina de la Universidad Católica, que es una de las Escuelas más prestigiosas de la Universidad. Después me llegó la carta en que me dicen que tengo que dar una conferencia sobre una evaluación social de una Facultad de Medicina. Aquí me han jugado chueco, porque al comienzo creí que podría hablar libremente y después me han encerrado en un tema tan complicado como ese. Lo que voy a hacer es ser medio demócratacristiano, ni fu ni fa, es decir, me voy a tirar al medio.

Hace mucho tiempo que estoy fregando con la noción de que los países pobres tienen que invertir su plata en forma sabia. Por ejemplo, si en un camino de tierra hay poco tráfico lo más lógico es pavimentar nada más que una franja, un lado. Me dicen que el Ministerio de Obras Públicas los llama "los caminos Fontaine". Una vez yo iba para Antuco y me encontré con un camino que está pavimentado sólo de un lado, *no al medio de la calzada*. Ello permite conocer quién tiene derecho a la vía pavimentada. Si tú vas por el camino pavimentado y a tu derecha, si el que viene al frente lo hace en la misma vía (por su izquierda) él sabe que debe bajarse a la tierra: se baja y después sube nuevamente

a la vía pavimentada. Evidentemente que pavimentar los dos lados tiene un beneficio, porque bajan los costos de operación de los vehículos y baja el tiempo de viaje, pues todos pueden transitar sin necesidad de bajarse del pavimento. Si se pavimenta al medio y viene alguien en contra ¿quién se baja? Es como el camino a Viña cuando yo era joven. La aventura era llegar a Santiago y no haberse bajado nunca del camino pavimentado. Era un desafío no bajarse del camino ¿se acuerdan? Con esta solución no hay problema, porque todo el mundo sabe que acá está a la izquierda y acá a la derecha, salvo que sea demócratacristiano, porque confunde la izquierda con la derecha y queda la escoba. Si es chicagón no hay problema, porque sabe muy claramente dónde queda la derecha y dónde queda la izquierda.

Antes de hacer alguna reflexión sobre una posible evaluación social de una Escuela de Medicina quisiera aclarar algunos conceptos. El primer punto que quiero destacar es que desgraciadamente el nombre "Evaluación Social de Proyectos" es un nombre malo, en el sentido de que entrega una imagen equivocada acerca de qué es lo que uno quiere hacer cuando evalúa socialmente un proyecto. También esto tiene su historia. En la década de los sesenta popularizamos este nombre, y yo me siento muy responsable de haberlo popularizado aquí en Chile. Que un "Chicago boy" esté preocupado de la evaluación *social* de proyectos suena muy bien. Si se hubiera tratado de popularizar este nombre en un régimen de dictadura nacionalista, lo hubiéramos llamado "Evaluación Nacional de Proyectos", porque eso sonaría más *sexy* para ellos. Curiosamente, el nombre de "Evaluación Nacional de Proyectos" es un nombre mucho mejor que el de "Evaluación Social de Proyectos", porque cuando se hace una evaluación social de proyectos se trata de comparar lo que *el país* es "con el proyecto" versus lo que el país hubiera sido "sin el proyecto". De alguna forma se quiere ver cuánto aumentan el valor y la riqueza del país haciendo el proyecto, versus lo que hubiera aumentado sin hacer el proyecto. La evaluación social o nacional de un proyecto no es preocuparse de cuánto más rica es la persona que hace el proyecto; lo que uno se pregunta es qué sucede con la riqueza *del*

país. Si acaso uno quisiera vender el país a los marcianos, ¿cuánto vale el país con proyecto y cuánto vale sin proyecto? Ese es el verdadero concepto de evaluación social, y por eso es que quizás sería mejor llamarlo "Evaluación Nacional de Proyectos".

Por una serie de razones —algunas naturales a la forma como es el mundo y otras introducidas por el hombre— sucede que lo que es bueno para Juan puede que sea malo para Chile, y lo que malo para Juan puede que sea bueno para Chile. Por lo tanto, por estas razones —ya sean naturales o impuestas por el hombre a través de impuestos, subsidios, etc.— puede ser cierto que el resultado de una evaluación nacional de proyectos difiera del resultado de una evaluación privada de proyectos. Lo que hace la evaluación privada de proyectos es ver cuánto más rico es Juan haciendo el proyecto, versus no haciendo el proyecto. Un ejemplo que he usado bastantes veces para tratar de explicar la diferencia de evaluación social y evaluación privada, es el siguiente: Si todos nosotros emitimos acciones para producir una nueva cocina, vamos a tener ciertas cosas que son beneficios y ciertas cosas que son costos de producir la cocina (las perillas, las latas, la mano de obra). Nuestros beneficios serán las ventas totales de cocinas. Con estos datos haríamos una evaluación privada del proyecto, *desde el punto de vista nuestro*. Si Fensa-Mademsa decidiera producir una cocina igual que la nuestra, tiene que hacer una evaluación privada de producir la cocina *desde el punto de vista Fensa-Mademsa*; quizás diseñarla parecida a las Zanussi. Los beneficios para Fensa y Mademsa son distintos de los beneficios para nosotros, porque las ventas adicionales de esta nueva cocina, marca Ferriloza, en parte le quita mercado a Zanussi, pero en parte también a las marcas Fensa y Mademsa. Por lo tanto, si son 100 las cocinas que produce el proyecto, a lo mejor de esas 100 cocinas nuevas vendidas se venden 30 menos de Mademsa y 25 menos de Fensa. O sea, su aumento de venta no es 100, sino 45, por cuanto vendió menos de la marca Fensa y vendió menos de la marca Mademsa. Y el resto, puede que 30 que le quite a Zanussi, tantas que le quite a Cimet y a lo mejor tres personas se entusiasman y compran ahora una cocina,

por lo que la disponibilidad de cocinas en el país aumenta sólo en tres aparatos. Gran parte de esa venta es canibalización de su propia cosa, por lo que sus beneficios (adicionales) corresponden sólo a 45 cocinas, *menos* las utilidades que deja de obtener por su menor venta de Fensas y Mademsas. El beneficio para nosotros, sin embargo, era la venta de 100 cocinas. Los costos para nosotros incluían las perillas de cada una de las 100 cocinas, pero los costos para Fensa y Mademsa no son iguales a ello, porque si bien compran perillas para las 100 cocinas, compran menos perillas para 45 que deja de producir. Por otra parte, *desde el punto de vista del grupo de empresas CTI*, que también es dueña de la fábrica que produce perillas, la cosa es distinta, porque también CTI vendía perillas a Zanussi y a Cimet y, por lo tanto, lo que es costo y lo que es beneficio para el grupo CTI es distinto que lo que son para Fensa-Mademsa. Por último, si miramos el país como un todo tendremos un país "con la cocina nueva Fanaloza", versus uno "sin la cocina Ferriloza". ¿Cuál es el verdadero beneficio *para el país* de producir estas 100 unidades de cocina? Primero, proviene del hecho de que se dejan de producir 97 cocinas marca Fensa, Mademsa, Zanussi y otras, lo cual implica un ahorro de recursos para el país. Segundo, proviene del hecho que en el país aumenta en tres la disponibilidad de cocinas. Es decir, de las 100 cocinas producidas el aumento en el consumo de cocinas es nada más que tres, y el resto sólo conlleva que no hemos ahorrado recursos en la producción de las otras marcas. El costo para el país es igual al costo para el proyecto de producir las 100 cocinas.

La evaluación privada —cualquiera de ellas— no diferirá de la social o nacional si en el país los precios no son mentirosos; es decir, si los precios de mercado reflejan los verdaderos costos y los verdaderos beneficios de producir y consumir. En este caso, la evaluación privada del proyecto de hacer cocinas hechas por nosotros, hechas por Fensa-Mademsa o por CTI deben entregar exactamente el mismo resultado que una evaluación social o nacional. Por lo tanto, si a nosotros nos conviene hacer una sociedad anónima para producir cocinas, también le va a convenir al país si los precios que pagamos y recibimos no

son mentirosos. La maravilla del asunto es que está claramente demostrado que si se deja "libre" a la economía para que sean los mercados los que establezcan los precios, dichos precios serán no mentirosos y, por lo tanto, que "lo que le conviene a Juan le convendrá también al país".

Mi papá, siendo médico, siempre dice que la máquina más perfecta es el cuerpo humano. El cuerpo social también puede ser perfecto si se lo deja tranquilo, si no se le implantan cosas y cuerpos extraños. Cuando se enferma hay que tratar de curarlo; pero si se le empieza a meter pichincata y todo lo demás, así como ello termina matando el cuerpo humano, también termina matando el cuerpo social. Eso es lo que demuestra la ciencia económica: el cuerpo social —dejado tranquilo—, *salvo excepciones*, va a llegar a un equilibrio natural con precios verdaderos, al igual que el equilibrio natural del cuerpo humano. En ese caso va a ser cierto que "lo que es bueno para Juan es bueno para el país, y que lo que es malo para Juan también es malo para el país".

Entonces, ¿por qué es tan importante la evaluación social o nacional de un proyecto? Primero, es muy importante en los países donde los precios mientan, es decir, donde hay fijaciones de precios, subsidios, impuestos y trabas al libre intercambio nacional e internacional. En esos casos la autoridad de ese país —que tiene una responsabilidad de resguardar el bienestar general—, debe intervenir para que Juan no haga aquello que, si bien le conviene a él, al país no le conviene. Y, a su vez, esta autoridad debe preocuparse de que se haga aquello que, no conviniéndole a Juan, sí le conviene al país. Cuando hay precios mentirosos tiene que haber una autoridad que resguarde el bienestar del país.

En una de mis primeras columnas en *El Mercurio* puse un ejemplo que es magnífico para explicar este concepto de precios mentirosos, se refiere a la economía de la familia. ¿Cuál es el precio para nuestros hijos, y las hijas fundamentalmente, de hablar por teléfono en la casa? Es cero, más bien, es sólo su tiempo. Hablan, pololean y discuten las tareas, etc. El único costo para ellos es el tiempo. ¿Cuál es el costo para ellos de darse una ducha ca-

liente en casa? Sólo su tiempo, por lo que las duchas son larguísimas. ¿Cuál es el costo para nuestros hijos de tomarse una Coca-Cola en la casa nuestra? Es cero: abrir el refrigerador, sacar la tapa y tomársela. El costo para tomarse un trago aquí anoche era igual al costo privado para quien lo tomaba, pues cada uno lo pagaba; estoy seguro de que si los tragos hubiesen sido pagados por Laboratorios Saval, el consumo de tragos habría sido distinto. Entonces, ¿qué sucede en nuestras casas? Como el papá tiene la responsabilidad de financiar las cuentas de luz, agua, comida, los zapatos, los cuadernos y las matrículas del colegio o de la universidad, entre muchos otros gastos, evidentemente tiene que limitar la libertad de los muchachos, porque si no lo hace no tendrá con qué pagar las cuentas a fin de mes. Y, por lo tanto, esos precios mentirosos obligan a que surja una autoridad que debe preocuparse por el bienestar de la familia, *a limitar sus acciones*, con lo cual se exacerban los problemas de la adolescencia. Entonces, ¿cómo podría dársele a esos niños la libertad de actuar? Muy sencillo. Primero, les aumenta la mesada; después pone una máquina expendedora de Coca-Cola en la casa, pone un teléfono con ficha y le pone un medidor en el calefón, y en ese mismo momento, ese quizás incluso, dejan de bañarse todos los días. En la medida en que el tipo empieza a expeler olores que molestan uno podría empezar a subsidiar sus duchas para así evitar la "externalidad" que su falta de baño genere al resto de la familia.

Creo que la libertad es una cosa realmente valiosa. Por eso es importante que los precios no mientan. En Antofagasta no se pueden lavar los autos en la calle porque el agua está subsidiada. En SOQUIMICH eran gratis los servicios médicos y, por lo tanto, no daban abasto; se introdujo un sistema mediante el cual la persona pagaba ella el servicio médico y al final de mes se lo devolvían por planilla. Automáticamente bajaron como en 40% las consultas. En María Elena, antes tenían los trabajadores libertad para consumir toda el agua y la luz que querían; ahora se pusieron medidores y bajó el consumo de electricidad y de agua en cualquier cantidad, a pesar de que se les

aumentó el sueldo en un monto equivalente a sus consumos históricos.

Entonces, cuando los precios mienten, una autoridad debe tener información para poder decir: esta actividad, que Juan no la desarrolla porque a él no le conviene, alguien debe desarrollarla; o la hace el Estado, o éste puede incentivar a Juan para que la desarrolle. También poder decir que debe restringirse la libertad de Juan para desarrollar una actividad que a él sí le conviene y al país no. Es muy importante para un Ministerio de Planificación o para un Gobierno, que tiene la responsabilidad de resguardar el bienestar del país, tener información sobre qué es lo que al país le conviene. Cuando los precios no mienten pierde mucha relevancia la evaluación social de proyectos, porque... si en el país no se producen raquetas de tenis es ¡porque no conviene al país producir raquetas de tenis! Si en el país no se producen zapatos es porque no le conviene producir zapatos, porque lo que es bueno para el español que hace zapatos es bueno también para el país, y lo que es malo para él, también es malo para el país.

Sin embargo, hay ciertas cosas que, por su naturaleza, conducen a que los precios que se establecen en el mercado no sean precios verdaderos. Por ejemplo, si uno dejara a las libres fuerzas del mercado la asignación de todos los recursos es evidente que no habría consultorios médicos en La Pincoya, porque los médicos (que como todo ser humano, trata de dar a su familia el mejor nivel de vida posible) van a poner sus consultorios en La Florida y, de todos modos, en Las Condes y en Ñuñoa. Ustedes, el Laboratorio Clínico lo ponen en Gertrudis Echeñique; no lo ponen en La Pincoya ni en la villa El Rodeo; no les conviene, porque sencillamente no es un buen negocio. Y el Centro de Diagnóstico no está precisamente ubicado en La Pincoya, está ubicado en otra parte. Igual cosa sucede con la educación primaria. ¿Quién va a querer colocar un kindergarten en La Pincoya? Nadie; el kindergarten se coloca donde está la gente que puede pagar. Menos todavía un colegio primario y secundario, porque sería un pésimo negocio. Por lo tanto, el mercado falla. Si queremos que nuestra sociedad sea una

sociedad en la cual haya el mínimo posible de sufrimiento, tenemos que buscar algún mecanismo para que introduzcamos los incentivos para que ese médico quiera instalarse en La Pincoya, o que esa escuela primaria quiera instalarse en La Pintana; o bien, hacer que el Estado mismo decida y coloque ese centro médico o esa escuela ahí. O sea, hay una serie de actividades donde los precios mienten debido a la pobreza. Esa gente, que es pobre, está preocupada fundamentalmente de sobrevivir y de darle calorías al animal de la familia, que es el papá, y no le queda plata para otras cosas que sí le convienen al país, pero que esas personas creen que no les conviene porque sencillamente tienen otras necesidades más urgentes. Aquí, entonces, surge muy importantemente la evaluación social de proyectos, que trata de alguna forma de medir qué es lo que le conviene al país, hasta dónde llegar, dónde hacer el colegio, aquí o allá, porque hay que tratar de evaluar de alguna forma los costos y los beneficios de hacerlo tres o cuatro cuadras más allá; cuántos colegios, de qué tamaño, etc.

Por ejemplo, se ha demostrado que la educación preescolar es tremendamente importante para un país, porque si el niño no recibe estimulación precoz no recibe control básico de salud y no recibe una dieta adecuada desde chiquitito, ese niño pobre llega a primaria y fracasa. El primer año lo repite; después lo pasa a lo mejor por misericordia; después repite el segundo nivel y después se va y abandona el sistema escolar, con lo cual queda atrapado en un "círculo de pobreza". De modo que hay que invertir en educación preescolar con un programa focalizado en los más pobres, que incluya nutrición, salud y estimulación precoz; si no es así, esos niños están condenados. Tengo la gran satisfacción de que ese proyecto de un Centro de Atención Integral fue evaluado por mi programa en el año 1976, y fue la base para convencer al Gobierno de que había que invertir plata en un programa integral preescolar a los niños de extrema pobreza entre los 2 y 6 años. Demostramos que normalmente la tasa de escolaridad que alcanzaban estos niños era muy baja, y teníamos otros grupos control donde curitas, monjitas o los carabineros entregaban a

estos niños de extrema pobreza este tipo de estimulación junto con alimentación y control de salud; vimos sus tasas de escolaridad y pudimos comprobar que era un buen negocio para el país hacerlo. La rentabilidad a este proyecto resultó ser bastante alta.

Hay otros proyectos rentables en los cuales no invierte el sector privado, pues "sale más cara la vaina que el sable" cobrar por el servicio entregado. Por ejemplo, sale más caro poner peaje en todos los caminos o en todas las calles de la ciudad que no cobrar por ello. Como es más caro cobrar peajes ningún privado va a querer hacer caminos, y no hay ninguna duda de que al país le conviene tener caminos y algunas calles pavimentadas. ¿Cómo decidimos qué camino hacer y qué calle pavimentar? Si el camino es sólo para una mina, es clarísimo que el dueño de la mina es quien debe construirlo; si es forestal, el dueño del bosque debiera querer hacerlo: el bosque no vale nada sin camino, porque el bosque tiene que llegar a la carretera. En los caminos de uso público ¿cuáles pavimentamos, cuáles sólo a un lado, cuáles de cuatro pistas y cuáles sólo de dos? Para ello se requiere una evaluación social nacional de esos proyectos. ¿Cuánto vale el país con un camino nada más que gravillado en vez de pavimentado? Hay que ver cuánto le costó al país y cuáles son los beneficios. Esa es la tarea de la evaluación social de proyectos.

En Chile hemos logrado conseguir que la mayor parte de los precios de mercado sean no mentirosos. No existen hoy grandes distorsiones: "todo" paga IVA y toda importación paga 15% de derechos de aduana. Pero, hay algunas excepciones: la banda de precios para el trigo, para el azúcar y el aceite, y los impuestos específicos para importación de leche y algunos textiles. El precio de la electricidad es el costo marginal de largo plazo de producirla, y es, además, más cara en invierno que en verano, como debiera ser. En suma, se ha logrado establecer en el país un sistema muy limpio y eficiente de precios no mentirosos, por lo tanto, lo que es bueno para Juan es bueno también para el Chile de hoy. Esto ha permitido dar "libertad" de emprender, lo cual ha provocado una serie de pujanzas espec-

taculares, que espero que continúe, pues la única forma efectiva y segura de eliminar el problema de la pobreza es el crecimiento. La base fundamental para triunfar sobre la pobreza es a través del crecimiento económico.

¿Qué significa evaluar? Para evaluar se necesita hacer las siguientes tareas: la primera es *identificar* costos y beneficios pertinentes. Los grandes errores que se producen en las evaluaciones de proyectos provienen de que no se identifican bien los costos y beneficios pertinentes al proyecto. Por ejemplo, es muy tentador decir que los beneficios de la Facultad de Medicina de la Católica consisten en tener más médicos y que, por lo tanto, se salvarán más vidas. ¿Es cierto que ella aumenta el número de médicos? ¿No se hubieren acaso expandido las otras Facultades si no existiera la Católica? Hay que pensar muy bien cuál va a ser el verdadero efecto del proyecto, y para esto hay que definir lo que se llama la "situación sin proyecto". ¿Qué pasaría si no se hace el proyecto? Cuando digo "sin proyecto" debe pensarse en optimizar la situación sin proyecto. Si no se optimiza la situación sin proyecto, lo que se hace es asignar beneficios al proyecto que no corresponden, porque son beneficios que provienen de que la situación sin proyecto está siendo manejada de una forma ineficiente. Cuando nosotros hicimos la evaluación de la Clínica FUSAT en Rancagua, para CODELCO, fue muy importante optimizar el hospital que ellos tenían en Coya. El hospital era muy malo, pero se le podía hacer una serie de arreglos y tener convenios, por ejemplo con la Universidad Católica u otras instituciones, todo lo cual disminuye los beneficios atribuibles a la nueva clínica. O sea, se debe optimizar la situación base para no asignar al proyecto beneficios que no le corresponden y que se pueden obtener de una forma más barata. Otro ejemplo: Había un proyecto de extender la supercarretera desde El Paico hasta San Antonio. Un estudio de factibilidad mostraba que este proyecto era rentable, dada la calidad "actual" del camino viejo, pues serían significativos los ahorros de tiempo de viaje. En 1979 nosotros propusimos catorce proyectos menores al camino actual para "optimizarlo", y Obras Públicas

los hizo prácticamente todos. Hubo uno muy bonito: ustedes se acordarán que había una subida donde siempre había congestión; se propuso ensancharla a tres pistas, utilizando incluso el camino más antiguo que pasaba bajo un canal en curva. Estas mejoras llevaron a que la gente, en vez de demorarse (digamos) 2 horas en llegar a Santiago, con los arreglos se demoraría (digamos) 1 hora 45: se ahorraron 15 minutos. Si el tiempo de viaje por la supercarretera se estimara en 1 hora y 20 minutos, el estudio original asignó 40 minutos como beneficios del proyecto. Pero eso es mentira. Si se hacen los pequeños arreglos, el ahorro es nada más que 25 minutos, lo cual hacía inconveniente el proyecto de la supercarretera. O sea, basta que yo degrade un camino no muy malo para justificar uno nuevo, ¿eso no puede ser! Otro ejemplo. La ejecución del proyecto de ampliación del puerto de San Vicente estaba autorizada por el gobierno en 1977. Esta se justificaba solamente porque la gente trabajaba en el puerto a sólo un turno, y había un montón de barcos esperando ser atendidos. Por lo tanto, ampliar el puerto eran para el país beneficios, pues le significaba no tener que pagar a los barcos que estaban esperando subir los troncos y demás cargas. Pero, ¿cuál era el proyecto obvio? ¿Poner más turnos a trabajar en el puerto de San Vicente! Demostramos que trabajando a tres turnos el proyecto "ampliación" resultaba ser no rentable. Eso le dio a Miguel Kast buenas razones para romper el sindicato de trabajadores y ese puerto pudo dar un buen servicio al país por varios años más, sin destinar recursos a su ampliación. O sea, era absurdo que por algo tan estúpido como estar trabajando a un turno —es decir, tan estúpido como no estar optimizando la situación "sin proyecto"— se estuviera justificando agregar más infraestructura. No sé cuántos turnos usan ustedes en sus inversiones en el hospital, pero sería interesante pensar qué se podrían ahorrar usando más turnos y utilizando las cosas en forma más intensiva.

La segunda tarea inherente al proceso de evaluar es *medir* los beneficios y costos correctamente identificados. Para algunas cosas esto ya se ha resuelto;

pero, ¿cómo se mide el concepto de Seguridad Nacional? ¿Cuánta más "seguridad nacional" se consigue haciendo una escuela fronteriza que no haciéndola? Justamente una de las razones por las cuales se justifica hacer escuelas fronterizas es porque eso aumenta el grado de seguridad. ¿Cómo se mide la desnutrición? Ahora ya se mide, porque la ciencia ha avanzado debido a la preocupación de los médicos y también de los economistas por el tema. ¿Cómo se mide la capacidad de un niño para salir por sí solo de la extrema pobreza? ¿Cómo se mide "estado de salud"? ¿Cómo se mide escolaridad? ¿Han pensado en ese problemita? ¿Ocho años en el Grange es igual que 8 años en La Pincoya? Estas mediciones —unidades de medida— son fundamentales para el proceso de evaluar proyectos "sociales". Cuando un beneficio no es medible, ¿cómo quiere que yo evalúe un proyecto que los genera? Si algo es no medible ¡no medible es! y, por lo tanto, el proyecto es por definición no evaluable. La profesión nuestra es muy útil y muy encachada, tanto como la de ustedes, para proyectos donde es posible *medir*.

Finalmente, surge la tarea de *valorar* lo que he podido identificar y medir, lo cual no es siempre posible. Por ejemplo, yo puedo identificar y medir que sacar agua del lago Chungará va a generar flujos de agua para riego y energía eléctrica; pero también que va a matar 240 flamencos. Puedo valorar el agua de riego y la energía generada; pero, ¡póngale precios a los flamencos! Grau le pondrá quién sabe qué precio, y alguien que le tiene alergia a los flamencos le pondrá precios negativos: hay ciertas cosas que son beneficios para algunos y costos para otros. Al respecto, me encanta dar el siguiente ejemplo: En Viña, en la Avenida 1 Norte hay unos árboles preciosos y hay palmeras al medio de la calzada; entonces, alguien puede decir que al evaluar el proyecto de ensanchar la Avenida 1 Norte debe considerarse que se botarán los árboles y se venderá la madera como leña a las panaderías, lo cual constituye un beneficio, ¿no es cierto? Pero, lo cierto es que al alcalde que decida ensanchar la avenida, tomando como *beneficio* el hecho de botar las palmeras y los

árboles, seguramente lo colgarán de las orejas, ¡si es mujer!

Es muy importante este concepto que estoy tratando de transmitir. Como economista puedo valorar el ahorro de gastos de operación de los vehículos que transitan por el Norte, incluso puedo valorar el ahorro del tiempo de viaje que implica ensancharla; pero no me pidan que evalúe cosas no medibles o no valorables. Una vez me llamaron para hacer una evaluación social del INE, y yo les dije que no me pidieran estupideces. ¿Cuál es el valor para el país de que se calcule el número de días lluviosos con temporal en Valparaíso? No lo sé. ¿Cuánto vale que se calcule el IPC? No sé. Se puede hacer tal vez alguna cosa en términos de *costo-eficiencia*, que sin duda sería útil; pero no una evaluación costos-beneficio.

Hace unas tres semanas publiqué una columna donde afirmo que estudiar es un negocio como cualquier otro. ¿Qué piensa un joven cuando decide estudiar? Dice: si no estudio, en promedio voy a tener un determinado flujo de ingresos; si estudio un determinado número de años, pago matrícula y después salgo al mercado, normalmente ganaré al comienzo menos que mi amigo que no fue a la universidad, pero lo más probable es que después gane más que él. Estudiar significa durante un número de años pagar matrícula, comprar cuadernos y cosas así, respecto del "sin proyecto" que es no estudiar. Aquí no está la alimentación, porque con o sin proyecto uno se alimenta igual, salvo que tenga que alimentarse más porque está estudiando educación física o algo por el estilo. También deja de ganar por el hecho de estudiar, por lo que ello constituye un costo de estudiar. Cuando éramos jóvenes nuestros compañeros que trabajaban en el Banco Edwards andaban todos bien vestidos, convidaban a las chiquillas a la pérgola y uno andaba sin plata, pidiéndole al papá la mesada. Pero, lo que uno espera en la vida es que ese cabro siga en citroneta y uno que ande un poquito mejor. Así, el beneficio de estudiar es la *diferencial* de ingresos que recibirá el egresado respecto de lo que hubiera ganado si no hubiera ido a la universidad.

Al comparar los costos con los bene-

ficios privados de estudiar se establece la rentabilidad privada de estudiar cada una de las carreras disponibles para los jóvenes. En equilibrio, uno debiera esperar que la rentabilidad de estudiar Medicina sea parecida a la rentabilidad de estudiar Economía o cualquier otra carrera, pues el mercado llevaría naturalmente a eso si se lo dejara operar libremente. La rentabilidad de invertir en casas debe, en equilibrio, ser parecida a la rentabilidad de invertir en acciones, en árboles frutales o en pinos. El mercado de alguna forma va haciendo que aquello que es un buen negocio atraiga gente para que invierta en él. Si es muy rentable invertir en pinos, o sube el costo de los arbolitos chicos que uno planta o baja el precio de la madera, pero de alguna forma el mercado va haciendo que su rentabilidad baje y sea "normal". Es (era) muy rentable estudiar Economía. Los egresados nuestros ganan más de \$ 200.000 el primer mes que salen a trabajar y, después de sólo un año, el 90% de ellos gana \$ 350.000 o más. Es mucha plata, es muy rentable entrar a la Universidad Católica y estudiar Economía. ¿Qué sucedió? La Universidad Gabriela Mistral, Finis Terrae, Diego Portales y otras están ofreciendo "producir" ingenieros comerciales, y las tradicionales han aumentado sus cupos. ¿Qué va a pasar? La rentabilidad de estudiar ingeniería comercial va a tener que bajar: o van a subir los costos de producir ingenieros comerciales, o van a disminuir los ingresos que pueden recibir nuestros egresados.

El costo de estudiar Medicina es para el país bastante más alto, según tengo entendido, que el costo privado para el alumno que sigue esa carrera. Me dicen que el costo privado para la universidad de educar médicos es también superior que el costo para el alumno: que la matrícula no cubre el costo de educarlo. ¡Por algo es que las escuelas privadas no producen educación en Medicina y sí la producen en Derecho y Economía! Entonces, en el mercado de la educación hay precios mentirosos, pues hay carreras que están siendo subsidiadas, debido a lo cual la demanda por entrar a ellas es muy alta. En estos casos la rentabilidad privada (para el estudiante) de estudiar en ellas va a ser con toda seguridad más

alta que su rentabilidad social, porque, al estar subsidiadas, su verdadero costo es mayor que el pagado por el estudiante. La situación de equilibrio de mercado "libre" llevará a que la rentabilidad *privada* para el alumno que decide estudiar una carrera sea más o menos parecida a la de cualquiera otra; este equilibrio será *eficiente* desde el punto de vista del país sólo si los precios pertinentes no son mentirosos. Así, los subsidios "cruzados" entre Facultades llevará a una ineficiente asignación de recursos: habrá "demasiados" estudiantes siguiendo las carreras subsidiadas.

¿Puede argumentarse que los ingresos diferenciales que recibirá el médico o el ingeniero comercial no reflejan el beneficio que recibirá el país por sus servicios? Es decir, ¿son mentirosos los precios (ingresos) sobre los cuales el estudiante decide seguir una u otra carrera universitaria? El asunto es complicado, pero lo cierto es que una evaluación social o nacional de tal carrera debe contemplar los costos y beneficios *sociales* de impartirla; respecto de los ingresos que sus egresados van a recibir, ellos pueden como pueden no reflejar los verdaderos beneficios para el país y de los servicios prestados, lo cual complica aún más la evaluación social de una carrera universitaria.

Ahora, ¿qué es una Facultad de Medicina? Una Facultad de Medicina es una fábrica, un negocio como cualquier otro, es un proyecto, es como producir pan con un horno. Así como para producir pan entran insumos tales como harina, energía, etc., en una Facultad entran horas de enseñanza, materiales y otra serie de insumos. Hay una diferencia entre el valor de lo que entra y de lo que sale. La idea es que en el proceso de gastar recursos nacionales para que un ser humano, que es muy inteligente, salga con habilidades distintas, el costo de lo que se gasta en recursos sea menor que el beneficio que se recibe al salir y, por lo tanto, esta actividad tenga un excedente. Si no hay excedente estaremos cambiando pan por charqui, y el país no crecería, ¿no es cierto? La gracia está justamente en que el valor de lo que se gaste en recursos reales para producir un médico sea menor que el valor de lo que sale: que sea "rentable" pro-

ducir médicos. Será la rentabilidad (excedente) privada lo que motivará al dueño de una universidad privada a impartirla; y es en parte lo que debiera interesarles a ustedes como gestores de una Facultad de Medicina. Lo que al país le interesará establecer es el excedente (rentabilidad) social de la Facultad.

¿En qué consistiría una evaluación social de una Escuela de Medicina? En comparar sus costos con sus beneficios sociales. Por el lado de los beneficios que está recibiendo la Facultad ellos son las matrículas que los chiquillos pagan; pero la matrícula puede no ser un reflejo de los beneficios que el chiquillo y la sociedad van a recibir en el futuro, es decir, el beneficio de la Facultad puede no ser el número de alumnos multiplicado por las matrículas, siendo que el monto de la matrícula puede ser un precio mentiroso. Me explico: ¿cuánto vale un árbol? Un árbol vale conforme a cuánta fruta produce y conforme al precio de la fruta, sea cual fuere el precio que se pagó al criadero y el costo de plantarlo. Cuando se produce un médico es como producir un árbol, que genera determinados flujos futuros de ingresos para él. El precio (matrícula) que debiera estar dispuesto a pagar el muchacho con el objeto de conseguir la habilidad que le dan sus profesores de diagnosticar, de operar y sanar es, con toda seguridad (hoy), mucho mayor que la matrícula pagada, por lo que ésta no es reflejo de los beneficios futuros que éste y la sociedad van a recibir por tener médico adicional. Por lo tanto, el excedente (o pérdida) financiero de la Facultad no refleja por esta razón la rentabilidad social de tener una Escuela de Medicina. En la medida que persista este desequilibrio en el sistema los beneficios para quien estudia medicina serán más altos que la matrícula que se paga, y se estarán subestimando los beneficios que la Facultad de Medicina entrega al país. De modo que si se quisiera estimar la rentabilidad de la Escuela, estando fijadas las matrículas por las autoridades, se van a equivocar tremendamente si se suman todos sus costos y se considera como ingreso sólo la matrícula, porque la matrícula no es un fiel reflejo del beneficio que el alumno y el país están re-

cibiendo por el hecho de educarse y estudiar medicina. Lo que se debiera hacer es considerar como beneficios de la Facultad de Medicina el perfil de los ingresos *diferenciales* que van a recibir sus médicos en el futuro, respecto del que hubieran recibido si no hubieran entrado a la universidad. Pero, cuidado con asignarle este beneficio —en el caso de una evaluación social— a todos los médicos egresados de la Católica, pues algunos de ellos de todas maneras hubieran sido médicos si no hubiera existido nuestra Facultad. Como explicábamos el caso de Fensa-Mademsá, si ustedes tuvieran un cupo menor que 80, a lo mejor habría más cupos en la Universidad de Chile o en la de Concepción.

El problema de evaluar la Escuela se complica por el hecho de que a través del hospital se entregan también servicios médicos y de salud, por los cuales reciben

seguramente un "precio mentiroso" menor que el verdadero valor de los servicios prestados. También por el hecho de que no incluyen en vuestros costos un arriendo por los terrenos y edificios, como tampoco por el equipamiento que les es donado.

En suma, lo que he querido transmitirles hoy es que esto de la evaluación social no es tan fácil; que la ciencia económica tampoco es fácil, y que es tremendamente fácil meter la pata en economía, al igual que lo es en Medicina. Pero todo el mundo opina de Medicina y aún más de economía. Afortunadamente, ya se está respetando un poquito más mi profesión, que tanto puede aportar a reducir el sufrimiento ocasionado por la pobreza y por las malas políticas de inversión y económicas en general seguidas por gobiernos mal asesorados.

“La autoridad en la Universidad”

Prof. Ricardo Krebs Wilckens

*Profesor fundador de la Escuela de Pedagogía (1943),
Decano de la Facultad de Filosofía y Ciencias de
la Educación (1967-70), actual Decano de la Facultad de
Historia, Geografía y Ciencia Política de la Pontificia
Universidad Católica de Chile. Premio Nacional del
Historia (1982). Miembro de Número de la Academia
Chilena de Historia.*

Un tema tan general puede ser tratado de la más variada manera; puede ser estudiado con criterios propios de la ciencia política; puede ser estudiado como problema histórico; pueden estudiarse las distintas soluciones que se han dado en diversas Universidades y en épocas diferentes.

Yo he optado por analizar la autoridad en la Universidad Católica.

Es lo que mejor conozco.

Siendo un caso particular, reviste características de significado general, de modo

que permite conocer las funciones propias de la autoridad universitaria en general.

Es nuestra Universidad. Y me parece que nos conviene conocer nuestra realidad y sus orígenes históricos, ya que desde esta historia y desde esta realidad tenemos que trazar nuestros proyectos del futuro y tomar nuestras decisiones en el presente.

Para poder hablar de la autoridad en la Universidad conviene empezar por definir el concepto de autoridad.

Veamos lo que el Diccionario dice al respecto.

1ª. acepción: Carácter o representación de una persona por su empleo, mérito o nacimiento;

2ª: Crédito y fe que, por su mérito y fama, se da a una persona en determinada materia;

3ª: Texto, expresión o conjunto de expresiones de un libro o escrito que se citan en apoyo de lo que se dice;

4ª: Potestad que en cada pueblo ha establecido su constitución para que lo rija y gobierne, ya dictando leyes, ya haciéndolas observar, ya administrando justicia;

5ª: Poder que tiene una persona sobre otra que le está subordinada, como el padre sobre los hijos, el tutor sobre el pupilo, el superior sobre los inferiores;

6ª: Según la filosofía cristiana, atributo de Dios, en que tiene su fundamento último toda otra autoridad;

Todo esto es "autoridad":

Partiendo de estas definiciones, quiero examinar la autoridad que en la Universidad Católica han tenido o tienen el profesor y los que ejercen un cargo directivo, en particular el Rector.

El profesor, por una parte, tiene el poder que una persona ejerce sobre otra, que le está subordinada. En virtud de este poder establece programas de sus cursos, fija los controles, toma exámenes, pone las notas. Esta es una autoridad que es inherente a su función, que es independiente de su persona y que es necesaria para que pueda cumplir con sus deberes de docencia.

Sin embargo, el profesor no sólo tiene poder o autoridad por su calidad de profesor, sino que él es autoridad o debería ser autoridad por el crédito y la fe que se le da por su mérito y fama.

Mas, ¿en qué consiste el mérito del profesor universitario y qué le da fama?

Si revisamos viejos papeles, como por ejemplo las Memorias que cada año publicaba el Rector don Carlos Casanueva, encontramos un perfil muy definido del tipo de profesor que en aquel tiempo actuaba en la Universidad Católica.

Requisito fundamental era su condición de católico observante que tuviese una conducta moral intachable. En todas las referencias personales don Carlos siempre solía destacar que tal profesor, tal Decano o tal Director, había sido o era un cristia-

no ejemplar, un hombre de grandes virtudes, un hijo fiel de la Iglesia.

El segundo requisito fundamental era el sobresaliente desempeño profesional. El profesor ideal, que más le convenía a la Universidad, era el profesional de reconocido prestigio que ocupase un alto cargo en alguna empresa privada o alguna repartición pública.

Con gran satisfacción don Carlos Casanueva destacaba que entre los profesores de la Escuela de Derecho había un Eduardo Larraín, Ministro del Tribunal de Cuentas; un Pedro Lira Urquieta, Director de la Caja de Seguro Obrero; un Luis Felipe Letelier, abogado de la Sindicatura de Quiebras; un Eduardo Varas, Relator de la Excelentísima Corte Suprema. En Ingeniería sobresalían Edmundo Decourt, Superintendente del Salitre; Fernando Palma, Jefe de la Inspección de Regadío; Alberto Decombe, Director del Agua Potable, Pavimentación y Alcantarillado de Santiago.

Lo que daba fama y crédito y, con ello, autoridad al profesor eran pues la calidad de católico y el desempeño profesional.

Cabe preguntar por qué la autoridad del profesor se basaba, fundamentalmente, en estos dos atributos.

Lo primero, o sea la catolicidad del profesor, parece ser algo obvio, ya que tratándose de una Universidad Católica parece obvio que sus profesores fuesen católicos y más precisamente católicos observantes.

Mas, cabe preguntar qué significaba ser un universitario católico y qué significaba, concretamente, ser un profesional católico en Chile en los fines del siglo XIX y en el transcurso del siglo XX.

En la perspectiva más amplia ser universitario católico denotaba aceptar la posibilidad real de que una Universidad pudiese ser católica y esto significaba aceptar que era posible para un católico ser creyente y, al mismo tiempo, estar comprometido con la ciencia. En otros términos, para tener autoridad como profesor en la Universidad Católica era indispensable haber encontrado una respuesta positiva al problema fundamental de cómo reconciliar fe y razón, religión y ciencia, verdad religiosa y verdad científica, dogma incuestionable y pensamiento crítico.

Como ustedes saben, la compatibilidad de fe y razón constituyó un axioma fun-

damental de la escolástica. Santo Tomás distinguía claramente entre fe y razón, pero sostenía que la verdad revelada, que era aceptada por la fe, podía y debía ser aprehendida por la razón. Ambas tenían su origen en Dios y conducían hacia Dios. La verdad sobrenatural y la verdad natural se complementaban y se correspondían.

Este principio fue cuestionado en el siglo XIV por el nominalismo, el cual afirmó que siendo el atributo esencial de Dios, su poder absoluto, Dios no podía ser aprehendido por medio de la razón, sino sólo por medio de la fe. Entonces quedó planteada por primera vez la posibilidad de un divorcio entre la verdad sobrenatural y la verdad natural, entre fe y razón.

En el curso de los siglos posteriores se alejaron cada vez más las dos posiciones, hasta que la Ilustración del siglo XVIII y el Positivismo del siglo XIX sólo reconocieron validez al conocimiento racional y empírico, condenando la religión como un anacronismo y como superstición.

Frente a las pretensiones de un cientifismo arreligioso, el catolicismo renovado de la segunda mitad del siglo XIX reivindicó la armonía y complementariedad de dogma y ciencia. León XIII proclamó en su Encíclica del 4 de agosto de 1879 el carácter ejemplar de la filosofía tomista. El neotomismo se esforzó por elaborar una nueva síntesis. La Compañía de Jesús colocó su labor bajo la consigna: "razón y fe".

Todas estas tendencias repercutieron también en Chile y modificaron profundamente nuestra vida cultural. Vastos sectores de la elite intelectual y social abrazaron el pensamiento racionalista y positivista. Este se impuso ampliamente en la educación universitaria y escolar. Las tendencias anticlericales y anticatólicas celebraron su primer gran triunfo a raíz de la aprobación, por el Parlamento, de las leyes del matrimonio civil y del cementerio laico.

El catolicismo chileno tomó conciencia de que existía el serio peligro de que Chile dejase de ser un país católico. Bajo la dirección de una serie de destacados prelados como Joaquín Larraín Gandarillas, Hipólito Salas y Rodolfo Vergara Antúnez o de laicos como Abdón Cifuentes, Domingo Fernández Concha y Carlos Walker

Martínez, se inició una verdadera cruzada con el fin de movilizar las fuerzas católicas para recuperar las posiciones perdidas.

El resultado más importante de este movimiento fue la fundación de la Universidad Católica, creada con el explícito fin de formar a profesionales católicos que fuesen buenos católicos y buenos profesionales.

Su fundamento teórico lo constituyó el neotomismo, que se nutría del principio fundamental de la escolástica tomista, de que la razón y la fe se complementaban y necesitaban mutuamente.

Los profesores fundadores de la Universidad compartieron este principio. En la sesión inaugural de la nueva Universidad ellos hicieron su profesión de fe. En sus clases enseñaron sus disciplinas conforme a los últimos avances del desarrollo científico.

Cabe preguntar si se logró entonces, o posteriormente, una verdadera síntesis. ¿Han tenido los profesores de nuestra Universidad la capacidad para proyectar verdaderamente los contenidos de la fe sobre las premisas y conclusiones de las elaboraciones científicas? ¿Ha sido la Facultad de Teología efectivamente corazón y centro pensante de nuestra Universidad? Ciertamente siempre ha estado presente el pensamiento escolástico. Ciertamente la Escuela de Derecho, en explícita oposición al positivismo jurídico de la Universidad del Estado, siempre ha sostenido el valor y la verdad del Derecho Natural. Mas, subsiste la pregunta si se ha entablado efectivamente un diálogo enriquecedor entre teología y ciencia, entre fe y razón.

En cambio, me parece que no existe ninguna duda con respecto al hecho de que los profesores fundadores o los profesores de los tiempos de don Carlos Casanueva fueron hombres de fe que se esforzaron sinceramente por cumplir en su vida personal y profesional con los deberes de la religión y con las exigencias de la Iglesia.

La Universidad Católica manifestó en aquellos tiempos con fervor y devoción su catolicidad. La fiesta del Sagrado Corazón, con su misa y su procesión por el claustro, era celebrada con amplia participación de profesores y alumnos. El día del santo de cada Facultad, el día del Papa con su gran acto solemne en el Teatro Municipal, la Misa y Comunión del Primer Viernes del

mes, la oración con que el profesor iniciaba y terminaba su clase, todas estas manifestaciones eran reiteradas expresiones y confirmaciones de que la Universidad era una Universidad Católica y de que sus profesores se sentían comprometidos con la Iglesia.

La observancia de la fe daba autoridad moral al profesor. El profesor era respetado en la medida en que vivía la fe de que hacía profesión.

El profesor, a la vez de ser un buen católico, debía ser un buen profesional de reconocida competencia y general prestigio.

Desde su fundación la Universidad imprimió a sus estudios un carácter esencialmente práctico. Don Abdón Cifuentes criticó severamente el carácter verbalista y predominantemente teórico de la educación en Chile. "Menos compendios de enciclopedias ambulantes y más trabajo, menos retórica y más industria, menos sofistas y más ingenieros, menos teorías y más ciencias aplicadas: eso es lo que este país nuevo y laborioso necesita para acrecentar su riqueza, su prosperidad, su bienestar".

Con respecto a la formación del abogado, se insistió una y otra vez en que los estudios no debían basarse sólo en los códigos.

Después de la creación de la Facultad de Derecho las carreras que luego fueron organizadas en la Universidad fueron todas carreras técnicas y prácticas: ingeniería civil, construcción, arquitectura, agronomía, comercio. Recién en 1925 se organizó la Facultad de Filosofía y Letras y, caso paradójico, tratándose de una Universidad Católica, la última Facultad que se creó fue la de Teología, recién en 1934, casi un medio siglo después de la fundación de la Universidad.

La Universidad Católica tenía por fin formar a profesionales competentes, capaces de promover el desarrollo del país, preparados para integrar la elite dirigente de la nación.

Por este motivo, lo que confería autoridad al profesor de la Universidad era el hecho de ser un profesional que ocupase un alto cargo en alguna empresa particular o pública.

Por medio de su desempeño profesional comprobaba que la Universidad Católica era una Universidad de excelencia, que da-

ba garantías de que el estudiante que ingresaba a ella tenía su futuro asegurado. El joven egresado llegaría a las mismas alturas que sus maestros.

El profesional exitoso demostraba que un católico no era un beato que seguía viviendo en la oscura Edad Media, sino que era un hombre moderno que sabía aprovechar con éxito todos los adelantos científicos y tecnológicos.

El profesional católico que ocupaba altos cargos en la sociedad podía desde arriba velar por que el catolicismo siguiese siendo la fuerza espiritual predominante en la vida nacional para que el pueblo chileno siguiese siendo un pueblo católico.

Por estos motivos, la Universidad llenaba sus cátedras con hombres que se dedicaban al ejercicio de su profesión y que se desempeñaban en el mundo del trabajo. No existía el profesor de jornada completa. El profesional católico consideraba un honor y un deber prestar servicios a la Universidad a la cual debía su formación. Su catolicidad y su competencia profesional hacían de él una autoridad y un maestro.

Este modelo se ha mantenido en algunas Facultades hasta nuestros días. La Facultad de Derecho sigue siendo una Facultad netamente profesional, en la cual el 90% de los profesores se desempeñan a contrata. Son profesionales en mayor o menor éxito y prestigio que complementariamente prestan servicios en la Universidad. Su autoridad se deriva de su éxito profesional.

Una situación análoga se presenta en la Escuela de Arquitectura. Esta cuenta, ciertamente, con excelentes profesores que se dedican exclusivamente a la Universidad y que no exhiben grandes obras arquitectónicas. Sin embargo, en su mayoría son arquitectos que diseñan, proyectan y construyen y cuya autoridad se basa en la calidad de sus obras.

Mas, en el resto de la Universidad se han producido profundos cambios.

Para comprender hasta qué punto la situación ha cambiado basta con leer en el Reglamento del Académico las disposiciones referentes a la designación de Profesor Titular.

Para ser designado Profesor Titular se requiere:

a) Haber alcanzado un amplio recono-

cimiento en su disciplina como resultado de una actividad relevante en la investigación, la docencia, la creación artística o el desempeño profesional.

b) Estar en posesión del grado académico de Licenciado, o un título profesional universitario equivalente.

c) Haber servido, por un período no inferior a diez semestres, en la categoría de Profesor Adjunto.

Hay ciertamente un reconocimiento del título profesional y del desempeño profesional. Sin embargo, para llegar a ser Profesor Titular hay que seguir una carrera académica, hay que tener un grado académico y hay que tener una actividad relevante en la investigación.

Lo que hoy en día confiere autoridad al profesor son condiciones propiamente académicas.

Ello es expresión del hecho de que la Universidad hoy en día, si bien sigue confirmando a los aspectos profesionales toda la importancia que merecen, se comprende fundamentalmente como institución científica que tiene por función el desarrollo de la ciencia y la tecnología en Chile.

Esta nueva situación es el resultado de un largo y difícil proceso. Es costumbre identificar este proceso con la reforma universitaria de los fines de la década del '60.

Es cierto que una de las ideas más importantes, y quizás la más fecunda de la Reforma Universitaria, fue esta idea de que la Universidad debía ser una Universidad de la ciencia y es cierto que la reforma modificó la organización de la Universidad y creó nuevas estructuras con el fin de establecer espacios adecuados para las ciencias básicas y relaciones orgánicas entre investigación y docencia.

Sin embargo, los orígenes de este proceso se remontan a mucho tiempo atrás.

La Facultad de Medicina creó, ya en 1952, una Escuela de Ciencias Biológicas. El artículo 1 del Reglamento General de esta Escuela definía el objetivo de la nueva entidad con las siguientes palabras: "La Escuela de Ciencias Biológicas tiene por objeto la formación de investigadores en estas disciplinas".

Los estudios conducían al grado de Licenciado y culminaban en el Doctorado. La Escuela de Ciencias Biológicas de la Facultad de Medicina fue la primera ins-

titución en la Universidad dedicada explícitamente a la investigación y a la formación de investigadores. Entre 1952 y 1971 se graduaron en la Escuela siete doctores.

Tendencias análogas se impusieron en otras Facultades.

La Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas aprobó en 1963 un plan de desarrollo que tenía por fin consolidar una nueva tradición en la enseñanza de la ingeniería mediante la formación de un cuerpo docente permanente integrado por científicos e ingenieros altamente calificados que debían estar contratados con jornada completa. La planta permanente debía quedar formada por cincuenta y cinco profesores de jornada completa.

La Facultad debía proporcionar a los miembros del cuerpo docente oportunidades para alcanzar la más avanzada formación científica e ingenieril en las mejores Universidades europeas y norteamericanas.

Había que intensificar los programas de investigación básica y aplicada y modernizar los planes de estudio con la asesoría de profesores extranjeros en visita.

Era necesario modernizar y aumentar la biblioteca como apoyo para los programas de investigación y como instrumento indispensable para los nuevos planes de estudio que obligarían a los alumnos a formarse por medio de lecturas y trabajos individuales.

También en este plan existió el propósito de vigorizar el trabajo científico.

Planes análogos fueron aprobados en el mismo tiempo en Agronomía y Economía. Mas, no quiero cansarlos con reminiscencias históricas, por eso no me referiré a ellos.

Lo importante fue que en el curso de la década del '50 se empezó a imponer la idea de que había que robustecer la labor científica en la Universidad. Ello era requerido por la ciencia, pero también por la misma formación profesional.

Para ello se requería de un nuevo tipo de profesor. Ya no bastaba el profesional distinguido que tuviese una prolongada experiencia profesional. El profesor universitario debía ser un científico altamente calificado que se dedicara enteramente a la Universidad.

La más avanzada formación científica daba ahora autoridad al profesor.

Las tendencias que surgieron entonces fueron recogidas por la reforma y quedaron incorporadas firmemente a nuestra Universidad.

Lo que hoy en día da prestigio y autoridad a un profesor y una Facultad es la cantidad de proyectos aprobados por DIUC, FONDECYT o PNUD, es el número de artículos o libros publicados, son las invitaciones a participar en congresos científicos.

En una palabra, hoy en día es la ciencia la que da autoridad al profesor.

Pasemos ahora a analizar la autoridad universitaria como gobierno de la Universidad. Al respecto quiero referirme concretamente a la autoridad del Rector.

La Universidad fue fundada como institución de Iglesia. Como tal ella dependía directamente del diocesano, o sea el Arzobispo de Santiago.

Durante los primeros cuarenta años esta dependencia fue directa y muy estrecha.

El Arzobispo nombraba al Rector, a los Decanos, a los profesores y a los administrativos. Como la Universidad carecía de personalidad jurídica, el Arzobispo era el dueño de todos los bienes. Los contratos se debían hacer a nombre del Arzobispado. Si bien la Universidad tenía contabilidad propia, el presupuesto y todos los gastos debían ser autorizados por el Arzobispo. Joaquín Larraín Gandarillas podía autorizar gastos hasta \$ 100.— Toda suma superior necesitaba del permiso arzobispal.

Recién en 1928 el decreto supremo N° 837 de Educación, del 20 de marzo de 1928, reconoció a la Universidad Católica como persona jurídica de Derecho Público. El Decreto de Pío IX del 11 de febrero de 1930 declaró erigida canónicamente a la Universidad.

Ello implicó una reorganización de las estructuras de autoridad. Se establecieron relaciones directas entre la Universidad y la Santa Congregación de Seminarios y Universidades, a la cual correspondía ahora el nombramiento del Rector. El Arzobispo de Santiago fue declarado Gran Canciller, con el derecho de proponer a la Santa Sede el nombre del Rector, y con la facultad de designar a los Vicerrectores y Decanos que le eran propuestos por el Rector.

El Rector quedó investido de la autoridad de nombrar a los profesores, de apro-

bar, conjuntamente con el Consejo Superior, los planes y programas de estudio, de velar por la aplicación de los estatutos y reglamentos, de promover el desarrollo de la Universidad y de correr con todos los asuntos administrativos y económicos. Sin embargo, no podía disponer de los bienes de la Universidad. Toda compraventa debía ser autorizada por el Consejo Superior.

Don Carlos Casanueva ejerció durante su largo rectorado de 33 años un gobierno que se puede calificar de monárquico. En el fondo, él lo decidía todo. Hubo años en que convocó al Consejo Superior sólo tres o cuatro veces. Y ello sólo porque necesitaba su aprobación para vender o comprar algún bien. Don Carlos presidía las sesiones de las Facultades, él presidía cuanta Comisión se formó para algún asunto específico.

Con el nombramiento de don Alfredo Silva Santiago se produjo una nueva situación. Como don Alfredo era Arzobispo de Concepción y como su subordinación al Arzobispo de Santiago habría dado origen a situaciones bastante difíciles, la Santa Sede, haciendo caso omiso de las disposiciones del Reglamento General y de la práctica tradicional, reunió en la persona de don Alfredo Silva las dignidades de Gran Canciller y de Rector.

De esta manera, don Alfredo Silva quedó investido de la plenitud del poder. Él nombraba al Prorector, a los Vicerrectores, al Secretario General, a los Decanos, directores, profesores y a sus representantes personales en el Consejo Superior.

Don Alfredo Silva, "Don Pomposo" como lo llamaron los estudiantes, hizo pleno uso de sus poderes; sin embargo, no se puede decir que haya gobernado en forma autoritaria. Convocó regularmente al Consejo Superior y sometió a su consideración todos los asuntos importantes, tanto académicos como administrativos y económicos. Respetó también plenamente los derechos de las Facultades. Los planes de reforma, por ejemplo, brotaron al interior de las Facultades y no fueron impuestos desde arriba. Decanos de fuerte personalidad, como Raúl Devés en Ingeniería, Carlos Correa en Agronomía, Julio Chaná en Economía, Pedro Lira en Derecho, el Padre Raimundo Cupareo en Filosofía, Rodolfo Rencoret en Medicina, pudieron

desarrollar iniciativas propias, disfrutando de amplia libertad.

La delegación de poder correspondió, en cierta medida, a una estricta necesidad. Don Alfredo Silva siguió siendo Arzobispo de Concepción y viajaba regularmente cada semana entre Concepción y Santiago. Además era don Alfredo un infatigable viajero que recorrió el mundo entero, desde Tokio hasta Moscú. Sus prolongadas ausencias lo obligaban, pues, a delegar autoridad. Pero también había razones objetivas. La Universidad experimentó durante su gobierno un notable crecimiento.

Con ocasión de la inauguración y bendición del Campus Universitario San Joaquín, el día 11 de noviembre de 1966, el Rector hizo un balance de su gestión rectorial.

"En 1953 las nueve Facultades cumplían sus finalidades académicas a través de 22 Escuelas o Departamentos especializados. En 1965, a través de 51 y, entre ellos, los de Sociología, Psicología y Periodismo, para citar solamente algunos de más reciente creación".

"En 1953, los Centros o Institutos de Investigación eran solamente dos. En 1965, suman 16".

"Las Bibliotecas Especializadas... eran en 1953 tan sólo 8. En 1965, suman 22".

"Las estadísticas del número de alumnos en 1953 sumaban... 2.967. En 1966 se elevaba a 10.217".

"En 1953, el número de profesores de tiempo completo era en total 13, con jornada parcial 495 y 116 ayudantes. Total 624".

"En 1965, los profesores de tiempo completo llegan a 113 y los de jornada parcial a 818. Los profesores ayudantes a 497. Total: más de mil profesores y ayudantes".

El presupuesto en 1953 era de 60 mil escudos. El de 1965 de 28 millones.

En 1953 toda las actividades se habían desarrollado en la Casa Central en Alameda. En 1965 la Universidad se componía de cinco Campus en Santiago y de cinco Sedes Regionales.

El enorme crecimiento cuantitativo y cualitativo obligó al Rector a crear nuevos organismos y a delegar poderes en otras personas. Una de las medidas más importantes al respecto consistió en el nombramiento de dos Vicerrectores, los cuales

debían servir de enlace entre la Rectoría y las Facultades.

Si queremos caracterizar el sistema de gobierno de don Alfredo Silva Santiago podemos decir que en su concepción la Universidad, como institución de la Iglesia, debía tener una estructura análoga a ésta y debía ser una combinación orgánica de monarquía, aristocracia y democracia. Una organización centralizada, jerárquica y vertical garantizaba la unidad de la Universidad y permitía subordinar los quehaceres universitarios a los altos fines señalados por la religión, la ciencia y las exigencias profesionales.

Esta concepción de la Universidad y de la autoridad en la Universidad correspondía a la convicción de que la Universidad Católica justificaba su razón de ser en cuanto se mantenía como institución de la Iglesia. Como tal era lógico y necesario que las máximas autoridades de la Universidad fuesen sacerdotes. Los seis Rectores, desde don Joaquín Larraín hasta don Alfredo Silva, fueron todos Ministros de la Iglesia; fueron Arzobispos, Prelados y Monseñores. Pero no sólo los Rectores, sino también los Prorectores, los Vicerrectores y los Decanos de Teología y de Filosofía eran eclesiásticos.

El gobierno de la Universidad por los ministros de la Iglesia era garantía de que la Universidad se mantuviese como institución católica, que en ella se enseñase la doctrina católica y que se diese formación católica a los alumnos.

La Universidad Católica era una institución de católicos para católicos. Como tal tenía que ser necesariamente confesional.

Don Alfredo Silva señalaba al respecto: "Una Universidad de la Iglesia es necesariamente confesional y es, preferentemente, para los bautizados en Cristo dentro de la Fe Católica. La Iglesia y sus instituciones no son cofradías bondadosas a quienes impunemente se puede expoliar de sus principios y propósitos. Quien no está de acuerdo con esto, le queda un fácil y claro camino: no pertenecer a la Iglesia y no ingresar ni como alumno, ni como docente, ni como administrador a la Universidad Católica.

Sólo un Ministro de la Iglesia estaba en condiciones de velar por la ortodoxia de sus integrantes. En cumplimiento de su

función como Arzobispo y Rector, don Alfredo Silva hizo confeccionar en 1954 un informe confidencial sobre la composición ideológica del profesorado:

El estudio que comprendió a 457 profesores arrojó el siguiente resultado:

- 144 católicos en forma notoria y destacada
- 240 católicos observantes
- 47 dudosos
- 14 de otras religiones
- 6 indiferentes
- 2 agnósticos
- 4 sospechosos de ser masones
- ninguno sindicado de comunista.

La Universidad, para ser católica, debía ser clerical y confesional. La máxima autoridad debía ser un sacerdote.

La autoridad del Rector tenía, pues, en última instancia, un fundamento religioso. Como Rector de una institución de Iglesia y como Ministro de la Iglesia, el Rector-Sacerdote ejercía una autoridad que tenía su fundamento último en Dios, autoridad de autoridades.

Desde la fundación de la Universidad en 1888 hasta el rectorado de don Alfredo Silva, durante unos 70 años, estos principios se mantuvieron en forma inalterada. La autoridad del Rector tuvo un carácter sacral. Esta autoridad no era cuestionada. El Rector fue antes que nada sacerdote. Los Rectores de aquellos decenios tuvieron una sólida cultura teológica y jurídica y una amplia cultura general, pero ellos no fueron hombres de ciencia, no fueron académicos en el sentido estricto de la palabra, ni fueron profesionales. Ellos representaban a la Iglesia en la Universidad.

Durante el rectorado de don Alfredo Silva Santiago se produjo al interior de la Universidad un proceso de profundos cambios. Algunos de ellos son los que el Rector mencionó en el discurso de inauguración del Campus San Joaquín. Sin embargo, los cambios fueron aún muchos más hondos y complejos. Ellos prepararon y condicionaron las transformaciones llevadas a cabo a partir de 1967 por la reforma.

Estos cambios se insertan en el proceso histórico general caracterizado por la crisis espiritual y cultural de Occidente y por los problemas del subdesarrollo en el Tercer Mundo. Estas crisis y estos problemas repercutieron directamente en las Univer-

sidades europeas y americanas y dieron origen a los movimientos estudiantiles de los fines de la década del sesenta.

No es éste el momento para estudiar el proceso de la rebelión estudiantil y de la reforma en nuestra Universidad. Sólo quiero recordar algunos episodios que tienen significado para nuestro tema.

En el año 1959 la Democracia Cristiana Universitaria ganó las elecciones para la presidencia de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica.

La campaña para las elecciones se hizo bajo la consigna "Hagamos de este colegio una Universidad". Era una consigna revolucionaria. Implicaba una crítica radical, ya que negaba a la Universidad el carácter de Universidad; reclamaba para el estudiante el derecho de transformar la realidad existente y estipulaba que el estudiante, y no el profesor o el Rector, sabía en qué consistía la verdadera Universidad.

En los años siguientes la FEUC se dedicó sistemáticamente a elaborar un programa general de reformas. Particular importancia tuvieron al respecto las convenciones de estudiantes celebradas cada dos años. En cada ocasión las exigencias se volvieron cada vez más insistentes y la actitud de los estudiantes se tornó cada vez más beligerante.

En el curso de este proceso se produjeron luego las primeras discusiones violentas y los primeros conflictos y choques.

En el año 1963 se produjo un incidente que, si bien en esos momentos no tuvo mayores consecuencias, constituyó un primer desafío a los principios de autoridad por los cuales se había regido la Universidad hasta entonces.

En el mes de septiembre de 1963 el Senado discutió un proyecto para modificar la ley que otorgaba a las Universidades la exclusividad de la televisión comercial. En esa ocasión los senadores Luis Felipe Letelier y Carlos Vial Espantoso, Secretario General de la Universidad el primero y Consejero de Gracia el segundo, se pronunciaron en contra de la exclusividad y se mostraron partidarios de entregar concesiones a empresas privadas.

Ello dio origen a que el presidente de FEUC, Andrés Varela, enviara a los dos Consejeros una carta en que criticó su actitud, señalando que ellos habían contrariado los altos intereses de la Universidad.

Como esta carta se hizo pública, el Consejo Superior se vio obligado a pronunciarse sobre el asunto y acordó censurar a los alumnos por haber criticado públicamente a dos Consejeros y por haberles faltado el respeto. Los alumnos no tenían derecho a enjuiciar los actos de sus superiores jerárquicos.

El presidente de FEUC, en una respuesta pública, señaló que su carta había sido moderada y respetuosa y que no había tenido ninguna intención de injuriar a algún miembro del Honorable Consejo Superior. Sin embargo, él debía dejar constancia, en forma terminante, de que tenía pleno derecho de formular una crítica: "consideramos que siendo miembros activos de la comunidad universitaria... no sólo tenemos el derecho sino la obligación moral de defender los principios e intereses universitarios y en base a estos principios hacer nuestras críticas a los actos de quienes la dirigen".

A continuación afirmaba que la situación planteada era la consecuencia necesaria del hecho de que la Universidad estaba dirigida por algunas personas que, por tener determinados intereses extrauniversitarios, en un determinado momento se veían compulsadas a contrariar los intereses de la Universidad.

El autor de la carta terminó señalando que los dos Consejeros, por su actitud lesiva a la Universidad, se encontraban "en la imposibilidad moral de continuar ejerciendo los cargos de Consejeros de esta Universidad".

Siguieron otras cartas y publicaciones, todas ellas acres y violentas. Sin embargo, finalmente se apaciguaron los ánimos y el incidente terminó en nada.

Sin embargo el incidente marcó un nuevo hito en el desarrollo del movimiento estudiantil. La Federación expresó claramente su convicción de que ella tenía el derecho de definir públicamente cuál era la verdadera misión y cuáles eran los verdaderos intereses de la Universidad. Una crítica no constituía un acto de rebeldía contra la jerarquía, sino un legítimo derecho.

En su crítica, los estudiantes cuestionaron dos principios que habían legitimado tradicionalmente la autoridad en la Universidad.

Esta, a lo largo de su historia, siempre había recurrido a quienes se habían destacado en la vida pública y profesional. Un Senador y distinguido abogado como Luis Felipe Letelier y un gerente de banco y destacado empresario como Carlos Vial Espantoso eran autoridades que, con su competencia, sus influencias y su fama, conferían prestigio a la Universidad.

Al mismo tiempo se cuestionaba el origen del poder en la Universidad. Tanto el Secretario General como el Consejero de Gracia eran personas de total confianza del Rector. Este los elegía, ellos lo representaban. En más de una ocasión Luis Felipe Letelier actuó de Rector Interino, cuando don Alfredo Silva salió de viaje, Carlos Vial fue en un tiempo el Consejero más importante del Rector en materias financieras. El cuestionamiento de ellos implicaba una crítica a la persona del Rector y a la jerarquía. Era el preludeo del cuestionamiento radical de la máxima autoridad universitaria.

Con ocasión de la VI Convención de Estudiantes, en 1964, la FEUC ya presentó una formulación completa de su concepción de la Dirección de la Universidad.

Los acuerdos tomados por la Convención incluyeron una condenación terminante de la estructura existente por ser monárquica, clerical y personalista.

La Universidad estaba sujeta a determinados "círculos de influencia y estaba comprometida con ciertos partidos políticos".

Estos males sólo podían ser remediados mediante una democratización de las estructuras académicas. Había que separar los cargos de Gran Canciller y Rector.

El Rector debía ser elegido por un Claustro Pleno. El Consejo Superior debía constituirse como cuerpo netamente académico. Debían suprimirse los Consejeros de Gracia. Los Decanos debían ser elegidos por sus respectivas Facultades, los Directores por sus Escuelas. Había que reconocer que los alumnos eran parte integrante y activa de la Universidad y, por tanto, había que incorporar a sus representantes a todos los organismos colegiados de la Universidad, con derecho a voz y voto.

La Universidad debía dejar de ser una Universidad confesional y clerical. Explícitamente decía el acuerdo: "Las Universidades Católicas no deben tratar de formar

apóstoles, ni tampoco buenos profesionales católicos. Ello significaría conferir a las Universidades un fin de evangelización que no conviene que tengan, porque no es su fin específico”.

Por consiguiente, la Universidad debía ser autónoma con respecto a la Jerarquía Eclesiástica. “Se reemplaza el ejercicio de la autoridad por parte de la Jerarquía Eclesiástica por el de las fuerzas vivas que están en la Universidad y que han dedicado a ella su vida”.

“La nueva Universidad debe ser autónoma y temporal”.

A partir de entonces las posiciones se endurecieron cada vez más y en un ritmo cada vez más acelerado se sucedieron confrontaciones y conflictos violentos. Se produjeron los primeros paros estudiantiles y las primeras huelgas de los sindicatos. A raíz de problemas de presupuesto que surgieron en la Facultad de Medicina en el año 1966, se produjo una grave crisis. Los estudiantes de Medicina y el Sindicato de Empleados del Hospital se declararon en huelga.

El día jueves 21 de abril unos 80 alumnos de Medicina y Enfermería recorrieron los pasillos del 2º piso de la Casa Central y produjeron tal bullicio que los profesores tuvieron que suspender sus clases. El profesor Sergio Urrejola, Director de la Escuela de Derecho, salió airado al pasillo, recibiendo los insultos de los alumnos. En medio del desorden, el profesor Urrejola creyó entender que un estudiante le había gritado: “Ese está borracho”. Urrejola le propinó un feroz golpe en el rostro y lo dejó sangrando. Hubo gritos y protestas.

El presidente de la FEUC exigió que se tomaran medidas disciplinarias contra el profesor Urrejola y señaló que los estudiantes no estaban dispuestos a aceptar en la Universidad un régimen de fuerza y terror. La crisis en la Facultad de Medicina culminó con la renuncia del Decano y del Secretario de la Facultad, del Director de la Escuela y de la Directora de Enfermería.

El conflicto mencionado fue uno entre muchos que sería largo enumerar. Sólo quiero detenerme en uno que es particularmente significativo en relación con nuestro tema.

En el mes de mayo de 1965, la Presidencia de FEUC invitó para la mañana del

martes 11 de ese mes a un foro sobre la intervención de las tropas norteamericanas en Santo Domingo. Esta intervención, que había sido ordenada por el Presidente Lyndon Johnson con el fin de reprimir en la isla una presunta rebelión comunista, había dado origen a violentas polémicas en todos los países latinoamericanos, siendo repudiada ante todo por los grupos izquierdistas como un caso típico de brutal imperialismo norteamericano.

En el foro proyectado por FEUC debían participar el presidente en ejercicio del Partido Demócrata Cristiano, Jaime Castillo, el senador socialista electo Carlos Altamirano, el político dominicano de filiación comunista Caonabo Javier y el ex embajador Sergio Gutiérrez. El Rector puso objeciones, señaló la inconveniencia de la participación de un político marxista y de un senador socialista, que hacía poco había dirigido fuertes ataques contra la Iglesia, y dispuso que el foro se realizara en la tarde y no en la mañana. Posteriormente el Sr. Gutiérrez avisó que no participaría y los señores Castillo y Altamirano no llegaron, de modo que el foro no se llevó a cabo.

Sin embargo, por la noche, el presidente de FEUC Carlos Eugenio Beca pronunció por radio un violento discurso en que criticó la actitud del Rector y con fecha 13 de mayo envió al Rector una carta en que calificó su proceder de falta de respeto hacia los estudiantes, señalando que “en las Universidades hay dos fuerzas equivalentes: la autoridad y los alumnos. Ambos deben respetarse, pero este respeto sólo es concebible si la autoridad accede a los planteamientos de los alumnos”.

Además acusó al Rector de contrariar el espíritu y la voluntad de la Iglesia y del Concilio Vaticano II, ya que mientras la Iglesia “se vuelca al diálogo con todas las creencias e ideologías, la Universidad Católica de Chile las coarta”.

El Rector redactó en respuesta una larga y documentada carta, que dio a conocer al Consejo en sesión del 29 de julio.

El Rector expresó que encontraba la carta de los alumnos “descomedida, descortés y hasta ofensiva”. Sin embargo, él no quería contestar de la misma manera, sino que deseaba colocar su respuesta en el nivel que correspondía a la doctrina y a las buenas costumbres. Sin embargo, “esta

actitud no significaba claudicar ni por un momento del inviolable derecho que tiene el Rector de la Universidad y un Obispo de la Iglesia a ser siempre respetado y tratado por los alumnos en su calidad de alumnos y de católicos”.

Con respecto a la afirmación de que en la Universidad habría dos fuerzas equivalentes, cabía decir que tal afirmación convertía a la Universidad en una empresa con demandas y conquistas. En la Universidad debía existir una ordenación jerárquica y una autoridad que debía ser respetada. La afirmación de que el Rector hubiese faltado el respeto a los estudiantes era absurda e implicaba la negación del concepto de autoridad “La autoridad jamás falta al respeto a sus subordinados cuando ejercita sus facultades”.

Por otra parte, el concepto de diálogo sostenido por los alumnos revelaba un total desconocimiento de la doctrina. Había que comprender el verdadero significado del diálogo. No había que confundir el diálogo auténtico con la dialéctica hegeliana o marxista. El diálogo que la Iglesia propugnaba era el diálogo de la evangelización.

El diálogo sólo era posible con quienes compartían los mismos valores y supuestos fundamentales. No era posible un verdadero diálogo con quienes negaban a Dios y oprímían la Iglesia. El diálogo no podía consistir en abrir de par en par las puertas de la Universidad para que en sus aulas pudiera hacer oír su voz quienquiera que fuese y cualquiera que fuese su creencia o su ideología. Determinar las condiciones bajo las cuales se debía realizar un diálogo no significaba coartar la libertad.

La carta del Rector puso fin al incidente. A pesar de su carácter episódico, este incidente reviste un significado general, ya que a través de él se pusieron de manifiesto las discrepancias que habían surgido con respecto a la catolicidad de la Universidad y a la naturaleza de la autoridad.

El Rector y el Consejo concebían la Universidad como institución de la Iglesia que estaba comprometida con el dogma, el cual constituía el margen dentro del cual cabía formular cualquier afirmación referente al hombre, a la sociedad y a los valores que conferían sentido a la existencia humana.

Los dirigentes de FEUC, en cambio, postulaban la autonomía de la Universidad con respecto a la autoridad eclesiástica y sostenían que una concepción del hombre y un sistema de valores debían ser el resultado de un diálogo en el cual debían participar libremente todas las corrientes de pensamiento. Consecuentemente, el marxismo ya no debía ser rechazado dogmáticamente como una herejía condenada por la Iglesia, sino que debía ser reconocido como una teoría antropológica y social cuya verdad debía ser discutida en un diálogo abierto. La Universidad debía ser pluralista y dialogante.

El Rector consideraba que las estructuras de poder debían estar organizadas jerárquicamente. Se sentía investido de una autoridad natural que le era inherente en su calidad de Rector y de Obispo, que le confería pleno poder sobre la comunidad universitaria y cuya legitimidad se derivaba de la suprema autoridad de la Iglesia, el Sumo Pontífice, teniendo su origen último en Dios.

La FEUC deseaba organizar las estructuras de poder en la Universidad según el modelo político de la democracia participativa; consideraba que el poder estudiantil era equivalente al poder rectorial y opinaba que la autoridad derivaba su legitimidad de la voluntad soberana de los miembros de la comunidad universitaria.

Entre ambas concepciones existían diferencias excluyentes. La “nueva Universidad” propiciada por FEUC era distinta de lo que la Universidad había sido hasta entonces. Más que una reforma era una nueva creación.

Por ser concepciones contrapuestas se produjo finalmente la confrontación. En el conflicto que se inició a raíz de la ocupación de la Universidad por la FEUC en la noche del 10 al 11 de agosto de 1967, el Rector y sus colaboradores tuvieron la amarga experiencia de que su autoridad, siendo legítima, se había quedado sin poder. El Rector no recibió apoyo ni de parte del Estado ni de parte de la Iglesia. El Cardenal se entendió directamente con la Presidencia de FEUC. Don Alfredo Silva presentó su renuncia.

Don Fernando Castillo se constituyó en nuevo Rector, primero interinamente, luego elegido en claustro pleno. Formalmente fue designado por la Santa Sede,

pero su autoridad se derivaba de la voluntad de la mayoría de la comunidad universitaria.

Fernando Castillo y su equipo asesor formularon un proyecto de reforma global para la institución, recogiendo los postulados de la Federación de Estudiantes.

El proyecto perseguía modernizar la institución y, al mismo tiempo, cambiar el tipo de relaciones que hasta entonces había tenido con la sociedad.

Era refundante, por cuanto situaba a la institución en el campo de la temporalidad misma, comprometida con los sectores postergados y marginados socialmente, dejando de lado el carácter de institución de Iglesia que había caracterizado sus relaciones con la sociedad hasta entonces.

La Universidad debía asumir un rol orientador de los destinos nacionales, contribuyendo a la conformación de una cultura nacional democrática y popular.

El proyecto de Fernando Castillo fue parcialmente exitoso. Los cambios que redundaron en una orientación más racional y funcional de la vida académica fueron aprobados por la mayoría de la comunidad universitaria. Eran cambios que se insertaban en la tradición de la Universidad.

Pero el proyecto de Fernando Castillo fracasó en su intento de convertir a la Universidad en un instrumento de lucha para la transformación revolucionaria de la sociedad.

La realización de estas dimensiones del proyecto presuponía el consenso interno y el reconocimiento social de la legitimidad de dicha iniciativa.

Mas, estas condiciones no se dieron. El Rector Castillo y sus partidarios pasaron a ser una minoría después de 1971, que se encontró con una mayoría oposi-

tora cada vez más fuerte. En la sociedad se desbordaron la lucha política y el enfrentamiento social hasta que, finalmente, el experimento de la revolución socialista de la Unidad Popular fracasó y naufragó.

La nueva autoridad universitaria establecida a fines de 1973 conservó y consolidó las reformas que habían contribuido al perfeccionamiento académico. La Universidad se constituyó definitivamente como institución de ciencia. La ciencia sirvió de principio desde el cual se piensan no sólo las actividades de investigación, sino también la docencia, la formación profesional, las estructuras y las relaciones con la sociedad.

Por otra parte, bajo la nueva autoridad se volvió a la afirmación de la Universidad como institución de la Iglesia.

Resumo y termino:

La idea de la Universidad como institución de ciencia y como institución de Iglesia significa que en la Universidad Católica el profesor es autoridad en cuanto es hombre de fe y es un científico eminente, y que el Rector de la Universidad es autoridad porque recibe su mandato de la Iglesia.

El problema de la autoridad en la Universidad no es un problema formal o jurídico, no es un problema que pueda ser resuelto mediante la aplicación de esquemas de poder. En la Universidad tiene autoridad quien realiza en su vida y su labor los fines propios de la Universidad, y por eso, para ser autoridad y tener autoridad en la Universidad Católica, hay que ser un auténtico universitario y hay que aceptar el compromiso que la Universidad tiene con la Iglesia, hay que vivir y actuar desde y para la verdad, tanto la verdad natural como la verdad sobrenatural.

Las condiciones de vida de los niños y mujeres en Chile: pobreza, vulnerabilidad y disparidades regionales

Prof. Emilio A. Osorio Alvarez

Licenciado en Sociología (1967) y Magister en Ciencias Demográficas (1969) en la Universidad de Puerto Rico. Estudios de postgrado sobre Teoría y Metodología Geográfica en la Universidad Central de Venezuela, país en el que efectúa posteriormente investigaciones de su especialidad. Desde 1986, a solicitud de UNICEF, realiza estudios demográficos en Chile.

Tengo el agradable compromiso de hablarles a ustedes sobre el tema "Las condiciones de vida de los niños y mujeres en Chile: pobreza, vulnerabilidad y disparidades regionales" y ciertamente frente a los expositores que me han precedido en el uso de la palabra, a los que he escuchado con mucha atención, es oportuno señalar que mi exposición se contrapone a las bondades del modelo socioeconómico descrito a lo largo de las anteriores intervenciones. En razón de la brevedad y antes de comenzar a hacer los

planteamientos sobre el tema quisiera resaltar algunos aspectos que creo fortalecerán mi posición.

En primer lugar, debo advertirles que esta conferencia estará apoyada en indicadores; éstos permitirán informar, evaluar programas y proyectos, y orientar problemas, todo lo cual, a nuestro juicio, permite describir y explicar algunos hechos socioeconómicos que se han producido en el país en los tres últimos lustros. Estos indicadores al asumir las anteriores funciones permiten la cuantifi-

cación de lo realizado y lo que falta por realizar; en otras palabras, estos índices destacan los logros alcanzados así como los déficit acumulados.

Un segundo aspecto que deberá quedar claro tiene relación con el concepto de Política Social que se ha practicado en el país durante el presente período gubernamental. Lo social, durante ese lapso, fue de corte econocrático y estuvo dirigido a unos beneficiarios específicos y definidos en esa política.

La política social fue definida por unas necesidades básicas de la población, orientada de una manera determinada, limitada por un financiamiento público y exigida de eficiencia y eficacia en sus logros. La política social, en el caso que nos ocupa, es una forma de tecnocracia basada en la predominancia del razonamiento económico, de allí que la primera característica de ésta sea la secuencia empleo-ingreso-consumo.

La dupla ocupación-remuneración representa un componente fundamental de esta política, pues condiciona el acceso a los bienes y servicios y controla la inflación. Asimismo, la política social empleada tiene un contenido contracíclico, esto es, el gasto social debe aumentar en onda baja para posibilitar y/o acelerar la onda expansiva, momento en el cual el gasto social deberá ser reducido. Una característica adicional está dada por la administración de los sectores o segmentos sociales, los cuales deberán ser privatizados en la mayoría de los casos. En aquellos sectores donde no haya capacidad de pagos, ciertamente, se observa la intervención del Estado; de allí surge el concepto de focalización o de Red Social. Un elemento adicional es aquel que tiene relación con el sistema educativo como factor de movilidad social vertical, observándose una fuerte relación entre distribución del ingreso y conocimientos adquiridos. Todo este cuadro se reduce, entonces, a que la necesidad social es esencialmente un asunto de costo-beneficio. Lo necesario es prioritario y porque es prioritario tiene un costo, y por ello se le da valor. Frente a estas características, algunas, por supuesto, del Estado subsidiario, se contraponen el Estado benefactor o el Estado solidario. No vamos a hacer ningún otro

comentario, pues ello no es objeto de la presente conferencia.

Un tercer aspecto que debo señalar es aquel que tiene relación con la región y el desarrollo regional. Suele ocurrir, generalmente, que al hablar de la nación o del país como un todo nos olvidamos que ese universo llamado Chile lo conforman regiones, provincias y lugares.

Sí, sí, señores, Chile es suma de pueblos y ciudades. De allí que creamos que debe darse un vistazo al Chile-región, para luego particularizar el análisis a las provincias y localidades pobladas. En primer lugar, dejemos claro que una región nace de un centro poblado, y que apoyada en pequeñas localidades y carreteras va estableciendo, primero internamente, lazos de solidaridad y luego, externamente, vínculos de complementariedad con otras regiones que conforman el territorio nacional. Por otra parte, sabemos que hay regiones ricas, pobres, dinámicas, deprimidas, etc.

Finalmente, otro aspecto que debemos traer a cuenta es el de pobreza. La definición que se utilizará a lo largo de esta exposición es la oficial, la cual se emplea a los fines de que nuestros hallazgos sean aceptados en caso de establecerse la certeza de nuestros planteamientos, así como también poder emplear toda la batería de información estadística que periódicamente se da a conocer. Dejemos, pues, establecido que oficialmente se mide la condición de extrema pobreza por la calidad de la vivienda del grupo familiar y del equipamiento electrodoméstico que se posea. Como es de su conocimiento, otras definiciones sobre la pobreza dan cuenta de ésta, apoyándose en los ingresos del trabajador, el tamaño del grupo familiar, la ingesta proteico-calórica, el costo de la canasta de alimentos, mas, por los motivos antes señalados, no se hará uso de estos criterios.

Entonces, creo que puede establecerse que los indicadores que aquí se presentan descansarán en un modelo que he llamado vulnerama, véase Cuadro N° 4, el cual, como todo modelo, tiene como objeto organizar o dar organización a un grupo de variables que desagregadas por regiones y aspecto de política social explican un hecho social, las condiciones de vida de

la población en general y de los niños y mujeres en particular, grupo éste más afectado por las fluctuaciones económicas.

La primera idea que deseo dejar establecida es que Chile es un país en transición socioeconómica. No puedo decir, da-

dos los indicadores aquí empleados, que tiene características de un país industrializado (I) o de un país en desarrollo (D). Observen el Cuadro N° 1. De contarse el número de elementos en el citado cuadro (tenemos 26 indicadores) no puede decirse modalmente que Chile es un país tipo I o tipo D, de modo que es difícil ubicarlo en un determinado sector. Veamos algunos de los indicadores en detalle. El

CUADRO N° 1
Chile. Indicadores básicos alrededor de 1986

Aspectos	Indicador	Países	Países	República
		Industrializados	en Desarrollo	de Chile
Población	Población total (en miles)	742	3.761	12,5
	Crecimiento de la población (por 100)	0,8	2,6	1,7
	Esperanza de vida	73	60	72
	Natalidad (por 1.000)	13	30	23
	Mortalidad general (a)	9	10	6
	Hijos por mujer	1,7	4	2,7
Económicos	PIB/per cápita (US\$)	8.150	685	1.320
	Tasa de crecimiento (PIB/per cápita)	2,7	2,1	-0,2 (b)
	Desigualdad de ingresos (quintil V) (quintiles I-II)	40,0	51,0	54,03
		18,0	10,0	13,13
Educativos	Gasto educacional (% PIB, 1982)	5,4	3,9	4,2 (c)
	Adultos analfabetos	2,0	38,0	4,0
	Escolarización secundaria	87,0	36,0	109,0
Salud ambiental	Gasto salud (% PIB, 1982)	4,8	1,7	2,0 (c)
	Agua potable	95,0	57,0	97,0
	Servicios de saneamiento	77,0	29,0	-
Salud infantil	Mortalidad infantil (por 1.000)	15	85	19
	Mortalidad < 5 años (por 1.000)	18	130	26
	Cobertura atención prenatal	100,0	68,0	-
	Cobertura atención infantil	100,0	63,0	-
	Niños bajo peso al nacer	7,0	18,0	7,4
Salud materna	Anemia mujeres embarazadas	14,0	59,0	-
	Anemia mujeres (15-49 años)	11,0	47,0	-
	Mortalidad materna(*)	11	90 (d)	48
	Atención profesional del parto	98,0	48,0	98,1
Nutrición	Consumo diario de calorías per cápita	3.357	2.460	2.544
	Consumo diario de proteínas per cápita	103	60	69

(a) World Development Report 1988. Cuadro N° 28.

(b) Período (1965-86).

(c) Dato para 1986. Véase nota (a).

(d) La tasa es aprox. 140 muertes maternas por 100.000.

(*) Estimado.

crecimiento geométrico de la población (TCG), criterio que mide la velocidad de cambio demográfico, en los países industriales -18 en total- exhiben una TCG de 0,8%, mientras que los países en desarrollo -aproximadamente unos 130- evolucionan al 2,6%. Tal como se observa en el cuadro, Chile exhibe una TCG de 1,7%.

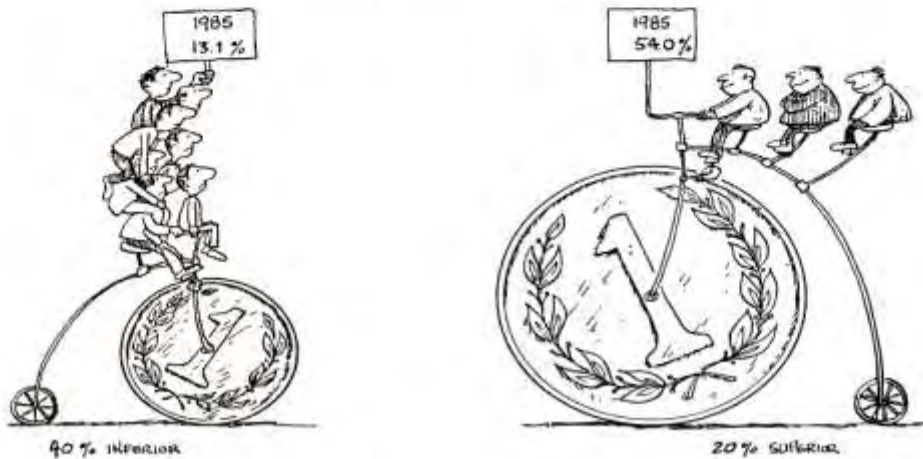
Veamos otra variable, el número de hijos por mujer (TGF); allí se tiene otra interesante diferencia ya que los países industriales poseen una TGF de 1,7, los países en desarrollo de 4 y Chile de 2,7 hijos por mujer. Continuando con nuestro examen, tomemos la mortalidad infantil (TMI) en donde en Chile se situaba en 18,5 por mil nacidos vivos, en los países industrializados era de 15 por mil y en aquellos en vía de desarrollo de 85 por mil. Mas, por el hecho de exhibir una cifra de muertes infantiles bastante cercana a la de los países industrializados, o una elevada proporción de población alfabetizada, no es, en nuestra opinión, suficiente para decir que somos un país en desarrollo. Los anteriores índices no son suficientes para localizar (situar) un país. No, no señores, aun reconociendo los avances logrados en materia macro-económica y en alguno que otro aspecto

sociosanitario. Estos aspectos por sí solos no permiten decir, conciudadanos, el trabajo está realizado.

Repasemos algunos detalles, por ejemplo, el producto *per cápita* que en los países industrializados es de US\$ 8.000, en los países en desarrollo es de US\$ 685 y en Chile es de US\$ 1.300.

La explicación de estas diferencias puede darse por la distribución de esos ingresos; en los industrializados el 20% superior (los más ricos) obtiene el 40% de los ingresos, mientras que el 40% de la población (la clase media) se posesiona del 42% de los ingresos, adueñándose de la restante proporción el 40% inferior (los más pobres). En los países en desarrollo el 20% superior (los ricos) obtienen el 51% de los ingresos y el 40% inferior de la población logra el 10% de los ingresos. En Chile damos cuenta de que el 20% superior por lo menos obtiene el 54% de los ingresos mientras que el 40% más pobre tiene el 13,1% de los ingresos. De más está decir que en ese aspecto no hay mejorías, todo lo contrario, recientemente se ha dado a conocer que el 20% superior logra el 61% de los ingresos, traduciéndose ello en una verdadera desigualdad o inequidad social. Véase Diagrama Nº 1.

DIAGRAMA Nº 1
Chile: Distribución de ingresos



Fuente: Impacto Redistributivo del Gasto Social en Chile 1985 - ODEPLAN - Pág. 9.

De allí es que pueda decirse que con medidas de bajo costo, alta cobertura e impacto inmediato como la reducción de la TMI, el analfabetismo o regulación de la fecundidad —por razones de salud pública— no se resuelven los verdaderos problemas que enfrenta el país.

Focalicemos el asunto de las desigualdades socioeconómicas y la posición nacional frente al contexto internacional. Hagamos el siguiente ejercicio y observemos algunos indicadores de varios países que reconocemos como inspiradores de nuestro esfuerzo. Véase el Cuadro N° 2. Inmediatamente se reconocen los tigres del Pacífico: Singapur, Hong-Kong, Taiwán, Japón, Australia, entre otros países que se han traído a colación. ¿Qué conclusiones se logran con la revisión del citado cuadro? A todas luces se observa que una distribución más equitativa de los ingresos personales no está reñida con las exigencias macroeconómicas; esto es, que una justicia social (para el país) más las aspiraciones macroeconómicas (del país) pueden crear un gran país. Vamos, tómese su tiempo... y vea el cuadro en cuestión... Entonces, ¿cuáles son sus conclusiones?

Pero, en fin, dejemos las comparaciones, las que pueden ser para muchos interesantes, para otros odiosas, y hagamos un examen de lo que ocurre internamente en el país. Estimados para el año 1988 señalaban que la población nacional era del orden de 12,7 millones, observándose un ligero predominio de mujeres (51%) en el total de la población. Asimismo, anualmente ocurren unos 285 mil nacimientos logrando sobrevivir unos 279 mil infantes. De estos nacimientos un tercio son ilegítimos —unos 95 mil— y, de éstos, 55% ocurren en mujeres menores de 20 años. Las preguntas que surgen son: ¿Para qué sobreviven? ¿Cuál es el mundo que les espera a esos niños? ¿Cuánta posibilidad tienen de llegar a poseer un desarrollo emocional, mental, social y económico satisfactorio?

Para dar una visión más global del asunto que estamos tratando y explicar de dónde surgen estos guarismos, que además de describir el circuito de la injusticia social y reforzar la cultura de la pobreza, deseáramos ir más allá de la extrema pobreza (XP). Como es de conocimiento

generalizado, la proporción de población que vive en condición de XP es de 12,4% (1987), más el porcentaje de pobres, entendiendo por tal cualquier persona con una necesidad básica insatisfecha, es aproximadamente un 44%. Todo esto significa que si bien es cierto que hay 300 mil familias en condición de XP, habría adicionalmente unas 700 mil familias que no estando en la extrema pobreza, estarían en la pobreza.

Esto quiere decir que tenemos por lo menos en condición de vulnerabilidad un millón de familias, lo que traducido a población sería por lo menos unos 4,5 millones de personas. Oportuno es advertir que esta última cifra se obtiene de acuerdo a los beneficiarios de las asignaciones familiares y el subsidio único familiar (SUF), lo cual advierte el hecho de que la cobertura de la red social gubernamental es de un 80%, toda vez que se conoce que la población vulnerable es del orden de los seis millones de personas. (Véase I.N.E., "Conferencia de Prensa. Resultados Encuesta Suplementaria de Ingresos", septiembre de 1989.)

Sin embargo, antes de señalar dónde viven los pobres (véase Cuadro N° 5), se hace oportuno referirnos a algunas cuestiones que refuerzan la condición de vulnerabilidad. Obsérvese el Cuadro N° 3. Las variables que conforman dicho cuadro atestiguan sobre las condiciones de vida de la población nacional en las diversas regiones del país. De allí que, al contrastar los valores medios nacionales con aquellos regionales, se dé cuenta inmediatamente de las disparidades espaciales, de que los beneficios de algunas políticas sociales o económicas no han llegado a todos los confines del territorio nacional. Basta observar el indicador de mortalidad infantil registrado en la IX Región, o el de agua por cañería, o el de desocupación, analfabetismo, desnutrición, entre otros, para sostener la existencia de una tremenda inequidad socio-regional.

Desde luego, un solo indicador les señalará a ustedes que la calidad de vida del país es satisfactoria, el índice físico de calidad de vida, el cual hace uso de la tasa de mortalidad infantil, del índice de esperanza de vida al nacer y del porcentaje de analfabetos. El citado indi-

CUADRO N° 2
Chile en el mundo. Indicadores básicos alrededor de 1986

Aspectos	Indicador	Chile	Costa Rica	Corea	Singapur	Hong Kong	Japón	Australia	Nueva Zelandia	España	Francia	Fecha del Dato
Población	Población total (en miles)	12,5	2,8	42,1	2,6	5,6	121,9	16,2	3,3	38,9	55,6	(1987)
	Crecimiento de la población (por 100)	1,7	2,4	1,4	1,1	1,2	0,7	1,4	0,9	0,6	0,5	(1980-86)
	Natalidad	23	28	19	17	16	12	15	16	13	14	(1987)
	Mortalidad general	6	4	6	6	6	7	7	8	9	10	(1987)
	Esperanza de vida	72	75	70	73	76	78	76	75	77	76	(1987)
	Hijos por mujer	2,7	3,2	1,9	1,7	1,7	1,7	1,8	1,9	1,7	1,8	(1987)
Económicos	Tasa de inflación	20,2	32,3	5,4	1,9	6,9	1,6	8,2	11,0	11,3	8,8	(1980-86)
	PIB/per cápita (US\$)	1.320	1.480	2.370	7.410	6.910	12.840	11.920	7.460	4.860	10.720	(1986)
	Tasa de crecimiento (PIB/per cápita)	-0,2	1,6	6,7	7,6	6,2	4,3	1,7	1,5	2,9	2,8	(1965-86)
	Desigualdad de ingresos (quintil V)	54,03	55,0	45,0	-	47,0	38,0	47,0	45,0	40,0	42,0	(1985)
	(quintiles I-II)	13,13	12,0	17,0	-	16,0	22,0	15,0	16,0	19,0	17,0	(1985)
% Servicios deuda externa	30,8	26,3	16,7	1,4	-	-	-	-	-	-	-	(1986)
Población económicamente activa	63,0	59,0	64,0	67,0	68,0	68,0	66,0	65,0	65,0	66,0	66,0	(1985)
Educativos	Gasto público en educación (*)	4,2	4,7	3,2	5,7	-	-	2,0	4,6	1,8	-	(1986)
	Adultos analfabetos	4,0	7,0	8,0	13,0	12,0	-	-	-	5,0	-	(1985)
Salud ambiental	Gasto público en salud (*)	2,0	5,7	0,3	1,7	-	-	2,7	5,4	3,8	-	(1986)
	Agua potable	97,0 (a)	91,0	-	100,0	99,0	-	-	-	-	-	(1980-87)
Salud infantil	Mortalidad infantil (por 1.000)	19,0	18,0	26,0	9,0	8,0	5,0	9,0	11,0	9,0	8,0	(1987)
	Mortalidad < 5 años (por 1.000)	26,0	23,0	34,0	12,0	10,0	8,0	10,0	13,0	11,0	10,0	(1987)
	Niños con bajo peso al nacer,	7,4 (b)	9,0	9,0	7,0	4,0	5,0	6,0	5,0	-	5,0	(1982-85)
Salud materna	Mortalidad materna por 100.000	48,0 (b)	26,0	34,0	11,0	4,0	15,0	11,0	20,0	10,0	13,0	(1980-87)
	Atención profesional parto	98,1 (b)	93,0	-	100,0	-	-	99,0	99,0	96,0	-	(1983-87)
Nutrición	Consumo diario de calorías per cápita	2.544	2.807	2.806	2.696	2.692	2.695	3.302	3.393	3.303	3.358	(1985)

(a) (1986).

(b) (1987).

(*) Se refiere al porcentaje de gasto ejecutado por el Gobierno Central.
World Development Report 1988. Cuadro No 23.

gador señala que por regiones no hay tales disparidades. Sin embargo, al margen de los reparos por la cuestión metodológica, al observarse con cuidado el Cuadro N° 3 se constatan las serias disparidades regionales. Queda claro que en Chile hay regiones dinámicas y deprimidas (que son las más). Entonces, ¿qué ha de esperarse de unas regiones que son pobres y cómo será la vida que llevan sus pobladores? Y qué decir de las regiones ricas, con su incapacidad de satisfacer a sus nativos, así como a aquellos que llegan a sus alrededores en busca del "maná" que ella

promete, las necesidades básicas de existencia. En su conjunto, la pobreza no se localiza en un solo lugar, sino a lo largo de la geografía nacional.

Aprovechamos la información que exhibimos en el Cuadro N° 3 para medir lo que creemos son los verdaderos niveles de vida, de bienestar o malestar social. En ese orden de ideas midamos el desarrollo social, y señalemos qué entendemos por tal concepto; aquel esfuerzo que el país, en su conjunto societal, empresarios, trabajadores y gobierno, realiza para llegar a un estado de cosas deseable.

CUADRO N° 3
Chile. Indicadores alrededor de 1985

Región	Producto Geográfico Bruto	Extrema pobreza	Indigencia	Desnutridos 0-5 años	Desnutridos 12-23 meses	Tasa global de fecundidad	Tasa mortalidad infantil
I	3,3	7,8	21,8	4,5	6,7	2,75	16,6
II	6,2	7,5	24,8	8,6	12,3	2,72	18,8
III	2,0	12,6	24,2	9,5	13,1	2,74	19,3
IV	2,2	18,2	37,5	9,2	13,5	2,90	22,9
V	10,6	10,1	28,5	7,8	10,2	2,51	19,7
RM	43,8	10,0	22,9	8,7	12,1	2,46	15,6
VI	6,0	11,3	24,8	9,5	12,6	2,62	19,6
VII	4,3	13,9	25,8	9,7	13,4	3,48	24,7
VIII	9,9	13,6	27,7	9,4	12,8	2,86	26,8
IX	3,3	20,8	30,1	8,2	11,9	3,67	32,1
X	4,7	18,4	22,8	9,3	10,9	3,04	25,9
XI	0,5	2,6	20,3	6,4	7,2	3,43	30,5
XII	3,2	5,6	9,7	3,4	4,1	2,45	12,6
País	7,7	11,7	25,0	8,7	11,9	2,73	19,5

Cont. (Cuadro N° 3)

Región	Mortalidad 1-4 años	Agua con cañería	Alcantarillado	Población femenina económicamente activa	Desocupados	Analfabetos	Deserción
I	0,69	80,5	81,6	24,0	13,0	3,0	40,7
II	0,59	83,1	70,1	20,5	11,3	2,5	34,7
III	1,00	70,2	54,0	19,6	7,3	5,7	36,1
IV	1,07	61,0	44,3	19,0	12,9	6,0	29,4
V	0,75	73,0	69,4	23,0	12,2	3,6	35,4
RM	0,63	90,0	81,6	28,6	15,1	3,3	38,5
VI	0,96	59,3	40,8	17,7	7,2	8,9	35,0
VII	1,00	56,3	41,1	19,8	10,3	9,9	41,7
VIII	1,05	67,5	44,5	21,7	9,7	8,6	37,8
IX	1,18	54,4	31,8	19,2	6,9	10,6	38,5
X	1,23	56,6	36,0	21,5	6,6	8,0	35,8
XI	1,30	62,3	33,0	26,8	4,5	6,0	47,1
XII	0,51	83,0	73,3	26,2	8,8	3,2	28,3
País	0,85	69,0	54,0	24,2	12,0	6,1	36,8

En Chile, en ese orden se ha deseado tener una mortalidad infantil baja, un nivel de desnutrición igualmente bajo, se ha aspirado a la alfabetización total de la población y que ningún poblador en edad de trabajar esté desocupado. De emplear esos criterios encontraríamos que el bienestar social (BSR) experimentado por las regiones XII, II o I es superior al 70%, mas el BSR observado en la VII y VIII regiones es de menos de 34%. Lo opuesto al BSR es la fragilidad social (FSR), déficit acumulado en la región en los aspectos de salud, educación, empleo, vivienda, recreación y en todos aquellos relacionados a lo social.

Aprovechemos la ocasión para dar a conocer otras pruebas y presentemos las variables que conformarían un modelo de desarrollo social y económico (DSE), entendiéndolo por DSE un proceso que en sus principales aspectos conceptuales promueve el desarrollo nacional, humano y social, utilizando los recursos y reservas naturales regionales y auspiciando el esfuerzo por igual de lo económico y so-

cial dentro de un gran proyecto nacional. Las variables empleadas en este ejercicio fueron: el desempleo, la contribución económica regional al PGB nacional, la proporción de población en XP y el índice de dependencia (que mide los dependientes menores de 14 y mayores de 65 años en relación a la población activa).

Los hallazgos no deben sorprender, pues se refuerza el hecho de que hay regiones ricas y otras que son pobres. Véase el Cuadro N° 4. Por la vía del ejemplo, la Región Metropolitana (RM), la I, II, XII e inclusive la V acumularon bienestar por más del 70%, la diferencia obviamente es déficit social y económico. Tal como se observa en el cuadro, se hicieron otras pruebas empleando otras variables que, desde luego, ayudaron a formar submodelos de política social. Por ejemplo, se creó uno que tenía que ver con la calidad de vida urbana, con el que se pretendía medir la dinámica urbana regional.

En éste se usaron las siguientes varia-

CUADRO N° 4
Bienestar social regional

Posición	Índice social		Índice básico de calidad de vida		Índice socio-económico		Índice compuesto de urbanización		Índice de riesgo		Índice crítico de calidad de vida	
	Región	(%)	Región	(%)	Región	(%)	Región	(%)	Región	(%)	Región	(%)
1	XII	87,5	I	88,1	RM	96,4	RM	97,6	XII	92,9	XII	83,9
2	I	71,4	XII	83,3	I	78,6	I	79,8	RM	70,2	RM	81,8
3	II	71,4	RM	83,3	XII	76,8	II	78,6	XI	65,5	I	74,7
4	XI	64,3	III	76,2	II	69,6	XII	77,4	II	61,9	II	70,2
5	III	57,1	II	71,4	V	66,1	V	71,4	I	58,3	V	63,7
6	RM	57,1	V	64,3	VI	62,5	País	66,7	País	57,1	País	57,4
7	V	57,1	IV	64,3	País	58,9	III	54,8	VI	56,0	III	56,5
8	País	50,0	VI	45,2	VIII	51,8	XI	54,8	V	54,8	XI	50,9
9	X	48,2	País	42,9	III	48,2	VIII	50,0	X	52,4	VI	45,2
10	IX	42,9	XI	38,1	VII	33,9	IV	28,6	III	51,2	VIII	39,9
11	VI	42,9	X	33,3	X	33,9	VI	26,2	VIII	40,5	X	38,4
12	IV	39,3	VII	26,2	IV	30,6	X	26,2	IX	35,7	IV	34,3
13	VIII	33,9	VIII	21,4	IX	21,4	VII	22,6	VII	33,3	VII	28,0
14	VII	26,8	IX	11,9	XI	21,4	IX	15,5	IV	20,2	IX	25,0

Fragilidad social regional

Posición	Índice social		Índice básico de calidad de vida		Índice socio-económico		Índice compuesto de urbanización		Índice de riesgo		Índice crítico de calidad de vida	
	Región	(%)	Región	(%)	Región	(%)	Región	(%)	Región	(%)	Región	(%)
1	XII	12,5	I	11,9	RM	3,6	RM	2,4	XII	7,1	XII	16,1
2	I	28,6	XII	16,7	I	21,4	I	20,2	RM	29,8	RM	18,2
3	II	28,6	RM	16,7	XII	23,2	II	21,4	XI	34,5	I	25,3
4	XI	35,7	III	23,8	II	30,4	XII	22,6	II	38,1	II	29,8
5	III	42,9	II	28,6	V	33,9	V	28,6	I	41,7	V	36,3
6	RM	42,9	V	35,7	VI	37,5	País	33,3	País	42,9	País	42,6
7	V	42,9	IV	35,7	País	41,1	III	45,2	VI	44,0	III	43,5
8	País	50,0	VI	54,8	VIII	48,2	XI	45,2	V	45,2	XI	49,1
9	X	51,8	País	57,1	III	51,8	VIII	50,0	X	47,6	VI	54,8
10	IX	57,1	XI	61,9	VII	66,1	IV	71,4	III	48,8	VIII	60,1
11	VI	57,1	X	66,7	X	66,1	VI	73,8	VIII	59,5	X	61,6
12	IV	60,7	VII	73,8	IV	69,4	X	73,8	IX	64,3	IV	65,7
13	VIII	66,1	VIII	78,6	IX	78,6	VII	77,4	VII	66,7	VII	72,0
14	VII	73,2	IX	88,1	XI	78,6	IX	84,5	IV	79,8	IX	75,0

bles: fuerza demográfica de la capital regional, porcentaje de población urbana en la región, número de viviendas conectadas a la red de agua potable y alcantarillados, población femenina económicamente activa y población empleada en el sector secundario de la economía. Otra prueba tuvo relación con el riesgo social, recuérdese que para el Estado subsidiario una necesidad social es esencialmente un juicio de costo-beneficio, lo necesario es prioritario y de allí que los programas específicos, requeridos, se van produciendo de acuerdo a las circunstancias. Este aspecto fue medido por la TGF, por los beneficiarios del SUF y asignación familiar, los desocupados, los ingresos familiares mensuales y la proporción de indigentes. ¿Cuáles son los hallazgos de todas estas pruebas? Pues que hay regiones con serios déficit sociales, que son las más, ya que ocho de las trece regiones tienen tales situaciones.

Obsérvese el Gráfico N° 1, el cual nos dice que el país en su conjunto ha logrado un BSR de sólo 57% y una FSR de 43%, en tanto que regionalmente se ha

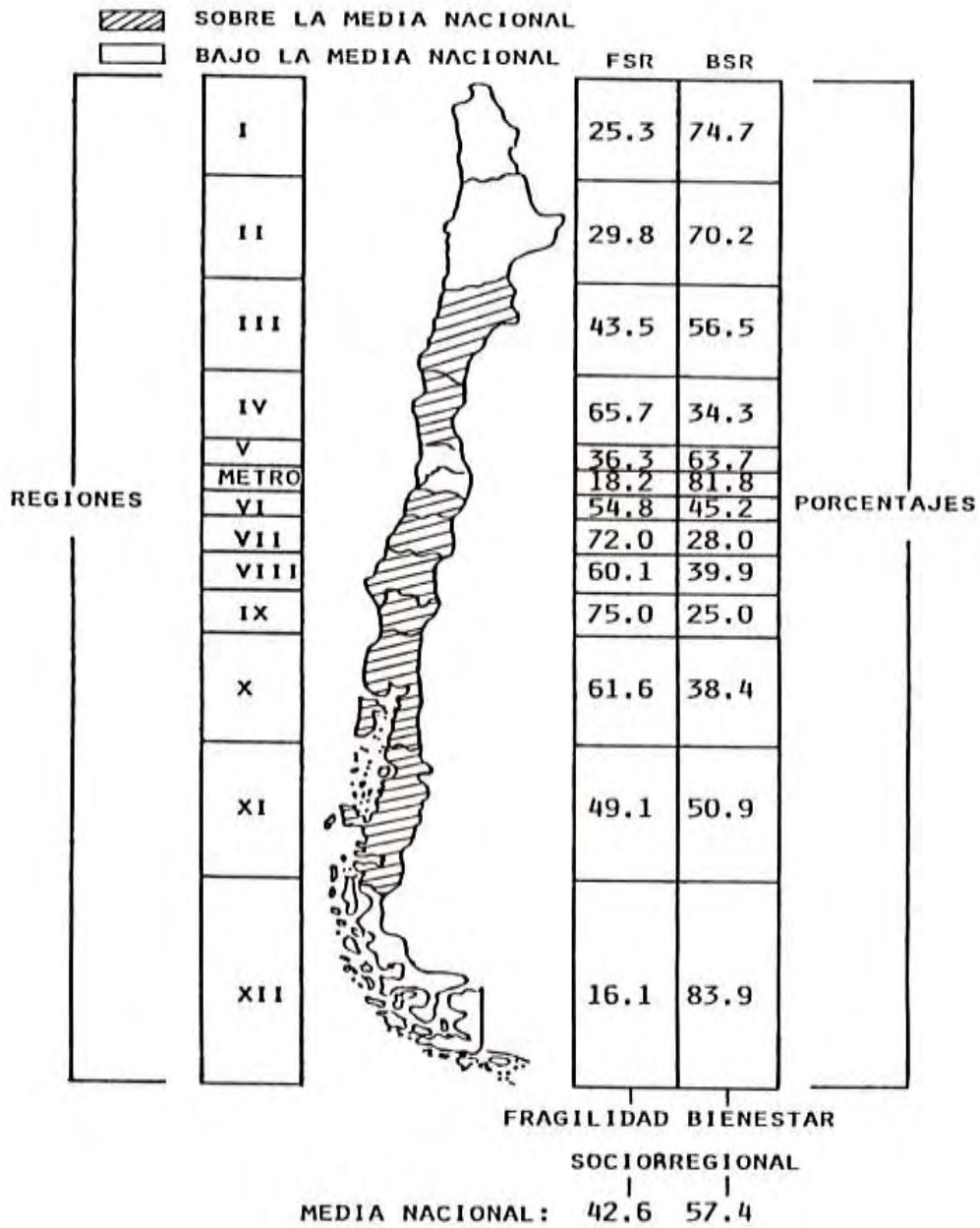
conformado un corredor de pobreza desde la VI a la XI regiones y otro menor de la III y IV regiones. No dejan de ser alarmantes los déficit acumulados en la IV, VII y IX regiones, esta última la más pobre de las regiones del país. Ver Gráfico N° 1.

A la luz de todo lo anterior, puede dejarse establecido que si bien es cierto que el modelo económico ha mostrado signos de mucha fuerza, de mucho vigor, de mucho empuje, el modelo social no ha dado muestras del mismo dinamismo. Puede señalarse que el modelo social ejecutado tiene serios signos de rezago social, lo cual se hace evidente cualquiera sea la medición que se realice. El otro aspecto claro es que, más allá de los promedios nacionales, hay una realidad regional que deberá tenerse en cuenta al momento de hacer el inventario de logros económicos y sociales, al fin y al cabo es en las regiones, en las provincias y en los poblados donde se pueden constatar las verdaderas condiciones de vida de la población chilena.

Señores profesores... Muchas gracias.

GRAFICO N° 1

Submodelo crítico de calidad de vida. Índice de fragilidad
socio regional. Alrededor de 1985



UNICEF. SEPT. 89

CUADRO N° 5
Chile. Estimado de población y familias vulnerables
por provincias 1987

Código	Región / Provincias	Población Total 1987	VULNERABLES	
			Población 1987	Familias 1987
01	I REGION DE TARAPACA	324.087	148.278	28.454
01.01	Arica	173.700	79.513	15.243
01.02	Parinacota	5.072	2.321	446
01.03	Iquique	145.315	66.444	12.765
02	II REGION DE ANTOFAGASTA	370.563	177.571	34.087
02.01	Tocopilla	37.231	17.544	3.431
02.02	El Loa	113.903	54.673	10.475
02.03	Antofagasta	219.429	105.354	20.181
03	III REGION DE ATACAMA	195.956	99.575	19.088
03.01	Chañaral	40.185	20.314	3.916
03.02	Copiapó	91.992	46.891	8.988
03.03	Huasco	63.779	32.370	6.213
04	IV REGION DE COQUIMBO	459.393	219.946	42.236
04.01	Elquí	251.188	120.845	23.087
04.02	Limarí	134.685	64.151	12.381
04.03	Choapa	73.520	34.950	6.768
05	V REGION DE VALPARAISO	1.336.073	562.547	108.121
05.01	Petorca	57.491	24.189	4.655
05.02	Los Andes	76.560	32.509	6.199
05.03	San Felipe de Aconcagua	107.921	45.310	8.738
05.04	Quillota	197.521	83.031	15.972
05.05	Valparaíso	791.339	333.065	64.035
05.06	San Antonio	103.182	43.577	8.355
05.07	Isla de Pascua	2.059	865	167
00	REGION METROPOLITANA DE SANTIAGO	4.913.062	2.121.433	407.907
00.01	Santiago	4.153.785	1.789.229	344.858
00.02	Chacabuco	69.686	30.435	5.787
00.03	Cordillera	182.717	81.104	15.172
00.04	Maipo	257.761	112.890	21.404
00.05	Melipilla	105.910	45.459	8.794
00.06	Talagante	143.203	62.316	11.891
06	VI REGION DEL LIBERTADOR BDO. O'HIGGINS	627.665	276.512	53.114
06.01	Cachapoal	425.111	187.951	35.975
06.02	Colchagua	168.843	73.960	14.283
06.03	Cardenal Caro	33.711	14.601	2.856
07	VII REGION DEL MAULE	805.141	335.734	64.503
07.01	Curicó	208.171	86.888	16.683
07.02	Talca	303.867	127.238	24.328
07.03	Linares	237.746	98.778	19.053
07.04	Cauquenes	55.357	22.831	4.439
08	VIII REGION DEL BIO BIO	1.625.840	780.809	150.095
08.01	Ñuble	404.074	193.691	37.309
08.02	Bío Bío	304.479	145.698	28.110
08.03	Concepción	773.917	372.042	71.435
08.04	Arauco	143.370	69.379	13.241

Cont. (Cuadro Nº 5)

Código	Región / Provincias	Población Total 1987	VULNERABLES	
			Población 1987	Familias 1987
09	IX REGION DE LA ARAUCANIA	755.137	368.508	70.806
09.01	Malleco	201.581	97.962	18.898
09.02	Cautín	553.556	270.546	51.908
10	X REGION DE LOS LAGOS	903.418	380.895	73.188
10.01	Valdivia	324.647	136.663	26.306
10.02	Osorno	205.904	87.079	16.675
10.03	Llanquihue	235.945	99.510	19.120
10.04	Chiloé	118.939	50.069	9.639
10.05	Palena	17.483	7.574	1.418
11	XI REGION DE AISEN	74.509	33.343	6.351
11.01	Coihaique	45.629	20.646	3.896
11.02	Aisén	18.236	8.003	1.549
11.03	General Carrera	7.689	3.384	652
11.04	Capitán Prat	2.955	1.310	254
12	XII REGION MAGALLANES Y ANTARTICA CHILENA	145.539	49.198	9.404
12.01	Ultima Esperanza	17.971	5.978	1.130
12.02	Magallanes	114.847	38.864	7.443
12.03	Tierra del Fuego	11.288	3.875	735
12.04	Antártica Chilena	1.433	481	96
99	TOTAL PAIS	12.536.383	5.554.349	1.067.355

El dolor, la enfermedad y la muerte en la perspectiva del cristiano

R.P. Beltrán Villegas Mathieu, SS.CC.

Doctor en Teología y Licenciado en Sagradas Escrituras. Profesor de Ciencias Bíblicas en el Seminario de su Congregación, en la Facultad de Teología de la Universidad Católica de Chile y en la Universidad Gregoriana de Roma. Decano de la Facultad de Teología (1974-76) y Doctor "Honoris Causa" (1982) de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

Este tema es literalmente inagotable y también multifacético. Puede abordárselo desde muchos ángulos y ninguno puede agotar la materia.

Yo tengo dos convicciones en torno a esto, que están subyacentes a la exposición que voy a hacer:

Primera, que se infiltra fácilmente en la actitud de los cristianos una sobrevaloración del sufrimiento, que no es de raíz evangélica, y que me parece poco sana y provocadora de renuncios injustificables en la lucha contra el mal y contra las fuerzas de la muerte.

Segunda, que la contribución cristiana se injerta sobre una comprensión profunda de la experiencia simplemente humana, sin contradecir sus datos más significativos.

Estas dos convicciones determinaron la índole de mi exposición. Me pareció indispensable, por una parte, dar un amplio espacio a la fenomenología del sufrimiento vinculado con la enfermedad anunciadora de la muerte, terreno en el que los análisis del Padre Rafael Gandolfo (exposiciones ante la Facultad de Medicina y publicados en la revista "Educación Mé-

dica UC", 1983) ofrecen un material digno de hacerse clásico. De ese artículo extracté algunas páginas, de rara belleza, que incorporé simplemente a mi exposición bajo dos títulos de los que yo soy responsable: "El sufrimiento como tanatofanía" (manifestación, revelación de la muerte) y "La muerte anunciada como antropofanía" (revelación del hombre). Con el Padre Gandolfo me unían vínculos no sólo de pertenencia a la misma Congregación, sino de mucha simpatía, amistad y comunicación intelectual.

Me pareció importante, por otro lado, señalar el largo camino seguido por los hombres de la Biblia en su esfuerzo por acotar ese ámbito oscuro de la experiencia humana, que vino a ser iluminado en forma definitiva por la experiencia del Hijo de Dios hecho hombre. En este ámbito sólo cupo hacer un punteo bastante descarnado y esquemático, destinado a dar relieve a las articulaciones más significativas, siendo mi preocupación la de trazar los límites precisos entre el sufrimiento cristiano y el sufrimiento a secas, porque hay un sufrimiento cristiano, es decir, un sufrimiento por causas cristianas. No cualquier sufrimiento de un cristiano es el sufrimiento cristiano. A eso se ordena la segunda parte de mi exposición.

1. PUNTO DE VISTA FENOMENOLOGICO

1.1. *Del dolor biológico al dolor humano*

El dolor biológico es un mecanismo de defensa de la naturaleza. Es una señal de alarma que llama la atención sobre una lesión o una disfunción padecida por un órgano. El dolor biológico llega a ser sufrimiento humano cuando es vivido conscientemente como algo que afecta de manera negativa a la persona en su unidad englobante de carácter psicosomático. Si me pego con un martillo en el dedo me duele, pero no digo que es sufrimiento. Reservamos el concepto de sufrimiento humano para algo más hondo, es decir, cuando el dolor trasciende el nivel orgánico y penetra en la esfera propiamente humana, turbando la postura normal o habitual frente a la vida y suscitando interrogantes e inquietudes que atenúan el *tonus* general de la vida en cuanto

humana. Es decir, en cuanto directa o indirectamente relacional. El ser humano es persona en su relación con otro. El yo existe cuando hay un tú. Es el postulado básico de toda la filosofía personalista que ha irrumpido en nuestro siglo.

Este sufrimiento humano puede también darse sin la base de un dolor biológico. Por ejemplo, es el caso de ciertos tipos de cáncer, donde no hay dolor muchas veces, pero sí sabe que es cáncer el sufrimiento está presente. Y sobre todo lo que llamamos el sufrimiento moral, cuyas raíces más características son la frustración propia, el no reconocimiento por los otros del propio valor, la soledad o el aislamiento; incluso la simpatía por el dolor de otro. Cabe hacer notar que ciertas formas de tristeza profunda tienden a somatizarse en enfermedades fisiológicas, incluso orgánicas. Es un misterio que no está suficientemente escrutado.

Por razones obvias, sólo nos ocupará el sufrimiento vinculado con la enfermedad orgánica y en cuanto anuncia en alguna forma la muerte.

1.2 *La enfermedad dolorosa como "tanatofanía"*

En este paso de mi exposición (y también en el siguiente) utilizaré al pie de la letra los análisis extremadamente finos y profundos del Padre Gandolfo. El punto de partida del Padre Gandolfo es que mientras estamos sanos no somos conscientes de la base corporal de nuestra vida humana en cuanto humana. Escribe: "Lo típico del cuerpo, allí donde cumple con su finalidad, es desvanecerse de nuestra percepción y devenir invisible. Cuando estamos supremamente bien (él) desaparece de nuestra conciencia habitual y si nos acompaña es con la levedad de una sombra, sin siquiera rozarnos con la opacidad de su fondo. Se diría que su rol consiste en devenir el filtro o cedazo sutil para que a su través pase otra cosa, eso ingrátido, inimaginable que llamamos alma... Pero he aquí que enfermamos, nos fatigamos o sufrimos en un lugar preciso de nuestro organismo y reaparece nuestra corporalidad concreta, esa cabeza o mano que nos duele, o simplemente ese miembro que nos pesa y al que debemos arrastrar. En ese instante nuestra psique parece

materializarse y confundirse —para su propia desdicha— con los miembros dolientes o fatigados. Vive absorbida en ellos, participando de su dispersión y pesadez, incapaz de desprenderse de ese lastre hasta el momento en que por otros caminos, en que el alma directamente no participa, el desarreglo orgánico desaparece y las funciones recobran su normalidad y esa manifestación se esfuma. Lo que aquí se ha dejado ver como en un claroscuro es, precisamente, ese punto de emergencia de la psique en el cuerpo, su irrumpir y sostenerse en él”. El Padre Gandolfo señala: “Lo decisivo es que esa emergencia, que aconteció en un momento, ya no puede ser concebida como algo fijo, estable y asegurado, sino como algo gratuito y permanentemente arriesgado” (pág. 43).

En otros términos, al riesgo inherente a la libertad que le permite al hombre —ávido de vivir— malograrse a sí mismo, la experiencia de la enfermedad le añade la evidencia de otro riesgo: el de estar expuesto a las vicisitudes de su vitalidad orgánica y a la fatalidad de tener que envejecer y morir.

Ahora bien, “nada más incierto e imprevisible que la reacción de cada hombre ante esta transformación de su subsuelo corporal. Ello vale tanto para el lento proceso de envejecimiento como para la enfermedad que presagia el morir o abruma el espíritu en la interminable prolongación del sufrimiento. Frente a la (prevista) disolución del cuerpo puede acometernos la angustia, la desesperación, el embotamiento o la tristeza inconsolable. Pero también puede sobrevenirnos una extraña e inesperada lucidez” (pág. 44). Igualmente es visible, en otra esfera, que la evidencia de la finitud y de su desenlace más o menos inminente —mantenida en la conciencia por la enfermedad— a unos los lleva a replegarse sobre sí mismos y a empequeñecer sus horizontes, mientras que a otros los lleva a abrirse y a crecer. Sobre esta diversidad de reacciones frente al surgimiento de la muerte como posibilidad real del ser humano pesan factores de temperamento, pero sobre todo las convicciones metafísicas o religiosas del enfermo, en buena parte condicionadas por la percepción reinante en su medio cultural sobre el sentido de la vida y de la muerte, que son inseparables.

1.3 *La muerte anunciada como “antropofanía”*

Incluso en una cultura como la nuestra, reacia a asimilar la realidad de la muerte y ansiosa de disimularla o callarla, el *choque en los cimientos de nuestro existir*, que la muerte conlleva, no se desvanece. “Lo que acontece”, dice el Padre Rafael, “es más bien otra cosa, a saber la transformación del temor franco, decidido y abierto a una realidad que se palpa, en una angustia sorda e indomable, y en una fuga sin fin ante la realidad que no se quiere ver” (pág. 45): tema de prácticamente toda la obra literaria de Dino Buzzati, que muchos de ustedes conocerán a través de “El desierto de los tártaros”.

“Con lo expresado tocamos el nudo mismo de nuestra común interrogación, la que todos nos hacemos en cuanto humanos frente a la disolución orgánica que la enfermedad anuncia y la muerte consume. Interrogación que brota, por cuanto en esos fenómenos nuestro anhelo de vivir y nuestra voluntad de ser se ven absurdamente contrariados y, a la postre, definitivamente frustrados. Pero, a la vez, nos acompaña la tenaz certidumbre, sin fundamento racional a la mano, de que la destrucción corporal, con su proceso y su final, ha de esconder un extraordinario sentido, acaso la clave de un enigma para la existencia misma. Presentimos que en la comprensión de esa destrucción de la integridad de nuestro ser se oculta una luz esclarecedora incomparable para comprendernos a nosotros mismos con esa comprensión que no es, ni puede ser una explicación por causas, estructuras o leyes, sino simplemente ponderación de nuestra grandeza y pequeñez y de la extraña tensión en que ambas conviven en el espacio de la existencia terrestre. Sabemos bien que ese sentido iluminante se esconde regularmente a nuestra conciencia, pero sabemos también que puede irrumpir y trazar retrospectivamente un hilo de claridad sobre la totalidad de la vida. Pero no es en las páginas de los libros o en el plano de las discusiones intelectuales, o de la reflexión tranquila y solitaria con nosotros mismos, donde efectivamente puede relampaguear ese sentido con su fulguración penetrante, sino justamente en la experiencia que todo hombre hace alguna vez en la vida de

su decaimiento vital o de la inminencia de su muerte. Esa fulguración está ligada al estremecimiento de su propia carne, indecible e incommunicable, y a la sacudida del espíritu que sólo desde ella puede venir" (pág. 44).

Quien alguna vez ha pasado por ese trance y ha retornado como Lázaro al mundo de los vivos, puede expresar esa experiencia de un modo simple, cuya profundidad no puede medirse por las palabras en que esa experiencia se formula, sino por el gesto, el acento, la modulación, el brillo de los ojos o acaso por una súbita exclamación del asombro sin límites. A menudo el hombre que así ha vuelto a la vida, aunque sólo pasajeramente, de su angustia mortal parece retener sólo una cosa, una sola evidencia que lo ocupa sin descanso: es la evidencia de lo fútil, lo insignificante, lo vacío de la mayoría de las cosas que los hombres aman y buscan apasionadamente, por las cuales se desviven y consumen y por las cuales a menudo abrevian su propia existencia. Por un momento, que quizás decidirá el resto de su existencia, ese hombre —como Lázaro sobre el sepulcro— ha quebrado el poder de ese sueño alucinante que nos posesiona de un modo u otro en nuestro vivir de animales sanos e inconscientes. Por un momento (se) ha recuperado una lucidez prodigiosa, la única en que las pasiones pertinaces o los caprichos volubles dejan de proyectar en las cosas sus sombras distorsionadoras (pp. 45-46).

Otras veces ese paso por la angustia de la carne será la súbita revelación de una luminosidad y acorde en las cosas mismas, jamás sospechada hasta ese instante. Será la simple luz del día, la claridad solar, el vuelo de los objetos leves en el aire, la florescencia inmóvil en la flor abierta, lo que se mostrará maravillosamente gratuito y preñado de su particular dulzura, todo eso que se nos escapa y se vuelve inexistente a nuestros ojos de hombres normales y saludables. En una zona más profunda, la languidez de la vida o la cercanía de la muerte realzarán de pronto la grandeza de valores hasta entonces inadvertidos: la gratitud, la piedad, el perdón, el arrepentimiento, la delicadeza. No raras veces ese estado irá más lejos y se convertirá en la revisión de todo el pasado y en el aquilatamiento de sus errores, ilusiones

e injusticias, como si esa condición de pesadumbre corporal fuera la grande y acaso única oportunidad del hombre para abrazar la totalidad de su existencia y revivirla en una voluntad de recuperación y recreación (p. 46).

"No sólo esto, pues lo decisivo estriba en algo aún más esencial, cual es ese horizonte desde el cual la finitud temporal de la existencia cesa absolutamente de parecernos un accidente, una dura necesidad impuesta por la ley de la especie. Recuperar ese horizonte, desde el cual esa finitud temporal, esa onda creciente y decreciente que es la vida biológica, se inscribe en un modo de permanencia incommovible, ese horizonte en que nuestro tiempo finito se asienta y sustenta en otro tiempo inmedible por la sucesión de los instantes. Recuperar ese horizonte se vuelve para la razón lúcida el quehacer más esencial. Precisamente la sacudida que da la proximidad de la muerte, la sensación de radical fragilidad que la acompaña, parecen abrir ese horizonte en que la persistencia de la existencia humana más allá de la muerte deja de presentarse como una simple reduplicación de la existencia terrestre y se proyecta profusamente en lo que podría llamarse el otro comienzo de la peripecia humana, el sólo verdaderamente otro, porque diferente e irreductible a éste que vivimos en el presente" (p. 46).

Este análisis fenomenológico del sufrimiento es el aporte del Padre Rafael Gandolfo, que yo quería revivir como un homenaje a su pensamiento tan extraordinariamente fino, lúcido y penetrante. Ojalá que esto les despierte el apetito de leer el texto directamente y completo, porque aquí sólo he extractado algunas cosas.

II. PUNTO DE VISTA BIBLICO

Paso al punto de vista bíblico, y al exponerlo distinguiré el aporte del Antiguo Testamento y el del Nuevo Testamento.

En primer lugar el Antiguo Testamento nos presenta una aprehensión del sufrimiento en su dura realidad, muy clara y muy fuerte. Se ha dicho que el Antiguo Testamento es una especie de gran grito

frente al sufrimiento. Hay mucho de verdad en eso.

a) Comencemos señalando un hecho patente, que es la *legitimación de la queja*, el reconocerle al hombre el derecho sagrado e imprescindible de quejarse cuando sufre. Es la forma de no negar el sufrimiento. Antes de comprenderlo hay que experimentarlo y saber de verdad qué nos lleva a quejarnos. Esto es lo primero que se desprende del Antiguo Testamento.

En Israel había "liturgias" especiales de súplica y lamentación. La súplica incluía como parte fundamental la lamentación, la exposición del sufrimiento. No es del caso hacer el elenco de los tipos de sufrimiento por los cuales cabía hacer una liturgia de súplica y lamentación. Estaban, por ejemplo, los sufrimientos de la nación, que se pueden encontrar enumerados en el discurso puesto en boca de Salomón en la inauguración del Templo, en el que se pide que Dios escuche desde el cielo toda oración que se haga mirando al Templo (1 Re. VIII). Pero estaban también las súplicas con lamentación de las personas individuales; y no sólo de los reyes, sino del hombre "de a pie" como se dice, del israelita común. Hay tres tipos de lamentación privada, individual, que aparecen con mucha frecuencia en los salmos: la súplica y lamentación del acusado injustamente, la del Levita desterrado, y la del "enfermo-pecador".

Ustedes saben que la enfermedad, en la concepción antigua, estaba muy vinculada con el pecado. Así como los salmos de los acusados son de "justo-acusado", los salmos de los enfermos son los de "pecador-enfermo", porque en la enfermedad se veía de alguna forma la manifestación del pecado. Al respecto, leeré dos salmos que nos pueden mostrar la profundidad que alcanzaba la conciencia del sufriente en Israel. Al leer el primero de estos salmos —más superficial— tal vez se podría hacer un diagnóstico clínico sobre qué enfermedad padecía el enfermo. El otro, en cambio, nos lleva a honduras más existenciales.

Leamos primero el Salmo 38(37):

Señor, no me reprendas en tu ira,
y en tu furor no me castigues.

Pues tus flechas en mí se han clavado,
y ha caído tu mano sobre mí.
Nada intacto en mi carne, por tu ira;
nada sano en mis huesos, por mi crimen;
pues mis faltas sobrepasan mi cabeza,
más que fardo pesado me agobian.
Mis llagas supuran y apestan,
debido a mi locura;
encorvado, totalmente deprimido,
todo el día camino sombrío;
mis lomos están llenos de fiebre,
y en mi carne no queda nada sano;
triturado, totalmente quebrantado,
me quejo con rugido de león.
Están, Señor, todas mis ansias a tu vista,
y no se te esconden mis gemidos.
Mi corazón palpita, se me acaban las
[fuerzas,
y hasta la luz de mis ojos me abandona.
Mis amigos íntimos se alejan de mis llagas,
mis vecinos se mantienen a distancia.
Los que buscan mi mal lanzan perfidias,
y difunden calumnias todo el día.

Pero yo, como sordo, no escucho,
soy como mudo que no abre la boca;
soy igual que un hombre que no oye
y que no tiene respuestas en su boca.

Porque es en ti, Señor, en quien espero,
y tú responderás, Señor, Dios mío.
Pues he dicho: "Que de mí no se rían,
que no triunfen de mí si tropiezo".

Es que estoy a punto de caer,
y mi dolor está siempre ante mí.
Pues mi culpa yo la confieso,
y mi pecado me llena de terror.

Los que sin causa me hostilizan son
[pujantes;
son legión los que me odian sin motivo.
Y los que pagan el bien con el mal
me persiguen porque corro tras el bien.

No me dejes tan solo, Señor;
no te quedes tan lejos, mi Dios.
Apresúrate en venir a socorrerme,
tú, Señor, mi salvación.

Leamos ahora el terrible Salmo 88(87):

Señor, a ti clamo de día,
y me lamento de noche en tu presencia:
que llegue hasta ti mi plegaria,
inclina tu oído a mi grito.

Está llena mi alma de desgracias,
y mi vida está cerca del Abismo;
me cuentan ya con los caídos a la fosa,
soy como un hombre desvalido.

Estoy recluso entre los muertos,
semejante a los que yacen en la tumba,
de quienes no conservas ya recuerdo,
y que están separados de tu mano.
Me pusiste en lo más hondo de la fosa,
en regiones oscuras y abismales.
El peso de tu cólera me aplasta,
y me agobias con todas tus rompientes.
Has alejado a mis íntimos de mí,
me has hecho repugnante para ellos.
Estoy encerrado, sin salida,
mis ojos se marchitan de miseria.

Cada día te invoco, Señor,
y extendiendo mis manos hacia ti:
¿Haces tú maravillas por los muertos?
¿Se levantan las sombras a alabarte?
¿Se narra tu piedad en el sepulcro,
tu lealtad en el país de perdición?
¿En las tinieblas se conocen tus prodigios,
o tu justicia en la tierra del olvido?
Pero yo a ti clamo, Señor,
desde el alba va a tu encuentro mi
[plegaria.
¿Por qué me rechazas, Señor,
y escondes de mí tu semblante?
Me veo pobre y moribundo desde niño;
he soportado tus terrores: desfallezco.
Tus cóleras pasaron sobre mí,
tus espantos me han vuelto a la nada:
me rodean como agua sin cesar,
todos ellos en masa me envuelven.
Me has dejado sin amigos ni vecinos:
¿cómo íntimos tengo las tinieblas!

Subyacente a estas quejas, a esta legitimación de la queja, está evidentemente la percepción nítida y clara de que el sufrimiento es un mal —por una parte—, y —por otra parte—, de que Dios puede librar de él. Y Dios, en alguna forma, se define como el que es capaz de sacar al hombre de su sufrimiento. Es un Dios salvador, precisamente porque es capaz de superar el mal del sufrimiento y sacar al hombre de ese ámbito oscuro y llevarlo a una vida plena en la luz.

b) *Interrogantes sobre la responsabilidad de Dios.* En el Antiguo Testamento se plantea con mucha crudeza la interrogante

sobre la responsabilidad de Dios en el sufrimiento de los hombres y en lo que causaba el supremo problema: la muerte prematura. Al morir los viejos nadie se escandalizaba, pero la muerte del joven o la muerte prematura era lo que chocaba fuertemente. Este planteamiento se hace "sin pelos en la lengua". Hay un libro entero del Antiguo Testamento dedicado a esto, el Libro de Job, donde aparece el problema del sufrimiento aparentemente inmotivado; es decir, del que se daba sin intervención de una culpa que pudiera explicarlo. Job es el portavoz de esta protesta contra Dios, y se atreve a echarle la culpa: "Soy inocente, no me importa la vida, desprecio la existencia". "Dios acaba con inocentes y culpables". "Si una calamidad siembre muerte repentina, El se burla de la desgracia del inocente". "Deja la tierra en poder de los malvados y venda los ojos a sus gobernantes. ¿Quién, si no El, lo hace?" El Antiguo Testamento, pues, no le saca el cuerpo a la pregunta por la responsabilidad de Dios.

c) *Búsqueda de sentidos ocultos del sufrimiento y de la muerte prematura.* En el Antiguo Testamento hay, además, una búsqueda de sentidos ocultos del sufrimiento o de la muerte prematura. En primer lugar la conexión del pecado y del sufrimiento, de la que ya hablamos. Luego el concepto del sufrimiento como purificación; es decir, que Dios utilizaría el sufrimiento como medio para purificar o probar a los hombres. En el Libro de Job figura un personaje inserto a última hora, Elihú, que trata de compensar la aparente blasfemia de Job y suaviza las cosas. Hace grandes reprensiones a Job por la audacia de su lenguaje. Y le dice: El discurso de Elihú es muy largo, muy engorroso, muy pesado, no tiene la incisividad del discurso de Job.

Un tercer intento de darle sentido al sufrimiento fue el de verlo como una educación. A través de él Dios nos educa, nos forma: "Hijo mío, no rechaces el castigo del Señor, no te enfades por su reprensión, porque el Señor reprende a los que ama, como un padre al hijo preferido" (Prov, III).

Ya al final de la época del Antiguo Testamento emerge una cuarta explicación de la muerte prematura del justo:

Dios lo libró de la contaminación del mundo y lo llevó a la bienaventuranza. Esto se encuentra en un texto que se lee con cierta frecuencia en la Liturgia:

El justo, aunque muera
[prematuramente, tendrá descanso;
vejez venerable no son los muchos días,
ni se mide por el número de años;
canas del hombre son la prudencia,
y edad avanzada, una vida sin tacha.
Agradó a Dios, y Dios lo amó;
vivía entre pecadores, y Dios se lo llevó;
lo arrebató para que la malicia no
[pervirtiera su conciencia,
para que la perfidia no sedujera su alma;
la fascinación del vicio ensombrece la
[virtud,
el vértigo de la pasión pervierte una mente
[sin malicia,
Maduró en pocos años, cumplió mucho
[tiempo;
como su alma era agradable a Dios, se dio
[prisa en salir de la maldad;
la gente lo ve y no lo comprende, no se da
[cuenta de esto
El justo fallecido condena a los impíos
[que aún viven,
y una juventud colmada velozmente,
a la vejez longeva del perverso
(S a b., IV, 7-16).

Ustedes ven que son búsquedas de camino, pistas tentativas. Es muy importante tener en cuenta que el Antiguo Testamento no nos da soluciones definitivas, sino que nos plantea una problemática y nos señala estos diversos caminos, que son tentativos. No se nos da la solución total, perfecta y definitiva. Es lícito no quedar muy convencido de las palabras del autor del Libro de la Sabiduría, o del Discurso de Elihu, o de los Proverbios.

Dentro de esta búsqueda de sentidos posibles, misteriosos, secretos del sufrimiento o de la muerte prematura, aparece un caso en el Antiguo Testamento muy notable: el del "Servidor de Yavé". Lo encontramos en cuatro poemas maravillosos situados en la segunda parte del Libro de Isaías (o sea, entre los capítulos 40 y 55) y que la Liturgia usa en Semana Santa. Son el acercamiento mayor a lo que fue efectivamente el misterio de Jesús. Allí se nos plantea el caso de un Servidor de Yavé, que no aparece con nombre propio: es

"el Servidor", y se describe como uno de sus rasgos característicos el hecho de que se vea sometido al sufrimiento. No leeré el texto, porque es muy largo, pero lo interesante es ver cómo se llega a la concepción que en él se expone. El "quid" está en lo siguiente: en el pueblo de Israel, como en todos los pueblos de la antigüedad, existía el culto sacrificial. Se inmolaban, por el pecado especialmente, animales que se ofrecían a Dios y pasaban a ser de El. En forma particular, en el Yom Kipur (el día de la expiación) se ofrecía un macho cabrío al cual se cargaba simbólicamente el pecado de todo el pueblo. El sumo sacerdote le imponía las manos para transmitirle toda la carga de pecados del pueblo y en la muerte de ese animal se entendía que quedaba eliminada toda esa culpa arrastrada durante el año por el pueblo de Israel. El autor de los poemas de que hablamos, que es un profeta anónimo del tiempo de fines del destierro, llamado el Déutero-Isaías, porque se encuentra dentro del Libro de Isaías, percibe que la salvación para el pueblo de Israel no va a venir de algún rey, sino más bien de un profeta. Y los profetas lo habían pasado muy mal, particularmente Jeremías. Pues bien, la figura del Servidor está dibujada fundamentalmente mediante los rasgos del profeta Jeremías, con su destino de sufrimiento. Pero el autor anónimo de nuestros poemas, el Déutero-Isaías, percibe que la salvación de Israel va a estar en un profeta capaz de sufrir y capaz de tomar el papel de ese chivo expiatorio que se sacrificaba en la fiesta litúrgica de Yom Kipur y que simbólicamente cargaba con el pecado del pueblo. Eso está expresamente en el capítulo 53, versículos 10-12: "Si entrega su vida como expiación, verá su descendencia, prolongará sus años y por su medio triunfará el plan del Señor (se realizará el designio salvífico de Dios). Por los trabajos soportados verá la luz, se saciará de saber. Mi siervo inocente rehabilitará a todos porque cargó con sus crímenes, por eso le asignaré una porción entre los grandes y repartirá botín con los poderosos, porque desnudó el cuello para morir y fue contado entre los pecadores. El cargó con el pecado de todos e intercedió por los pecadores". Es decir, se vislumbra la posibilidad de que alguien asuma en su vida ese papel del chivo ex-

piatorio y que su sufrimiento y su vida consumida en este sentido pueda tener un valor salvífico para el pueblo. Ya no en el dominio cultural de los ritos, sino en un dominio más real, más profundo. Indudablemente es la pista más interesante que nos ofrece el Antiguo Testamento.

2. El aporte del Nuevo Testamento

2.1 *Jesús ante el sufrimiento y la muerte de los demás*

a) En primer lugar encontramos una neta y definitiva desvinculación del sufrimiento y del pecado. Cuando Pilato mandó asesinar a unos galileos en el templo de Jerusalén, Jesús al saberlo le dijo a la gente: “¿Ustedes creen que eran más pecadores que los demás?” (Lc, XIII, 2) y lo mismo dijo a propósito de unos hombres aplastados por una torre que se derrumbó, y cuando le preguntan sus discípulos, al ver a un ciego: ¿quién pecó, éste o sus padres para que este hombre haya nacido ciego? Jesús respondió: “ni él pecó, ni sus padres” (In, IX, 2). Es una toma de posición neta frente a ciertas cosas que aparecían en el Antiguo Testamento, contra las cuales ya había protestado Job.

b) En seguida la actuación mesiánica de Jesús tiene un campo muy amplio y se refiere al mal, al sufrimiento, a la enfermedad y se desenvuelve en grandísima medida como una acción de curación de las enfermedades y liberación del hombre de todo lo que puede enajenarlo. Jesús claramente establece cierta relación entre la enfermedad y el dominio del mal en el mundo. Para Jesús, evidentemente, la enfermedad es un mal que tiene que desaparecer con el advenimiento de los tiempos mesiánicos, y por eso su acción mesiánica tiende a eliminar el mal. De ahí la importancia que tienen las curaciones. Y este mal no es un mal circunscrito a esta enfermedad; es un signo del poder del mal, de las fuerzas del mal instaladas en el mundo humano. Jesús incluso, en ciertos casos, le atribuye a Satanás tal o cual enfermedad, como cuando cura un Sábado a la mujer que estaba 18 años encorvada, y dice: “ustedes desatan a su buey o a su asno para llevarlo a tomar agua el día Sábado; ¿yo no voy a desatar a esta mujer, a quien Satanás ha tenido 18 años

amarrada?” (Lc, XIII, 16). No se dice que sea posesión, pero en alguna forma toda la presencia del mal en el mundo, incluso de la enfermedad, es un signo de que este mundo nuestro está entregado a las fuerzas del mal que tienen que ser vencidas para que se establezca el reinado de Dios. El reinado de Dios es el reinado de la vida, de la salvación, de la vida plena y no es compatible con la presencia de la muerte, del sufrimiento y del mal. Este es el supuesto de la acción taumatúrgica de Jesús. Representa su lucha contra Satanás. Satanás tenía su dominio en este mundo. El es “el fuerte”, pero llega Jesús, que es “el más fuerte”, y lo vence y se apodera del botín, de los bienes que Satanás en alguna forma tenía en sus manos (Cf. Lc, XI, 20-22). La acción taumatúrgica de Jesús es la forma en que El recupera para el mundo de la luz, del bien y de la vida a los que estaban sujetos a las fuerzas oscuras del mal, que se manifiestan también en la enfermedad. Este tema lo desarrollé en mi artículo “Medicina en perspectiva teológica”, que está editado en el mismo número de la revista “Educación Médica U.C.”, en que se publicó el del P. Rafael Gandolfo.

c) Es importante señalar que los Evangelios subrayan muchas veces que frente a los hombres que sufren de esta manera se despliega la *compasión* de Jesús; es decir, frente a este mal que sufren los hombres, la enfermedad, la lepra, la ceguera, la parálisis, etc., Jesús siente *compasión*, y —según el Evangelio de San Juan— se emociona y llora frente a la muerte de Lázaro. No sólo la percibe intelectualmente en una visión teológica sobre el mal en el mundo como signo del imperio de las fuerzas del mal sobre el mundo humano, sino que es algo que El lo *siente* también en su humanidad, en su corazón y se compadece. La *compasión* de Jesús aparece repetidas veces en el Evangelio: sobre todo en referencia a los ciegos, sordos, sordomundos, leprosos, paralíticos. Se trata de males que le impiden al hombre participar en la vida humana, en la fiesta de la vida.

2.2 *La Pasión de Jesús*

a) Parece muy importante subrayar las circunstancias reales de la Pasión de Jesús,

porque es aquí precisamente donde a veces se producen extrapolaciones, sobrevaloraciones y comprensiones falsas.

En primer lugar hay que señalar que la muerte de Jesús, su Pasión, su crucifixión, fue inducida por otros. No tiene nada que se asemeje a un suicidio. La primera predicación de los Apóstoles: “vosotros lo matasteis, pero Dios lo resucitó”, fue la primera predicación cristiana. ¿Por qué fue inducida por otros? ¿Fue por capricho? Fue como consecuencia de su actuación mesiánica, pero de una actuación mesiánica desconcertante. No fue la actuación que se esperaba de un Mesías. Fue una actuación enteramente distinta y consistió en dar presencia al reinado de Dios sobre los hombres, a ese reinado de Dios que los judíos esperaban como algo situado en el más allá de lo espacio-temporal. Jesús anuncia que el reinado de Dios puede ya tener presencia anticipada en nuestro mundo. Eso fue lo que Jesús anunció como buena noticia y El con su actividad le dio presencia anticipada al reinado de Dios, que se despliega en beneficio prioritario de los excluidos del mundo de los hombres: de los pecadores, de los pobres, de los pequeños, y en general de todos los marginados. Y Jesús, en cuanto a estos grupos de personas, dice: “los últimos serán los primeros y los primeros serán los últimos”. El anunciamiento del reinado de Dios es primeramente buena noticia para los pobres, hambrientos y sufrientes. Eso fue lo que causó la reacción que llevó a crucificar a Jesús. Jesús se empeñó en darle presencia al reinado de Dios en beneficio de los excluidos, aunque para ello tuvo que pasar por encima de prejuicios y aun de las instituciones sacrosantas, como el día Sábado. Para Jesús era mucho más importante la recuperación de la salud de una mujer que el Sábado. Y los “pecadores” despreciados eran objeto de su preocupación más entrañable, y decía al respecto: “Los sanos no tienen necesidad de médicos, sino los enfermos; no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores”. La crítica contra Jesús, que en el fondo lo va a llevar a la muerte, es la que encontramos en la introducción del capítulo 15 del Evangelio de San Lucas, que dice: “Los publicanos y pecadores acostumbraban a acercarse en masa para escucharlo, y los fariseos y los letrados

lo criticaban, diciendo que éste acoge a los pecadores y come con ellos”. Este ministerio mesiánico de Jesús, ejercido en esta forma tan desconcertante, fue lo que lo llevó a la muerte. Fue condenado, no por decirse Mesías —eso no era un crimen—, sino por pretender que la acción mesiánica consistía en hacer lo que El estaba haciendo.

b) Ahora bien, esa muerte inducida por otros por las razones señaladas, fue asumida por El por fidelidad a su misión: esa misión que El había abrazado como propia por su amor filial al Padre y por su amor solidario a los hombres. Esta misión conllevaba explícitamente una dimensión conflictiva. No resultó totalmente por casualidad. Jesús dice: “no he venido a traer la paz, sino la división”. “Estará el padre contra el hijo, la madre contra la hija, el suegro contra la nuera, etc.”. Es decir, El viene a traer una opción ante la cual los hombres inevitablemente van a tomar posiciones diferentes y se van a rebelar frente a El. La dimensión conflictiva estaba en la entraña misma del mensaje de Jesús. Y El asumió las consecuencias de predicar y de ejercer una acción que El sabía era conflictiva. Su muerte, su Pasión, constituyó la coronación de su acción salvífica, que El había llevado a cabo en una encarnación que lo hizo solidario de la condición humana.

c) Nosotros a veces tendemos a ver lo salvífico de Jesús, exclusivamente, en su Pasión, pero lo salvífico de Jesús se desarrolla a través de todo su ministerio. Fue un ministerio salvífico, que se coronó en su Pasión. No podemos separar esto. La Pasión fue salvífica, no por ser dolorosa ni independiente de su acción, sino por ser la expresión objetivamente máxima de la actitud que había informado toda su vida, es decir, la actitud de un amor oblativo, total a Dios, y a los hombres simultáneamente. Eso fue la vida de Jesús, enteramente entregada a la causa del reinado de Dios, es decir, a la causa de Dios y a la causa de los hombres. La Pasión no fue una novedad, ni un momento que introdujera cierta ruptura. Toda la vida, todo el ministerio de Jesús fue esta entrega. Es importante en este sentido la comprensión de la Eucaristía, en que Jesús entrega en el fondo su muerte, su cuerpo muerto y su sangre

derramada, entregada como sacrificio simultáneamente a Dios y a los hombres. Se hace alimento de ellos, se hace pan, se hace vino: "Tomen y coman todos de este pan que yo estoy partiendo, es un símbolo, porque esto es mi cuerpo". Incluso su muerte Jesús no la quiere vivir para sí, sino que la añade a la entrega total de su vida a la causa de Dios y de los hombres. Esa actitud oblativa, llevada hasta el extremo, es lo que hace de la Pasión de Jesús una realidad salvífica. No es directamente el dolor; es la actitud oblativa con que se vive la muerte.

d) Naturalmente, al ser aceptada por Dios mediante la resurrección, esa muerte fue la superación de la muerte como última palabra de la vida humana y la revelación de que la verdadera vida se encuentra en la entrega a Dios y a los hombres desinteresada. La Pasión de Jesús, su muerte, fue anulada por Dios en cuanto fue inducida por los hombres: "Vosotros lo crucificásteis, pero Dios lo resucitó". Pero en cuanto actitud vivida por Jesús, la resurrección la confirma, y Jesús resucita como el Crucificado. En el Apocalipsis, San Juan ve al cordero, al Cristo, como degollado, pero de pie, vivo, es decir, para siempre quedó incorporada la Pasión en su vida nueva. La vida verdadera no es incompatible con una muerte como la muerte de Jesús. La vida verdadera consiste no en la vitalidad biológica, sino en la entrega de la vida a los demás. Esto hace de la vida una vida verdadera. Ahí se da realmente lo más exquisito de la vida; siempre la vida humana es esencialmente dialogal. Pero la forma pura, absoluta de la vida, consiste en esta actitud dialogal oblativa: entrega sin reserva al bien del otro. La resurrección nos manifiesta que la muerte no es la última palabra, sino que la verdadera vida se encuentra en el crucificado, en la entrega a Dios y a los hombres desinteresada, olvidada de sí, y se entrega la totalidad de la vida, incluyendo el sufrimiento y la muerte. Es muy importante acotar bien el sentido de la Pasión de Jesús, desmontar un poco el mecanismo del carácter salvífico de la Pasión de Jesús, que está en el centro de nuestra fe cristiana. Tratar de comprender lo que fue la muerte de Jesús, que no fue cualquier muerte. Todas estas circunstancias que he

anotado son importantes y decisivas para la comprensión de la muerte.

2.3 *El sufrimiento a causa de Cristo en el destino de los cristianos*

Lo que acabamos de decir nos ayuda a comprender el sufrimiento específicamente cristiano. El Nuevo Testamento nos señala que por el hecho de adherirnos a Cristo vamos a tener que padecer como Cristo. Hay una terminología específica, incluso sin hablar de la que deriva del verbo perseguir, que abarca los siguientes términos: "stenokhoría" = angustia; "thlipseis" = tribulaciones; "patthémata" = padecimientos, y que es usada exclusivamente en el Nuevo Testamento para aquellos sufrimientos que surgen como reacción del ambiente en que vivimos frente al hecho de ser nosotros cristianos, de tratar de vivir como cristianos, y de impregnar nuestra vida con los valores inherentes a nuestra fe en Cristo. San Pablo decía que es imposible que alguien quiera vivir como cristiano y que no sufra persecución, que no sufra desconocimiento, que no sufra rechazo, porque el mensaje cristiano está hecho para causar escozor en el ambiente humano, en el sentido que la Biblia da a la palabra "mundo", ese mundo construido por los hombres al margen de Dios, el mundo construido por el hombre en cuanto pecador. Ese es el concepto de "mundo". El ser cristiano suscita hostilidad en el mundo, por el hecho de ser cristiano. El Nuevo Testamento subraya que eso es inevitable. Ya San Pablo escribía sobre eso en el año 50, apenas 20 años después de la muerte de Jesús, y dice: "no se admiren ustedes de estas persecuciones, yo les dije que para eso estamos puestos". Es lo normal. Lo que debemos preocuparnos sobre nuestra cualidad de cristianos, es si somos muy aplaudidos. Estas tribulaciones aparecen como un signo de la entrada en el Reino. Es un tema permanente. El hecho de estar sometidos a las tribulaciones y padecimientos, persecuciones y angustias, es buena señal; quiere decir que estamos en el camino del Reino. En la medida que pasan a ser no sólo por Cristo, sino con y en Cristo en virtud de la aceptación del sufrimiento, debido al hecho de ser uno cristiano, es una garantía de entrar en el Reino. Hay una docena

de textos al respecto en el Nuevo Testamento. Por ejemplo, San Pablo señala que tal sufrimiento es ya el principio de una vida más rica. En la segunda carta a los Corintios, capítulo 4^o, San Pablo dice: "Apretados por todos lados, pero no aplastados; apurados pero no desesperados; acosados pero no abandonados, derribados pero no rematados. Llevamos continuamente en nuestro cuerpo la 'nérosis' de Jesús (= la 'morición', el acto de morir, el ir a la muerte, la muerte en cuanto vivida por Jesús), para que también la vida de Jesús se transparente en nuestro cuerpo, en nuestra carne mortal".

Estas tribulaciones constituyen un destino inherente a la vocación de todos los cristianos, y de los apóstoles en particular. Para los apóstoles estas tribulaciones contribuyen a la eficacia de su acción salvífica, que se aprecia en forma fantástica en la continuación del texto: "La muerte actúa en nosotros, y la vida en ustedes". Esos sufrimientos de los apóstoles se convierten en principio de vida para los cristianos. "Ahora me alegro de sufrir por ustedes, pues voy así completando en mi carne mortal lo que falta a las tribulaciones de Cristo y eso lo hago por su cuerpo, que es la Iglesia" (Col, I, 24). Es la vocación del servidor de Yavé, que Jesús realizó y que en forma particular comparten también los ministros, los apóstoles, los que tienen este cargo de hacer presente el mensaje de Jesús.

2.4 *El bautismo, incorporación en Cristo crucificado y resucitado*

Por el bautismo también la mortalidad nuestra es incorporada al misterio pascual de Cristo. En este misterio de muerte y vida —muerte que es condición de vida, vida que nace de la muerte, esencia del misterio pascual— no sólo pueden incorporarse las tribulaciones en el sentido técnico que tienen en el Nuevo Testamento, es decir, los sufrimientos que vienen del medio que se vuelve hostil por el hecho de que nosotros somos cristianos, sino también nuestra simple mortalidad. El cristiano tiene esta posibilidad, porque el bautismo —como lo subraya San Pablo en Rom, IV, 3-11— es la aceptación de la muerte como exigencia para participar en la vida de Cristo resucitado. "Todos los

que hemos sido bautizados en Cristo hemos sido bautizados en su muerte". Ser bautizado, adherirse a Cristo a través del bautismo, es querer aceptar que se una nuestra vida a ese proceso de muerte y resurrección que fue el de Jesús. Aceptar la muerte en cualquiera de sus formas como exigencia y como condición indispensable para poder participar en la vida de Cristo resucitado. Si la vida que nos ofrece Jesús es una vida resucitada, nosotros no la podemos tener, sino en la medida en que compartimos la muerte de Jesús, porque también en nosotros tiene que ser una vida resucitada. Supone la aceptación de la muerte. Es importante subrayar esta dimensión del bautismo. La aceptación del morir es una condición indispensable para la comunión con Cristo. Imposible participar plenamente en su vida si no participamos en alguna forma en su muerte. Lo interesante es que expresamente San Pablo nos habla de que esa erosión de nuestra vida también se puede incorporar a este proceso. En la segunda Carta a los Corintios nos dice: "Por esta razón no nos acobardamos, porque aunque nuestro exterior va decayendo, lo interior se renueva de día en día. Porque estas penalidades momentáneas y ligeras nos producen una riqueza eterna, una gloria que la sobrepasa sin medida...". Porque sabemos que si nuestra morada terrestre —esta tienda de campaña— se derrumba, tenemos un edificio que viene de Dios, una morada eterna en el cielo no construida por manos de hombres (que es el cuerpo glorificado de Cristo y que es nuestra morada definitiva). Por eso suspiramos con el anhelo de "sobrevestirnos" de esa morada que viene del cielo (sin pasar por la muerte) (2 Cor, IV, 16-V, 2). San Pablo dice que los cristianos que estén presentes en el último momento, el de la aparición de Cristo, no van a morir sino que van a ser sobrevestidos. Se manifiesta muy claramente la repugnancia por el hecho de morir. "Por eso gemimos y suspiramos por el anhelo de sobrevestirnos esta morada que viene del cielo". De todas maneras, "los que vivimos en tiendas suspiramos angustiados, porque no querríamos quitarnos este vestido que llevamos puesto, sino vestirnos encima, de modo que lo mortal quedara absorbido por la vida". Clarísimamente se refiere a esta erosión

de nuestra vitalidad, que es también susceptible de verse incorporada en el misterio pascual que nos une a la muerte y a la resurrección de Cristo.

2.5 *El gozo de la esperanza*


El gozo de la esperanza en medio del sufrimiento es la nota dominante en los cristianos enfrentados con la fuerza de la muerte, lo que no quita cierta pesadumbre por la perspectiva de la muerte, porque la muerte sigue siendo el "enemigo último", como dice San Pablo, que sólo será vencido en nuestra resurrección.

III. ALGUNAS CONCLUSIONES PRACTICAS

1. Distinguir siempre entre el sufrimiento propio y el ajeno. El sufrimiento ajeno debemos verlo siempre como un mal, que debemos evitar a nuestro hermano, y contra el cual debemos luchar en busca de su atenuación o eliminación. La razón es que el sufrimiento es objetivamente un mal y sólo con una actitud libre puede ser vivido con una carga positiva. Nosotros no podemos, sin causa proporcionada, correr el riesgo de que un hermano se quiebre bajo su impacto. No tenemos el derecho a mantener al hermano en el sufrimiento, y menos a someterlo a él. El sufrimiento propio también debemos verlo como un mal y, por lo tanto, evitarlo cuando es posible hacerlo. Si duele la cabeza, lo primero no es ofrecerle ese dolor a Dios, sino tomarse la aspirina. Es un mal y hay que combatirlo. La muerte tenemos que pelearla hasta el último, pero cuando es inevitable, debemos aceptar ese sufrimiento y esa muerte como reconocimiento de la radical contingencia de la existencia humana y, si somos cristianos, como realización de un destino asumido por la fe y en el bautismo, y con la certeza de que gracias a la Pasión de Cristo, lo que pertenece a la muerte está llamado a ser absorbido en la vida. Esa es una actitud que tenemos que asumir frente a nuestro dolor; no podemos endosársela a otro.

2. Tratar a todo paciente como persona. Es esencial que todo sufriente en su tratamiento médico —y aquí cito de nuevo al Padre Rafael Gandolfo— "se perciba a sí mismo como individualizado y no simplemente confundido con la masa de los sufrientes y, además, no reconocido como un mero animal que padece a ciegas, sino como alguien que siente su desarreglo orgánico en todo su ser" (pág. 425). En otros términos, es indispensable que la disfunción orgánica —que puede ser interesante como desafío para el terapeuta— no le impida a éste ver al sufriente como una persona humana aceptada en su unidad psicósomática. Esa dimensión es tan real como la enfermedad y tiene que estar presente. Y cuando el sufriente es un cristiano, el médico o las personas que deben estar normalmente a su alrededor, deben ayudarlo a potenciar la capacidad —quizás latente— que hay en él de darle un sentido positivo a su sufrimiento.

3. Respetar el derecho objetivo de cada paciente a vivir su muerte como momento decisivo de su vida. Esto es capital. Yo pido y clamo que en el momento de mi muerte se me reconozca el derecho de vivir mi muerte, porque es el momento esencial de la vida. Eso implica, primero, el derecho del paciente a saber que su vida está en peligro y, segundo, el derecho a que su muerte sea digna y humana. En nuestros hospitales hay muertes realmente inhumanas. Según estadísticas, la inmensa mayoría de los enfermos muere en hospitales y la inmensa mayoría muere solo. Es terrible, si en un momento como ese no hay nadie. Pero, además, la "dignidad" de la muerte se ve afectada por tratamientos cosificantes e inconducentes a la recuperación de una vida verdaderamente humana. Ahora, si se trata de un paciente cristiano hay que darle la oportunidad de verse confortado por las perspectivas de su esperanza escatológica, de esa esperanza que está vinculada a su comunión sacramental con la comunidad eclesial a la que pertenece. El ideal es que no se reduzca esto a la presencia casi furtiva de un sacerdote que administra los sacramentos, sino que pueda estar presente un grupo de personas que manifieste la dimensión esencialmente comunitaria de la Iglesia.



Semana de San Lucas
Concurso Literario
Octubre de 1989

Discurso del Director de la Escuela de Medicina,
Dr. José Antonio Rodríguez Villegas,
en la ceremonia de premiación del Concurso
Literario para docentes y alumnos

Quiero decirles, en primer lugar, que me siento particularmente contento de poder participar en esta ceremonia de premiación organizada por el Centro de Alumnos de la Escuela de Medicina.

Sin desconocer la importancia que otras ceremonias tienen para la vida de la Facultad de Medicina, de alguna manera ésta tiene algunas características especiales que la hacen sobresalir de entre las otras.

Es, ante todo, una ceremonia tan fami-

liar, donde nos juntamos en forma casi espontánea, movidos fundamentalmente por la alegría que nos produce reconocer las virtudes del hermano, precisamente con oportunidad de estar celebrando la fiesta del Patrono de nuestra Escuela de Medicina.

Familiar, porque queremos reconocer virtudes que se han expresado en forma simple y cotidiana, que han significado tanto para nosotros, pero que —sospechamos— serían pequeñas a los ojos de otros.

Pero también es una ceremonia de gran profundidad, porque en ella los alumnos ejercen una de sus funciones indelegables al interior de la Universidad: ser su conciencia crítica.

Función que tantas veces se ejerce con demasiado ánimo destructivo o peyorativo.

Hoy esa conciencia se expresa en forma positiva, porque busca identificar y distinguir a los hombres y mujeres que se acercan más plenamente al ideal universitario.

Y en este análisis probablemente ustedes habrán podido apreciar cómo cada hombre es más que nada un empeño, una vocación que lucha por realizarse.

Y en esa búsqueda ustedes han encontrado personas que, a pesar de sus naturales limitaciones, han sido capaces de ser fieles a su vocación de alumnos o docentes.

Y si meditamos en las razones o características que debieran ser las más impor-

tantes para decidir la distinción, nos daremos cuenta de que no son muy distintas para profesores o alumnos:

En primer lugar: Amor a la Verdad, Transparencia, Honestidad.

Luego, probablemente: Humanidad, Humildad, Comprensión, Compasión.

Y quizás, finalmente: Devoción al Trabajo y Seriedad de Propósitos.

Como Director de esta Escuela de Medicina puedo decirles que nadie mejor que ustedes pueden resaltar estas virtudes ante los ojos de nuestra comunidad.

Virtudes que estamos llamados a desarrollar como respuesta viva al llamado que Dios nos hace a cada uno de nosotros.

Virtudes que son, en lo substancial, las bases sólidas sobre las que debemos construir el hombre y el médico a que aspiramos llegar a ser.

Por la oportunidad de acompañarlos y por el significado de esta ceremonia, muchas gracias.

Poemas del estudiante

Dr. Sergio González B.

*Profesor Adjunto de Anatomía Patológica de la Pontificia
Universidad Católica de Chile. Ex becario de la
Fundación Alexander von Humboldt. Estudios en la
Universidad de Münster y Profesor invitado en
la Universidad de Bochum, Alemania. Secretario General
de la Sociedad Chilena de Anatomía Patológica.*

EL CORAZON DIVIDIDO

El corazón dividido,
la sal de la vida,
con su ensueño eterno,
cotidiano despertar de la esperanza.

Nació en la lluvia,
de la hermética tierra,
iluminando el hogar del viento
y las noches del hombre.

En su tregua ocasional,
latió hinchando las venas
del ausente transeúnte,
embriagado en el olvido.

La piedra y el pez,
en el umbral reverdecen,
intranquilizando a
la insomne virgen

Y el mar llegó,
el vegetal purificado,
la madera maternal,
preparando la canción.

En su último cuarto,
resuena aún el eco,
del sublime suspiro
y la memoria no fue la misma.

El sueño lo recorrió,
por un camino arterial,
elástico y constante,
blandiendo enérgico
la sangre dividida.

COTIDIANO

Como un náufrago,
que espera el amanecer diferente,
con mi negra alma de esperanza,
me coge el día,
como la muerte al anciano,
mirando por un vidrio húmedo,
sentado, atado,
sin historia.

RETRATO DE UN ESTUDIANTE

Tempranamente pálido,
sus ávidos ojos oscuros,
preguntan a las estatuas,
el porqué de su pobreza.
Sus largos dedos,
asen inalcanzables libros,
y por un instante, eterno,
nerviosamente hojea
el tiempo y la sabia indiferencia.
Sus manos inútilmente escondidas,
su cabello indomado,
ante sus desarmados libros,
espera solamente.
Hay un montón de cartas
a la diestra de su rincón,
olorosas, frescas,
ardientes,
del amor lejano,

que ha llegado
derramando ilusiones.
El sueño intranquilo
destruye las piedras de su corazón
y ni el humo salvífico
salvará la rigidez
de sus tempranas arrugas.
Se destacaba
por su ausencia inalcanzable
y su andar mostraba,
desde la meta,
la partida de su alegre inocencia.

LENGUAJE

Busca el hombre la palabra
—solución del fenómeno—
también la forma esencial
la comprensión vital
rodeado al movimiento y
a la transformación.

De la prosa vigorosa
surge el individuo
hecho furia y maciza potencia
dominando el vaivén
—alocado obstáculo—
del vuelo persistente
del espíritu literario.
En este estéril camino
yacen desordenados
el amor de colores
las impresiones y las ansias
las razones y antirrazones
las vanguardias insensatas
en fin los deseos inversos
de literatos y otras baraturas.

Sólo la poderosa palabra
—madera labrada pacientemente—
cristalino sudor nocturno
delicada síntesis
silenciosa miel
arte poética pura
salvará las espigas de los campos
por los siglos de las siglas
amén!

El abismo

Alumno Sr. Rubén Alvarado V. (3er año)

Ex alumno del Instituto Alonso de Ercilla de Santiago y de la Facultad de Ingeniería Civil de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Alumno de 3er año de la Escuela de Medicina de este mismo plantel universitario.

Tenía sus ojos clavados en los tenues brillos que dejaba escapar un pequeño arroyo asediado por las sombras. Su mirada opaca y su cuerpo afirmado sobre una baranda se confundían con la soledad, con la quieta oscuridad que llenaba ese espacio. Había sólo líneas grises y bultos inquietos que trataban de consumirlo, lo iban desgarrando como si fuese una dolorosa pesadilla interminable. Por un instante sus ojos parecieron percibir en el ambiente algo ajeno, observó haces de luces dibujando las sombras, destellos y

vacíos, toda una inmensidad ante sus ojos, cristalizados y enrojecidos por el llanto de tantos días. De pronto se inclinó lentamente, tomó una piedra y la arrojó con furia, con dolor, casi con desesperación hacia el vacío, hacia el arroyo, hacia todo y nada. Se quedó quieto, escuchando atentamente cómo el ruido de la piedra rompía por corto tiempo el silencio hermético de la noche. Miró hacia abajo y contempló las suaves orillas del arroyo salpicadas de luz por el reflejo de la luna, miró las siluetas desdibujadas de

los arbustos y la maraña de hojas de los grandes árboles moviéndose rítmicamente. Todo era confuso, un negro abismo sin límites que quizás solamente era el reflejo del inmenso abismo que él llevaba dentro. Este abismo que lo agobiaba hace días, este vacío profundo que lo vertía hacia sí mismo, que lo dejaba encarcelado dentro de sí, torturado por sus dudas, sus miedos y sobre todo por su desesperanza irreparable. Era como si un gran espejo reflejara su angustia, como si sus temores lo atacaran desde afuera y desde adentro, haciendo casi imposible resistir esa fuerza misteriosa que lo iba arrastrando hacia su centro, que lo seducía con voces delicadas y que lo hacía flotar entre remolinos turbulentos y nubes de humo cada vez más cerca del abismo. Observó el cielo pardo, oculto tras nebulosas celestes y enjugó sus ojos para contemplar más nítidamente la luna; la misma luna que junto a ella había buscado en noches pasadas, la que con su débil resplandor romántico había iluminado sus ojos al besarla, la que ahora lo envolvía en un melancólico manto, dando a su tez pálida un aspecto espectral.

Trataba de no pensar en ella, pero su rostro claro, matinal y vespertino a la vez, lo observaba desde la delgada niebla que cubría la noche. Le era imposible olvidar el fuego de libertad de sus ojos de miel, la alegría pacífica e inquietante que era capaz de transmitir con su sonrisa, la delicadeza de sus manos que parecían pequeñas palomitas blancas que jugueteaban entre las suyas y sus labios rosado-pálido que lo hacían temblar tan sólo con un breve contacto, que le contagiaban su tierna melodía, que lo ayudaban a descifrar cada día un encanto desconocido. No podía dissociarla de su pensamiento, es que en tan poco tiempo ella se había hecho parte de su vida, había ido deshojando cuidadosamente su espíritu hasta llegar a su interior y lo había ido habitando con aquella ternura alba y esa inocencia delicada que lo dejaba sin defensa, que quitaban las telarañas y el polvo para abrir sus ventanas y dejar que el esplendor deslumbrara su interior.

Un murmullo le llegaba desde la vaciedad de sonidos que reinaba en la atmósfera casi muerta, un murmullo que no pertenecía al arroyo, que no pertenecía

al aire, que más bien surgía de su propia mente y que inundaba su cabeza de un sonido extraño, un rítmico zumbido altisonante que rebotaba de un lado a otro y se repetía continuamente, un ruido que en ocasiones se apaciguaba y podía escucharlo detenido y claro, convertido en palabras. Era su voz, su voz desfigurada, transformada en un leve lamento que desde su recuerdo venía a torturarlo en la soledad, era aquella la voz de la que siempre había deseado oír un "te quiero" firme, indudable, un pacto de amor que no se rompiera con el viento, aquella la voz que le hablaba en las noches de insomnio y la que imaginaba escuchar cada vez que contestaba el teléfono.

Cerró los ojos y sumergió su rostro entre sus manos, luego lo levantó lentamente, dejando que un débil destello lunar alojara en sus pupilas. Sus pupilas sucias y gastadas por los abismos de tantas noches en vela en que su imagen se pegaba a su frente y en que a gritos trataba de librarse de su recuerdo, pero todo intento era inútil, siempre acababa repensando las mismas situaciones, revisando cada detalle, cada posible error, sintiendo que su ausencia se hacía más grande cuando todo dormía, también ella. En esas noches todo se detenía, el tiempo se estancaba y le resultaba imposible huir de sí mismo y nuevamente se alzaban insalvables los temores, la incertidumbre, la melancolía y el esbozo de alguna ilusión que aún no muere. Todo ocupaba tanto lugar dentro de él y que a veces parecía estallar y se esparcía entre laberintos de sábanas y cojines, entre exhalaciones, sudor y sombras. Una desesperación febril lo invadía y para alejarse de ello comenzaba a pensar en metralletas y bombas, en soles y lunas inextinguibles, en dunas y desiertos, pensaba que su amor pronto iría desapareciendo entre recuerdos pantanosos y que quedaría pegado en su memoria como un póster. Intentaba odiarla, ridiculizaba sus gestos, su voz, su caminar, su reír, todo y, sin embargo, aún la quería.

Se odiaba a sí mismo por este odio sin motivo, por su sensibilidad inútil, por sentirse tan desvalido. Sabía que lo mejor era olvidar, que el cancerbero del tiempo guardase su amor en un lugar profundo desde el que no pudiese escapar, un lugar lejos de la luz de sus ojos y lejos,